



DESCUBRIENDO A BROAD

Juego Sucio

Sara Ventas

DESCUBRIENDO A BROAD

Sara Ventas

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción parcial o total de esta obra ni su incorporación a ningún sistema informático o transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro método, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados podría constituir un delito contra la propiedad intelectual: Art. 270 y siguientes del Código Penal.

Título: Descubriendo a Broad

Copyright ©Sara Ventas, abril 2019

ISBN: 9781092361033

Sello: Independently published

ÍNDICE

- [CAPÍTULO 1: Mi canguro Alan](#)
- [CAPÍTULO 2: Mi mejor profesor](#)
- [CAPÍTULO 3: La maldita fiesta](#)
- [CAPÍTULO 4: Colocón, colocón](#)
- [CAPÍTULO 5: Canguro de nuevo](#)
- [CAPÍTULO 6: A la mañana siguiente](#)
- [CAPÍTULO 7: Una clase como otra cualquiera](#)
- [CAPÍTULO 8: No cantes victoria](#)
- [CAPÍTULO 9: Y de repente Ray](#)
- [CAPÍTULO 10: El enemigo llama a mi puerta](#)
- [CAPÍTULO 11: Las mentiras siempre traen consecuencias](#)
- [CAPÍTULO 12: Todos de su parte](#)
- [CAPÍTULO 13: Falsas acusaciones](#)
- [CAPÍTULO 14: La abogada del diablo](#)
- [CAPÍTULO 15: Cumpleaños nada feliz](#)
- [CAPÍTULO 16: Un lugar para la tregua](#)
- [CAPÍTULO 17: El juego de la botella](#)
- [CAPÍTULO 18: Las fiestas no son lo mío](#)
- [CAPÍTULO 19: El mellizo problemático](#)
- [CAPÍTULO 20: A falta de testigos](#)
- [CAPÍTULO 21: No he salido de una...](#)
- [CAPÍTULO 22: Complicidad](#)
- [CAPÍTULO 23: La cena](#)
- [CAPÍTULO 24: Dardos envenenados](#)
- [CAPÍTULO 25: Clases particulares en Madys](#)
- [CAPÍTULO 26: La foto misteriosa](#)
- [CAPÍTULO 27: La nada](#)
- [CAPÍTULO 28: Juramento inquebrantable](#)
- [CAPÍTULO 29: Vidas paralelas](#)
- [CAPÍTULO 30: Abriendo un vórtice](#)
- [Otros títulos](#)
- [Sobre la autora](#)

1

Mi canguro Alan

Mentiría si dijera que el verano ha sido una auténtica mierda por culpa de las dos asignaturas cateadas y, como consecuencia de ello, mis vacaciones recluida en Palo Alto, que es donde resido. Porque, en realidad, han terminado siendo las mejores de mi vida.

Horas de estudio diarias con Alan Lowe: dos (contratadas por mis padres).

Horas de estudio en solitario: no puedo calcularlas con precisión, la mayor parte del tiempo transcurría mientras pensaba en la boca de Alan explicándome la importancia de las Leyes de Newton en las causas del movimiento de los objetos; o en sus manos describiéndome la relación entre distancia y fuerza de atracción gravitacional.

No penséis que no estaba atenta a sus lecciones, no es el caso. He entendido el temario mejor que con el profesor Philips y, de hecho, resolvía todos los ejercicios que me ponía para el día siguiente con precisión y limpieza, con una letra pulcra y redondeada que habría provocado la admiración de la profesora White. Necesitaba impresionarlo, interés que nunca se había despertado en mí. Y he de admitir que el castigo de mis padres no fue tan desproporcionado como yo pretendí hacerles creer al principio. Pero también reconozco que esto jamás lo diré en voz alta.

Quiero empezar presentándome. Mi nombre es Melissa Grimm, y os preguntaréis quién es Alan Lowe, aparte de mi profesor particular durante este verano, porque en realidad comenzó siendo mi canguro, al que odiaba sobre todas las cosas. ¿Que por qué? Sencillo. ¡Me hacía la vida imposible!

La familia Lowe vive justo al otro lado de la Avenida Barron. He crecido con la ventana de la habitación de Alan haciendo de escaparate frente a la mía. Y digo escaparate porque nunca he visto su persiana bajada o la cortina (si es que la tiene) guardando su intimidad. No es que yo sea una fisgona y me dedique a curiosear a mi vecino, pero alguien debería decirle que la lámpara de su mesa actúa como foco de distracción para una chica de quince años condenada a pasar el verano recluida en su jaula.

Nuestras madres se hicieron amigas cuando nos mudamos aquí. En realidad, mi canguro oficial no era él, sino su melliza, Annie Lowe. Pero cuando coincidía que nuestros padres tenían compromisos a la vez, y para no dejar solo a Alan en casa a sus anchas (no se fiaban por si se le ocurría montar una fiesta clandestina, algún antecedente tenía...), le obligaban a cruzar la calle y hacer de canguro de apoyo. Sin cobrar, claro, cosa que a él le repateaba.

En aquella época, mi hermano Jake tenía siete años, yo contaba con diez y mis vecinos creo que dieciséis. Para Annie era una forma de ganar dinero, pero Alan venía forzado y rebosante de odio hacia nosotros. A veces se largaba en cuanto los adultos salían por la puerta, cosa que yo deseaba que hiciera siempre, ya que Annie jugaba con nosotros y nos preparaba unas pizzas deliciosas que decorábamos con ingredientes a nuestro antojo. En cambio, si se quedaba Alan de ayudante, no paraban de discutir por cualquier tontería y se nos chafaba el buen rollo de la noche. Se odiaban a muerte. No es exageración mía, se lo decían el uno al otro cada vez que surgía la oportunidad.

Sin embargo, cuando estaban a punto de terminar el instituto, todo cambió.

Annie salía con un chico que a sus padres no les caía nada bien porque había repetido curso varias veces. Era tres años mayor que ella y su currículum delictivo dejaba mucho que desear. También las notas de ella habían sufrido aquel romance y, al terminar ese último, Annie decidió fugarse con su amante a recorrer Europa, decía; aunque no pasó del aeropuerto internacional de San Francisco por ser menor de edad. Su amigo viajero cruzó el charco sin ella y jamás se supo de él (al menos oficialmente, si hubo comunicación clandestina no lo sabemos). A sus padres no les quedó otra opción que confiscarle el coche, el teléfono y todo lo que sonara a medios de fuga.

A pesar de que yo había cumplido los doce, no me dejaban sola a cargo de mi hermano cuando mis padres salían. Y como con Annie no podían contar (había perdido toda su confianza con el intento de fuga), probaron a contratar los servicios del canguro Alan, a quien acababan de concederle una beca para estudiar en la Universidad de Stanford con la mejor nota de su promoción en el instituto. Había dejado a su hermana y su fama de estudiante aplicada por los suelos. Era como si de la noche a la mañana hubieran intercambiado sus cerebros.

Llevaba mucho tiempo sin cruzarme con el hermano de Annie, dos años más o menos, cuando mi madre me anunció que aquella noche tenían una cena por el ascenso de papá y que vendría el mellizo de los Lowe a cuidarnos:

—¿Por qué no viene Annie? Preferimos a Annie, ¿verdad, Jake? —Mi hermano ni siquiera se inmutó, estaba clavado en el sofá viendo un capítulo de la serie Pokémon—. Es que Alan es... es... —No sabía cómo definirlo, la verdad. En realidad, no me había hecho nada en concreto, aparte de casi provocar que me ahogara tras lanzarme a la piscina para, supuestamente, enseñarme a nadar—. ¡Es imbécil!

—¡Melissa! ¡Esa boca!

—¿Por qué? ¡Es la pura verdad, mamá! Además, ¿dónde se ha visto un canguro chico? Las canguros siempre son chicas. ¿Qué pasaría si me viniera la regla justo esta noche? ¿Se lo cuento a él?

—Solo tienes doce años, cielo. Es muy poco probable que te vaya a venir justo esta noche.

—Amy ya la tiene. Y varias de la clase, también. Además, es mi mejor amiga, seguro que me vendrá este año. Hemos leído en un foro que a las chicas que van siempre juntas se les sincroniza la regla.

—Pero... ¿se puede saber en qué clase de foros te metes? ¡Richard! ¿Estás oyendo a tu hija?

Mi padre revisaba los titulares del periódico, como cada mañana, con su taza de café pegada a la mano que no usaba para pasar las páginas.

—Tiene razón, Mags, deberíamos buscar una canguro.

—La cena es esta noche, ¿dónde vamos a encontrar una canguro con tan poca antelación? Si apenas me quedará tiempo para arreglarme. ¡Hoy tengo la consulta hasta arriba! —Estaba revisando la agenda en su iPad y parecía algo histérica—. ¡Deja de rascarte la cabeza, Jake, se te va a caer el plástico!

Mi hermano había amanecido plagadito de piojos, que le habrían transmitido el día anterior. Eso decía mi madre. Aunque llevaba más de una semana rascándose a dos manos. Creo que habían nacido ya sus propios pequeñuelos, si es que no iba ya por la segunda generación.

—Pregúntale a Annie, mujer. Tendrá alguna amiga que tal vez esté interesada en sustituirla, ¿no? —le recomendó mi padre, sin levantar la vista de la página del artículo que estaba leyendo sobre la isla de la cocina.

—¡Ni loca! —respondió mamá—. Cualquiera se fía ahora de las amigas de Annie. Además, a Alan ya le conocemos y es un chico muy responsable y estudioso. ¿Sabes que entrará en Stanford el próximo año? Y se ha ofrecido él mismo a cuidarlos. Estaría muy feo decirle ahora que no.

—Pues no sabe ni encender el horno —repliqué, para meter cizaña.

—Pero eso sabes hacerlo tú, cariño.

—¿Vas a dejarle con esa responsabilidad a una niña de doce años, mamá?

—Hiciste un curso de repostería este verano. Llevas usando el horno desde entonces. ¿Se puede saber qué te pasa con Alan?

—Vale, está bieeenmn. ¡Que venga el mellizo! Si luego se presenta un amigo a buscarlo, y nos deja tirados, no podrás decir que no te lo advertí.

Pero no ocurrió tal cosa, sino algo peor aún. Algo con lo que no contaba y que no podía haber imaginado. ¿Sabes ese pijama súper-mega-híper-cómodo que no te quitas nunca y no quieres echar a lavar porque ningún otro te hace sentir igual, por más que tu madre te amenace con tirarlo a la basura cualquier día, ya que la tela es casi transparente de lo desgastado y andrajoso que está? Pues con ese pijama de pordiosera bajaba yo la escalera, tan campante, y la cabeza envuelta en film transparente porque las mascotas de Jake también habían anidado en mi cabeza, cuando sonó el timbre de la puerta y mi padre abrió. ¿Y quién entró en ese preciso momento y me miró con la sonrisa más espléndida y encantadora que había visto en mi vida hasta el momento? Un tío guapísimo con el pelo de punta y algo alborotado, que se parecía al mellizo de enfrente, pero que era imposible que fuera él porque aquel que yo tenía delante parecía salido de un anuncio y no tenía un solo grano.

—¡Hola, Mel!

En ese momento hubiera preferido que me tragara la tierra a que estuviera observándome el chico más guapo del universo, con aquella pinta tan desastrosa por mi parte.

—¡Los piojos son de Jake! —fue mi respuesta, antes de salir corriendo escalera arriba.

Aquella noche me enamoré de Alan Lowe. Me encantaría decir que él también se enamoró de mí aquella noche, pero ¡ya quisiera! Alan solo tenía ojos para Rebecca Irwin, la hermanísima de Audrey Irwin, mi archienemiga del instituto. Yo para él solo era la niña de doce años a la que cuidaba por unos dólares la hora. Sin embargo, ella era quien le hacía sonreír de aquella forma tan maravillosa cuando le enviaba algún mensaje de texto.

Me hubiera gustado tener razón en mi conversación con mi madre, y que hubiera sido el odiado mellizo que recordaba. Que le hubiera quitado el mando a Jake para poner en la tele cualquier basura que le apeteciera ver, sin preocuparse un rábano por nosotros. Que no nos hubiera preparado la cena, e incluso que hubiera invitado a algún colega para entretenerse y dejarnos a nuestro aire. Pero lejos de todo eso, fue mejor canguro que su hermana, si es que eso era posible. Ayudó a Jake, que llevaba dos horas sentado haciendo ver que hacía los deberes, y los terminó en quince minutos a cambio de jugar con él una partida a Rocket League. Se empeñó en que probáramos unos sándwiches que se había inventado, empapando el pan en leche, huevo, azúcar y canela, pasándolo por la sartén con mantequilla, y después jamón y queso entre capa y capa. ¿Cuándo se había convertido el odioso mellizo Lowe en este encantador Alan? Y lo más importante de todo: ¿Qué podía hacer para que dejara a la odiosa Rebecca Irwin y se fijara en mí? Vale, que yo tenía doce y él iba a cumplir dieciocho; pero mi madre tiene treinta y nueve y mi padre cuarenta y seis. Yo no noto la diferencia.

Sin embargo, él sí la percibía. Me trató como a una verdadera cría. Cariñosamente, eso sí; pero como a una niña, al fin y al cabo. Ni siquiera como a la adolescente que me sentía. La culpa era de la maldita regla. ¿Por qué no me venía? Tampoco podía comprarme un jodido sujetador. No existía talla para mí. Cuando me empeñé en que necesitaba uno, aunque solo fuera para disimular los bultitos de los pezones, la dependienta le recomendó a mi madre unos tops de estilo deportivo: «¡Qué bonitos, Melissa! Pruébate uno». Lo cogí a regañadientes y me lo llevé al probador. Al

tocarlo, noté que tenía una especie de almohadilla entre las dos capas de la zona del pecho y me interesó enseguida. Sobre todo, al comprobar que en los laterales había un hueco para colocar las almohadillas en su sitio, si se movían al lavarlos, y quien dice colocar dice añadir... Así que empecé a ponerme relleno a modo de crecimiento provisional del pecho. Estaba harta de pertenecer al grupo tabloide.

Hasta los catorce no me vino la regla. Creo que fui la última de la clase. Aunque también creo que alguna fingió con aquello, lo mismo que yo hice con mi talla de sujetador.

Alan dejó de ser nuestro canguro oficial en el mismo momento en que entró en la universidad y, lo peor de todo, fue el que recomendó a su novia como sustituta suya, para más mofa de su odiosa hermana Audrey, que me lo restregó durante todo el curso: «Melissa, tranquila, que esta noche irá mi hermana a darte el biberón antes de dormir». Y enseguida las risitas acompasadas de sus secuaces haciendo los coros.

¡Qué asco dan!

No puedo decir que Rebecca fuera mala chica, no es tan odiosa como Audrey. Pero yo le tenía manía por ser su hermana y, sobre todo, por ser la novia de Alan.

Cuando cumplí los catorce, me planté y le dije a mi madre que ya bastaba de canguros, que yo me ocuparía de mi hermano y que me dieran una oportunidad.

—Melissa tiene razón, Mags. Incluso a la edad de Jake nos dejaban solos en casa.

—Eran otros tiempos, Richard.

—Sí, lo eran, y teníamos menos formas de comunicarnos. Todos en casa tenemos teléfono móvil, cualquier cosa que ocurra pueden llamarnos en el acto. Contamos con dispositivo de alarma y también antiincendios. ¿Qué podría pasar?

Y a partir de ese día dejamos de tener canguro a domicilio.

Al principio, mi madre me pedía que invitara a Amy a dormir para sentirse más tranquila. Nosotras encantadas de pasar la noche juntas. En aquella época fue cuando empezó su obsesión por Luke Chanson, hermano mayor de nuestro amigo James, y todavía sigue obsesionada... Como no se fije este año en ella, me termo lo peor, porque se gradúa el próximo curso y es el tiempo que le queda para conseguir conquistarlo. Si no, le tocará olvidarlo, como me pasó con Alan cuando dejó de ser mi canguro. La distancia es la mejor amiga del olvido.

2

Mi mejor profesor

No es mi culpa que me hayan quedado dos asignaturas. Nunca he sido una estudiante ejemplar. En la escuela elemental lo era, o eso me dicen cuando me comparan con la niña que fui. Pero lo cierto es que hay materias que no me entran y todas tienen que ver con las ciencias, de las que encima debía escoger tres asignaturas mínimo. Y las que tienen que ver con anatomía, fisiología o biología... no puedo ni acercarme a ellas. Así que me decidí por física, química y medio ambiente. Esta última se me hace menos bola que las otras dos, aunque he conseguido digerirlas este verano, claro. Y es por lo que me empeño tanto en decir que no es mi culpa que no haya conseguido sacarlas limpias durante el curso. Desde que Alan me da clases de verano, comprendo los conceptos con más claridad, dato que me hace plantearme la siguiente pregunta: ¿Y si son mis profesores quienes no me motivan? Ponedme a Alan Lowe en la pizarra y veréis que atenta me vuelvo.

Bueno, vale, sí, es mi culpa. No presto atención en clase, no repaso el temario en casa, no entrego los trabajos a tiempo y, de vez en cuando, me salto algunas clases de las asignaturas que me aburren. Es lo que hay. No puedo negarlo.

Tampoco soporto a la listilla de Irwin levantando la mano voluntaria a todas horas para responder lo que el resto de la clase no sabe o no contesta. Su mirada de suficiencia después, sus *no me beso el culo porque no llego...* Que se meta por el mismo sitio sus medallitas. Se ha pasado el último semestre (al menos en las clases que coincidimos) tratando de impresionar a un chico nuevo, Ray Broad. Es un año mayor, pero compartimos algunas asignaturas como química y escritura técnica. El chaval es elocuente y, todo hay que decirlo, se ha ganado mi simpatía al pasar completamente de ella: o no capta sus directas indirectas o, simplemente, la repelente Audrey no ha conseguido impresionarlo.

El curso está a punto de comenzar y Alan y yo estamos haciendo un repaso de las asignaturas que necesito recuperar este curso. En realidad, en estos momentos puedo afirmar que no me suena a chino como al principio lo que me explica y creo que, si las cosas no se tuercen, es posible que el resultado de mis notas sea satisfactorio y pueda conseguir los créditos que necesito en ellas, sumando los trabajos que este curso pienso perfeccionar.

Amy: ¿Vas a venir a la fiesta? Estará Luke de vigilante de su hermano, es mi última oportunidad para ligármelo.

Yo: Sabes de sobra que estoy castigada. Llevo todo el verano recluida, ¿es que aún no te has enterado?

Amy: Pero es el cumpleaños de James, estará todo el mundo, ¿no puedes convencer a tus padres?

Yo: Es inútil. Ya lo intenté para el tuyo, ¿recuerdas?

—Mel, te estoy viendo. ¿Voy a tener que quitarte el móvil como a una niña malcriada?

—Solo un momento. Es Amy, se empeña en que vaya a una fiesta —le explico a mi profe—.

Como si de mí dependiera... —le informo, resignada.

Amy: Pero ese día acabábamos de recibir las notas, estaban en plena ebullición. Llevas casi dos meses recluida. ¡Inténtalo!

—¿Aún sigues castigada?

—¿Tú qué crees?

—Lo llevas bien preparado. Si no te da por hacer el gilipollas y asistes a clase, será pan comido para ti el próximo curso. Eres lista, pequeña Grimm, no te dejes influenciar por las compañías.

—Pareces más mi padre que un niño universitario.

—¿Por qué le hablas así? —escucho a mi espalda. Es mi madre, que entra en la cocina con unas cuantas bolsas.

—¿Y tú qué? Despilfarrando la American Express de tu marido en tu día libre, por lo que veo.

—¡Esta niña es increíble! —se queja.

Deja las bolsas sobre la encimera de la cocina. A simple vista cuento ocho, y tres son de una marca de cosméticos de alta gama. Veo que no me he equivocado en mi comentario, la tarjeta debe de estar sufriendo un colapso.

—Dime, Alan, ¿qué tal se ha portado? ¿Debo aumentarle el castigo?

—¿Con barrotes en las ventanas? —agrego irónica—. Porque es lo único que os falta.

—Va muy bien —responde él—. Ha hecho un test de sobresaliente. Creo que hoy se merece un premio.

Me guiña un ojo al decirlo.

—Pues sí, si es como dices.

Se me acelera el pulso.

—Y mira por dónde... —Abre una de las bolsas y nos pone delante unas cuantas prendas. Entre ellas veo un sujetador horroroso en color visón, que tiro de un manotazo disimulado al suelo—. A ver si lo encuentro... —sigue rebuscando entre las bolsas—. Te he comprado los vaqueros que el otro día te gustaron y no te apetecía probarte. Los tenían ya en liquidación. A ver si te valen... Y esta blusa tan preciosa en color turquesa —prosigue, ajena a mi gesto de indignación—, con ese morenito que se te ha puesto este verano te quedará ideal.

Alan está mirando la prenda que ha caído al suelo. Cuando veo que se dispone a recogerla, me lanzo de cabeza a recuperarla.

—Se te ha caído esto que te has comprado, mamá.

—No, no, eso es para ti también, boba.

Voy pasando por todos los estados del rojo, como una bola de fuego lanzada por Goku. Voy a *implosionar* en cualquier momento.

—Siempre te empeñas en comprarlos con esos colores tan estridentes —continúa—, que se ven a través de la camiseta, y eso no es elegante.

Lo meto todo a mogollón en la bolsa. Lo ha hecho adrede por lo de la American Express, estoy segura. ¡Menuda cabrona!

—¡Bueno, ya! Llévatelo todo que tenemos que terminar.

—Ya hemos acabado —afirma él. Creo que se está aguantando la risa.

¿Ya? Pero ¿qué dice? ¿Es la hora? La consulto levantando mi móvil. ¡Mierda! Cada día se me hace más corto.

—Pues no sé si me ha quedado claro eso último de la distribución de los electrones —le digo, en un desesperado intento de alargar la clase un poco.

—Haz un par de ejercicios este fin de semana y el lunes me confirmas si tienes alguna duda — contesta, levantándose del taburete y cerrando su portátil que tiene sobre la isla de la cocina. Ha mirado el reloj dos veces, seguro que ha quedado con su adorada Rebecca.

—Por cierto, señora Grimm.

—Llámame Maggie, Alan.

—He pensado que, si no le parece mal, me gustaría invitar a Mel al cine.

Mi madre pasa de la sonrisa a la cara de póker en un nanosegundo.

—¿Al cine? Pero...

Creo que está pensando lo que intuyo.

—Sí, ya sé que está castigada, pero es una película de ciencia ficción que le vendrá bien para un tema de física que estamos repasando.

En ese momento mi madre cae en la cuenta de que la invitación no tiene fines amorosos y su rostro vuelve a adquirir su tono rosado característico.

—Sí, iríamos con su novia —agrego yo, por sí le ha quedado alguna duda en el aire—. Rebecca viene, ¿verdad? —le pregunto a Alan, dando por rematada mi actuación magistral.

—Ah, sí, claro —responde él—. Nosotros cuidaremos de ella, no se preocupe.

—Venga, vale. Me parece bien —cede al fin.

—¿Puedo ir yo? —se incluye Jake, que hurgaba minutos antes en el frigorífico y ni me había dado cuenta de que estaba con la antena puesta. ¡Mierda! A veces me olvido de que existe.

—¡Pues, claro, cariño! —afirma ella—. ¿Verdad, Alan?

En menudo jardín acaba de meternos el mocosito.

—Oh, lo siento —se disculpa él—. He cogido solo tres entradas. No contábamos con él.

¡Bien hecho, profe!

—Vaya... ¿Quieres que te acompañe yo, cielo? —le pregunta al bocazas—. ¿Cómo se titula la película?

Ahora nos está mirando a nosotros, que nos observamos también el uno al otro para ver a quién se le ocurre improvisar algo. Acaba de descubrir dónde se ha metido. Contar mentiras en mi casa tiene consecuencias imprevisibles. Que me lo digan a mí, cuando aseguré que los informáticos estaban cambiando el alojamiento de la web del colegio y que las calificaciones llegarían por vía postal como antiguamente. De nada me sirvió meterme en sus tabletas y cambiar el redireccionamiento de la página guardada en favoritos a otra en construcción. Ella consultó el acceso a padres desde el trabajo en cuanto puso el culo en su silla. Justo ese día se había olvidado en casa a su inseparable iPad. Aunque también aseguró que mis elaboradas y abundantes explicaciones la pusieron en alerta.

—No, contigo no voy. ¡Paso! —responde mi hermana enseguida, y respiro aliviada cuando le veo subir las escaleras con un zumo y un paquete de galletas Oreo.

—No dejes porquería en tu cuarto, Jake —le advierte ella—. ¿Me has oído?

No contesta.

—Este niño es imposible. Ayer encontré en su cuarto un vaso de leche cuajada y dos cáscaras de plátano disecadas —va relatando, mientras saca la jarra de agua de la nevera.

Me vibra el móvil en el bolsillo trasero del vaquero.

Alan: ¿A qué hora es la fiesta de cumpleaños?

Yo: A las siete.

Alan: Te recojo a las siete y media.

Yo: ¿Vas a llevarme tú?

Alan: ¡Claro! Me estoy jugando el pellejo con tus padres.

Yo: Eso tenemos que hablarlo.

—Alan, te acompaño a la puerta —me ofrezco en voz alta para que me escuche mi madre.

—Hasta luego, señora Grimm.

—Adiós, Alan. Te vemos el lunes.

—¿Y no será raro que vengas conmigo a la fiesta? —le pregunto, una vez hemos salido al porche—. No sé quién estará.

—¿Te preocupa que te vea alguien conmigo? —se extraña, frunciendo el ceño—. Ah, vale... ¡Que tienes novio! No había pensado en eso.

—No, en realidad lo decía por ti, por... Rebecca. Su hermana está en el grupo.

—Ah, no, boba, por eso no te preocupes. ¿Dónde es la fiesta?

—En casa de James.

—¿Quién es ese James? ¿Dónde vive?

—James Chanson.

—¿El hermano de Luke y Brenda?

—Sí, exacto.

—Sé dónde viven. Ella iba conmigo a clase de álgebra. Dejó los estudios para ser actriz y creo que vive en Los Ángeles, ¿no?

—Sí, justo, ¡esos son!

—Te llevo y te recojo a las diez.

—¿A las diez? Alan, no fastidies. ¡A las diez empieza la fiesta!

—¿No empezaba a las siete?

—Bueno, tú ya me entiendes...

—Pensaba dejarte allí a las ocho para que no llegues a la hora de los memos. Pero, a ver, vamos a planificarlo bien: el cine empieza a las ocho para tu madre, le ponemos dos horas de película y el trayecto, le decimos que vamos a cenar algo y comentar la película... ¿Cómo lo ves?

—¡Perfecto!

—Entonces, a las once te recojo en casa de tu amigo para la vuelta —resuelve enseguida—. Y serena, claro. No quiero entregar bajo mi responsabilidad a ninguna borracha.

—No bebo.

—¡Buena chica!

3

La maldita fiesta

Últimamente nada me sale como lo planeo. ¿Sabéis esos memes que circulan por internet sobre cómo nos vemos nosotros, en nuestra imaginación haciendo algo, y como se nos ve realmente? Pues llevo toda la mañana recreando en mi cabeza la fiesta (cita) con Alan. He planeado hasta el más ínfimo detalle. Pero con la suerte que tengo, me temo que nada saldrá como en el teatrillo de mi mente.

El cumpleaños va a celebrarse en el jardín trasero, así que sospecho que todos vamos a ser carne de piscina. He decidido ponerme un conjunto de ropa interior en color negro y de licra, que bien podría confundirse con un bikini. Sobre él, elijo un vestido camisero en tejido vaquero lavado, con las mangas remangadas sobre el codo y ajustado con un cinturón marrón de ante a la cintura. Para los pies, unas sandalias de tiras transversales con tacón medio y bastante cómodas, que destacan por unas piedrecitas brillantes en las tiras centrales.

Sospecho que a mi madre el vestido le va a parecer muy corto, soy consciente de que se me ven las ideas al agacharme, y lo resuelvo incluyendo una falda elástica en color negro al *outfit*, que sobresale unos cuatro dedos por el bajo del vestido.

Tras un par de revisiones frente al espejo de mi armario, decido que me gusta cómo me sienta el improvisado look.

Normalmente llevo una coleta alta o un moño despeinado, pero hoy he decidido soltar mi larga y rubia melena, y realzarla con unas cuantas ondas localizadas que aumentará su volumen.

No soy de embadurnarme la cara con base de maquillaje, no siento que lo necesite a mis casi dieciséis años, las hormonas no me han maltratado con la aparición de acné y cruzo los dedos por que nunca lo hagan. Aunque en lo que sí me empleo a fondo es en ponerme unas buenas capas de máscara de pestañas *waterproof*, para darles un extra de longitud. También aplico en mis mejillas unos brochazos de colorete con brillo para ofrecerle un toque fresco al rostro, más bronceado que nunca por mi encierro forzado. He pasado demasiadas horas nadando en la piscina durante el verano. Pero qué otra cosa podía hacer. Al menos, me he mantenido en forma.

El labial rojo lo meto en el bolso para ponérmelo después en el coche, no sería la primera vez que mi madre me ordena limpiarme los morros tras verme aparecer escalera abajo. Me conformo de momento con un bálsamo hidratante rosado y apenas perceptible.

A la hora acordada, me escribe un mensaje y salgo disparada hacia su casa, que se encuentra nada más cruzar la calle, como ya sabéis.

Aún no puedo creérmelo: ¡Alan y yo a solas en su coche! Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado tal cosa.

Cuando ya estoy a un metro de distancia, me doy cuenta de que no está solo (ni en su coche), a su lado veo a Rebecca. De hecho, es la que lo conduce. Pero eso no es lo más frustrante. No. Casi hubiera preferido encontrármelos enroscados en un beso apasionado, en vez de lo que estoy viendo en el asiento de atrás. Sí, señores. Allí está la repugnante Audrey, sonriéndome con ese gesto de sibilina. El equipo Irwin al completo.

—¿Ya te han levantado el castigo tus papis? —Es su recibimiento al sentarme en la parte

trasera, junto a ella.

—¡Piérdete, Irwin! —respondo, en el mismo tono bajo y despectivo.

—No sabía que erais compañeras de clase —agrega en modo simpático mi (ahora traicionero) vecino.

—Por desgracia compartimos dos clases —le responde ella. Yo ni me molesto en abrir la boca. Saco mi teléfono del bolso y consulto los mensajes del grupo de amigos del instituto. Por lo que veo, estará todo el mundo en la fiesta, como afirmó Amy por la mañana.

—No se llevan —le aclara su novia.

Yo: Pensaba que me llevarías tú, lo de tu novia solo lo mencioné por mi madre.

Alan: Rebecca iba a acercarse a su hermana y nos pareció buena idea llevaros a las dos. ¿Tan mal te cae?

Yo: Como un grano en el culo.

Se ríe en alto y su novia le mira.

—Es un chiste que me ha llegado —le explica.

Alan: Haz un esfuerzo, ¿vale? Solo es el trayecto. En la fiesta la perderás de vista.

Yo: Tranquilo. No te haré quedar mal con tu chica.

Aprovecho para sacar la barra de labios y, frente al retrovisor de Rebecca, me los perfilo a conciencia.

Alan: Con esa boca no vas a salir viva de la fiesta. ¿Piensas meterme en un lío?

Yo: No te preocupes, tu cuñada se encargará de controlar al ganado, como hace siempre. Estoy fuera de peligro.

Alan: No estaría tan seguro de eso...

—¿A quién escribes que sonríes tanto? —le pregunta Rebecca.

—Eso te lo puede responder Grimm —se mete la hermana.

—Y encima cotilla... Lo tienes todo, chica —respondo a la defensiva.

—No estoy curioseando nada, pero os saltan sincronizados los mensajes. Es un hecho.

—¡Yo estoy con el grupo!

Le pongo el móvil delante para confirmar mi coartada.

—¡Dejad de discutir por un día, pesadas! —refunfuña Rebecca—. ¡Qué pereza de edad!

—¿Qué os ha pasado? Tengo curiosidad por saberlo —agrega Alan, girándose en el asiento y mirándonos a una y otra—. ¿Algún chico se ha interpuesto entre vosotras?

—Ya quisiera... —responde ella, con una sonrisa burlona y desairada.

—Te lo tienes muy creído, ¿no? —contesto—. A lo mejor es que no soy tan facilona.

Me engancha de los pelos y empezamos a forcejear entre gritos e insultos. Rebecca mira para atrás un segundo, y el coche le zigzaguea un poco. Da un par de volantazos bruscos para tratar de enderezarlo. En medio de la disputa, Alan se desabrocha el cinturón e intenta separarnos, sacando medio cuerpo de entre los asientos. Su novia le grita por levantarse y frena la marcha sin avisar, con lo que él se va hacia atrás y se golpea con el techo. Finalmente, la conductora se desvía al lado derecho de la calzada y detiene el coche.

—¿Estás bien? —le pregunta asustada.

Él se está frotando la zona dolorida con la palma de la mano.

—Sí, no ha sido nada. Tranquila.

—Pero ¿a vosotras qué coño os pasa? —nos grita de pronto, hecha una histérica—. ¿Estáis locas? ¡Podríamos haber tenido un maldito accidente!

—Ha empezado ella.

—¡Cállate, Audrey! —grita de nuevo, y nos mira con ojos furiosos y diría que inyectados en sangre—. ¡Estoy a esto de llevaros a casa y que os quedéis sin fiesta! —nos advierte, mostrándonos el pequeño hueco que ha dejado entre sus dedos índice y pulgar.

—A mí no me amenaces. Ya no eres mi niñera —respondo malhumorada.

—¡Os lo digo a las dos porque estáis bajo mi responsabilidad!

—Lo estará ella. Yo he venido con Alan.

—Pero da la casualidad de que el coche es mío.

Me mira con inquina, no parece la Rebecca que nos cuidaba hace un par de años a Jake y a mí.

—¡Pues métetelo por el culo! —digo, y me bajo del coche dando un portazo.

—¡Mel, sube al coche! —Ahora es Alan quien me llama.

Sigo andando calle arriba, estamos a unos quinientos metros de la casa de James y no tengo por qué aguantar ni un minuto más a las hermanas Irwin. Él se baja del vehículo y camina hasta alcanzarme. Rebecca arranca de nuevo y, con un acelerón furioso, pasa por nuestro lado en dirección a la fiesta.

—¿No crees que te has pasado un poco? —me recrimina él.

—Tal vez... Pero estoy hasta las narices de esa tipeja. Va buscándome. Te juro que va a piñón fijo hasta que consigue hacerme explotar.

—Pues ignórala. Es muy sencillo.

—¡Y lo hago! —respondo, frenando en seco y mirándole a la cara—. Pero me la has traído a mi casa. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Pasar de ella unos minutos más?

—¿Sabes los años que llevo aguantándola? Es indigesta y... venenosa. ¡Una capulla integral!

—¿Por qué te ha molestado tanto que supiera que nos estábamos escribiendo?

—Por ti... por... que no se enterase Rebecca.

—¿Y qué tenía de malo que ella supiera que nos escribíamos? Sabe que te doy clases y que somos amigos.

En ese momento caigo en la cuenta de que él no le daba ninguna importancia, y yo sí. ¡Es cierto! ¿Qué problema hay en que nos escribamos? No estábamos haciendo nada fuera de lugar. Si es que me ahogo en un vaso de agua. Espera un momento...

—¿Y tú por qué le has dicho que te reías de un chiste que te habían enviado?

—Touché.

Cuando llegamos a la puerta, Rebecca le está esperando fuera con los brazos cruzados y apoyada en su coche. Ojalá esté tan enfadada como aparenta y corten su relación.

Ni rastro de la otra odiosa Irwin.

La que sí está en la calle es Amy, que corre hacia mí. Sabe por mis mensajes del grupo que veníamos de camino.

Alan se aleja de nosotras para acercarse a su chica, no sin antes recordarme la hora a la que debo estar esperándole en la puerta. Echo un último vistazo hacia atrás, antes de acceder a la vivienda, y veo que se están besando apasionadamente. ¡Mierda!

—Si te sirve de consuelo —dice Amy tras llamar al timbre—, Luke lleva media hora comiéndose la boca con Mandy.

—¿Y Ray? ¿Ha venido?

—Sí. Pero tu amiga Audrey ya lo tiene atrapado bajo su hechizo.

—¡Malditas Irwin del planeta!

Colocón, colocón...

Y tres horas después, no sé cómo me las arreglo, pero me cojo el mayor colocón de mi vida. Qué digo el mayor, ¡el único! Jamás me ha interesado el alcohol. Se me puede tachar de contestona, pasota, maleducada, malhablada, faltona... Pero no soy de vicios malsanos ni de probar cosas raras. Sin embargo, esta noche, no sé si por frustración, cabreo o despecho, o todo a la vez, me ha dado por tomarme un mejunje que estaban preparando unos cuantos en la cocina. Y, lo peor de todo, creo que me he quitado el vestido y me he bañado en ropa interior en la piscina. Ya sé que era algo que no descartaba del todo, y que de hecho el conjunto interior me lo puse pensando en esa posibilidad; pero existen pruebas documentales mostrando un bailecito que me he marcado antes de lanzarme a la piscina, en lo que yo imaginaba una danza sexy y provocativa, y que ha resultado ser una cagada de vídeo viral, según fuentes fiables como Amy y James Chanson (Chan para los del equipo de baloncesto, por diferenciarle de su hermano Luke al que ya llamaban Chanson antes de que entrara James). También es el anfitrión de la fiesta y quien me ha sermoneado por el numerito cuando Ray me sacaba del agua.

Creo, también, que he flirteado un poco con este último, aunque de eso no puedo asegurar nada a ciencia cierta porque no hay pruebas documentadas, solo tengo un ligero recuerdo en el que, cuando me lleva en brazos a una tumbona junto a la piscina, yo le acaricio la mejilla y le digo: «¿Sabes que eres el segundo chico más guapo del mundo?». Espero no haberle hablado del primero. Aunque todo es posible, ya que Alan ha aparecido de la nada en la fiesta y me ha sacado de allí bastante alterado. Al menos ya me había vestido (o alguien lo hizo por mí).

Después me ha llevado en su coche al veinticuatro horas de la gasolinera y ha pedido por mí un café bien cargado y tortitas, que he vomitado a los pocos minutos. Suerte que ya habíamos salido del local y estábamos junto a su coche.

—¿Se puede saber qué coño ha pasado? Lo único que te pedí, ¡que no bebieras! Y tú... ¡venga!, la primera en la frente.

—No sé, creo que me han echado algo en la bebida.

—¿Algo? Tu amiga dice que has tomado no sé cuántos vasos de una mierda de color naranja que había en una garrafa.

—Solo dos, creo.

—¡Maldita sea, Mel! ¿Y ahora qué cojones les digo a tus padres? Voy a quedar peor que Annie como canguro.

—¿Ahora vuelves a ser mi canguro?

—¿Acaso no necesitas uno? ¡Porque queda muy claro que sí!

—¡Vete a la mierda, Alan! No soy ninguna cría.

Me siento sobre el capó de su coche y se acerca para colocarse a mi lado. No sé si tiene miedo de que vaya a caerme rodando.

—Pues tendrás que esforzarte un poco más en demostrarlo.

—¿Chupándosela a alguno en el lavabo como tu cuñada? ¡Tal vez así te callarías la puta boca!

—¡Joder, Mel! Menudo pico tienes... Te juro que pensaba que eras distinta. Lo creía. Pero

quince años son quince años, qué le vamos a hacer... —Se cruza de brazos al decirlo y ni me mira.

—Te creerás muy mayor ahora con tus veintidós, pero con dieciséis eras el mayor gilipollas que se ha visto en la tierra.

—¿Con dieciséis? ¡Qué sabrás tú, niña!

—¿Crees que no me acuerdo de cuando Annie nos cuidaba y tú no parabas de hacer el capullo fastidiándonos a Jake y a mí?

—Pues pensaba que había sido tu mejor canguro. Así me lo dijiste en aquella carta con corazones. ¿Cómo era...?

Me muero de la vergüenza. No recordaba que con doce años ya estaba colada por sus huesos y, en mi inocencia de niñata, pensaba que él me correspondía. No recuerdo lo que puse en aquella carta, pero la cara me arde y va a derretírseme como una vela metida en un horno.

—¡Anda, déjame en paz!

Me bajo del capó y camino por la calle para que me dé el aire, o más bien alejarme. Lo dejo atrás, junto a su coche.

—¿No quieres escucharlo? Era muy bonito y halagador —me dice desde la distancia—. Echo de menos a aquella Mel inocente y dulce; en vez de esta borde y palabrotera en la que se ha convertido.

—¡No te oigo! —respondo, tapándome las orejas. Continúo caminando y enseguida siento sus pasos detrás.

—Pues el lunes me llevo la carta a tu casa y te la releo en persona —insiste, tratando de picarme.

Me doy la vuelta de golpe y casi chocamos.

—¡Ni se te ocurra!

—¿Por qué? ¿Te avergüenzas de tu pasado romántico?

—Veo que tú no, si aún conservas aquella carta.

—Apareció sin más entre la basura de un cajón de mi escritorio, haciendo limpieza.

—¡Sí, claro! —contesto, con fingida indignación y con mi ego flotando por las nubes.

—¿Qué carta me escribirías ahora?

—Empezaría por «querido profe», y continuaría con «odio que me mandes tantos ejercicios para el día siguiente. Espero que se te indigeste lo que te pagan mis padres por torturarme con tu presencia diariamente». —Mi mirada lo desafía con descaro.

—¿Y ningún gracias por haberte ayudado a colarte en una fiesta a sus espaldas?

—¿Después de haberme hecho compartir el aire que respira mi odiosa enemiga? Eso espero que lo tengas en cuenta para la próxima vez.

—Estás locas si piensas que habrá una próxima vez después de la que has montado —afirma riendo.

—Llevo todo el verano encerrada en casa por haber cateado dos asignaturas, ¿no te parece suficiente tortura? Es normal que se me haya ido un poco de las manos la salida.

—Según tengo entendido, mis clases son por esas asignaturas. El castigo viene por otro lado, no te hagas la inocente ahora conmigo.

—Todo el mundo se salta clases y alguna vez ha falsificado la firma de sus padres, ¿acaso tú no lo has hecho? Porque no serías entonces el mellizo Lowe que recuerdo de mi infancia.

—Nunca estarás a ese nivel, pequeña Grimm. Solo hay que observar quién da clases a quien.

—Ah, vale, que ahora hablamos del becado Lowe, señores.

En ese momento suena su teléfono. Me muestra la pantalla: es mi padre.

—¡Mierda!

—¿Qué hora es? —pregunto.

—¡Son las doce!

—Me va a matar.

—No. ¡Nos va a matar! —afirma, antes de descolgar—. Hola, señor Grimm. Justo estaba... —
Se calla, es mi padre quien toma la palabra.

Tiro de él hacia abajo y pego mi oreja a la suya para escuchar la conversación con él.

—Menos mal que te localizo, Alan. Tienes que ir a casa y cuidar de Mel. Mags se fue al hospital con Jake, nada más irnos vosotros al cine, y van a pasar la noche allí por un virus intestinal. Le dije que volvería antes de que llegara la niña, pero mi vuelo se ha cancelado. He llamado a tus padres, olvidé que están de vacaciones. Solo me quedas tú.

—No se preocupe, me acerco ahora mismo.

—Tiene el teléfono apagado.

—No hay problema, llamaré al timbre hasta que me abra.

—Necesito que cruces ya la calle y me confirmes que está bien. No puedo colgar si no me quedo tranquilo, su madre está alterada sin tener noticias de ella.

—De verdad, no se preocupe. Me quito el pijama y voy. Le llamo en dos minutos. Quédese tranquilo.

—Gracias, Alan. ¿Nos harías el favor de quedarte con ella? Nunca la hemos dejado sola toda una noche y...

—Sí, sí, no hay problema.

—Te debemos una.

Cuelga la llamada y respiro aliviada.

—¿Qué hacemos? ¡Tenemos que salir pitando! ¿Cuánto se tarda de aquí a casa? ¿Por qué no le has dicho que estabas en la ducha o fuera del barrio y que ibas a tardar en llamarle?

—No te preocupes, sube al coche. Esperamos dos minutos y llamamos desde aquí. Pon voz de dormida.

—¿Voz de dormida?

—Sí. Di que estás en casa y que acabo de despertarte. Pregunta por tu hermano, con voz de asustada, eso te irá bien para disimular.

No me cuesta nada meterme en el papel, ya que en el fondo estoy un poco acojonada. No sé si por lo de mi hermano, por estar a estas horas fuera de casa o por que me pille mintiendo.

—Hola, papá. ¿Qué pasa? Alan me ha dicho que Jake y mamá están en el hospital. Pensé que estaban dormidos cuando llegué a las diez y media en punto.

Alan me mira con los ojos muy abiertos y negando con la cabeza. No sé qué desapruera, pero empiezo a estar más nerviosa y titubeo.

—No te preocupes, cariño, Jake está bien. Le han puesto suero y no es nada grave. Solo tienen que esperar a que su estómago acepte alimentos. Alan va a quedarse en casa contigo, ¿vale?

—Sí, ya me lo ha dicho. —Miro a Alan para que sus gestos me verifiquen si lo estoy haciendo bien—. No te preocupes, papá. ¿Quieres que llame a mamá?

—No, es muy tarde y puede despertarse Jake. Ya le envíé un mensaje cuando colguemos. Tú duermes tranquila. Mi avión sale a las seis de la mañana, llegaré antes del mediodía. Dile a Alan que le pagaré por lo de hoy.

Cuelgo el teléfono aliviada.

—Vaya, mira por dónde, la noche no te va a salir gratis. Vuelves a ser mi canguro.

—No pienso cobrarles por esto —anuncia riendo.

—Oye, si no quieres la pasta, pásamela a mí. Estoy muy necesitada de fondos.
—¡Tendrás cara! —dice, poniendo el coche en marcha.

Cuando llegamos a nuestra calle, aparca el coche en su plaza de aparcamiento, junto al porche.

—¿Dónde vamos? ¿No se suponía que te quedabas en mi casa?

—Sí. Pero tendré que coger mi pijama y el cepillo de dientes, ¿no?

—Ah, claro.

Lo acompaño a su habitación. Nunca he estado en su casa, o sí, una vez que acompañamos a Annie a coger unos moldes para galletas y un rodillo extra, porque Jake y yo siempre peleábamos por hacer exactamente lo mismo y a la vez.

Suelo ver una parte de su habitación desde la ventana de mi cuarto: el escritorio y un trozo de la cama, básicamente. Lo reconozco, le he espiado un centenar de veces desde allí enfrente. Suele pasar muchas horas estudiando o leyendo sobre la cama. Mi imaginación ha volado en infinidad de ocasiones hasta aquí, justo donde ahora mismo me encuentro.

Coge de un cajón algo de ropa y se dirige al baño a buscar su cepillo. Lo tiene todo muy bien ordenado. Como vea mi habitación le va a dar un infarto, me he probado medio armario hasta decidirme por lo que llevo puesto.

Junto a la ventana, colgado de la pared, hay un tablón de corcho con algunas fotos pegadas en las que aparece, sobre todo, su repelente novia. Veo una de cuando él tenía mi edad, más o menos. Así que tenía este aspecto cuando le llamábamos el insoportable mellizo Lowe... La fotografía se encuentra casi oculta por un calendario de actividades. La despego, para verla de cerca. ¡Qué guapo era también a esa edad! ¿Por qué no me lo parecía entonces? Pensaba que se había transformado de gusano a crisálida a los dieciocho, justo cuando se convirtió en mi adorable canguro.

—¿Qué haces? —oigo a mi espalda.

Abro mi bolso bandolera con disimulo y deslizo la foto antes de girarme. Me da pánico que me vea con ella en la mano.

—Cotilleaba un poco tus cosas. ¿Quiénes son estos de aquí? —señalo una foto al azar—. ¡Menudas pintas!

Se acerca y coge la fotografía para observarla con atención.

—Son de un campamento al que solíamos ir Annie y yo en verano. El último día siempre se celebraba una fiesta de disfraces como despedida. Este fue el último año que nos apuntamos. El que va de John Travolta soy yo. —Se señala con el dedo—. Y esta que parece una pequeña prostituta y drogata es Annie —afirma riendo—. En realidad, iba de Sandy.

—¿Por qué dejasteis de ir?

—Crecimos —responde en tono más serio.

Vuelve a pinchar la foto con la chincheta en su sitio.

—¿Nos vamos?

Canguro de nuevo

Aunque siga tratándome como a la pequeña Grimm que para él soy (sé que nunca me verá ni me mirará como a Rebecca), está siendo la mejor noche de mi vida. Nunca he salido con un chico. He tenido algún rollo, no me toméis por una pava mosquita muerta. El año pasado, sin ir más lejos, me comí la boca con James (fue en secreto, nadie lo sabe, ni siquiera nuestra mejor amiga). Lo hicimos por probar. Fue sin venir a cuento y en frío, en mitad de una conversación:

—Me preocupa salir con Susan porque nunca he besado a una chica y tengo miedo de no estar a la altura. Ella ha salido con dos tíos ya —me dijo, de camino a casa. Solemos volver juntos tres días en semana porque él tiene entrenamiento de baloncesto y yo de vóley o de softball, según la temporada, y en esos casos cogemos juntos el bus de vuelta. Su hermano Luke prefiere llenar su coche de otras compañías (que le dan más juego) y lo deja colgado.

—Yo tampoco he besado nunca a nadie. Pero supongo que eso da igual, le sigues el rollo y punto —le respondí.

—¿Tú crees? Yo pienso que se espera más del chico.

Lo vi tan inseguro que, sin pensármelo un segundo, me acerqué a él y lo besé.

—¿Ves? Ya está. Ya has besado a alguien.

—¿Podemos probar otra vez?

Me encantó que lo dijera, yo también me había quedado con ganas de más. Así que nos pasamos ese viaje de vuelta comiéndonos la boca sin descanso. Incluso se olvidó de bajar en su parada y me acompañó hasta la mía. Le invité a merendar y, ya que estaba allí, subimos a hacer juntos los deberes (o a seguir besándonos, para ser más exactos). Lo seguimos haciendo durante dos semanas enteras. Hasta que decidimos cerrar el grifo porque la situación empezaba a resultarnos tensa cuando estábamos en el grupo de amigos. Además, a él le seguía gustando Susan y a mí Bobby Hanson de último curso, aunque fuera un amor imposible. ¿Por qué siempre me fijo en chicos mayores?

Mi segundo rollo salió de un juego de beber, en el que ni siquiera participaba. Ya he dicho que no bebo ni lo había hecho hasta anoche. Pero me pilló por sorpresa. Estábamos en la despedida de Lara Dawson, y un grupo estaba jugando en la cocina de su casa a algo así como "Yo nunca". En la mesa había una colección de vasos de chupito, y uno decía: yo nunca he hecho tal cosa, y quienes sí hubieran hecho esa cosa que negaba este, cogían uno de los chupitos para bebérselo y se formulaba otro "Yo nunca". El que tenía la voz cantante, que no era otro que el hermano de Lara Dawson, dos cursos mayor que nosotras, me miró y dijo: «Yo nunca he besado a Mel Grimm». Y como nadie cogió un chupito para bebérselo, él se acercó a mí y se bebió mi boca literalmente. Hasta ese momento, jamás me había fijado en Will Dawson, pero ¡cómo besaba el cabrón! Eso coincidió con el día que colgaron las notas en la web, ajena a que mi progenitora había descubierto mi artimaña para librarme de una buena reprimenda. Estaba bien a gusto en la fiesta de despedida de los Dawson, besándome con el anfitrión en la cocina y en su habitación después, donde nos metimos mano y no llegamos a más porque no teníamos condones (me negué a que pidiera uno y se enterase medio instituto de que íbamos a acostarnos). Así no quería que fuera mi

primera vez, aunque no haya habido otra ocasión en la que haya estado tan cerca de hacerlo.

Cuando Alan y yo llegamos a casa, le ofrezco dormir en la habitación de invitados que, casualmente, se encuentra frente a la mía. Deja sus cosas sobre la cama. Yo estoy apoyada en el marco de la puerta, observando cómo se descalza usando la puntera del pie contrario. Al ver que se gira, doy media vuelta.

—¿Vas a necesitar que deje la puerta abierta por si tienes miedo? —Se ha acercado para cerrarla y evitar mi mirada indiscreta.

—¿Por quién me tomas?

Aunque por dentro estoy diciendo: «Sí, joder, déjala abierta o métete directamente en la mía».

—Vale, vale, no te enfades... Era solo una sugerencia. Ya sé que eres una valiente, pequeña Grimm.

—También puedes ahorrarte lo de pequeña Grimm. Cuando eras mi canguro, tenía un pase. Pero ahora...

—Está bien, pequeña Grimm —repite antes de cerrar. Pongo los ojos en blanco y lo dejo por imposible.

Entro a mi habitación a cambiarme también, y decido ponerme mis mejores galas para dormir: una camiseta de tirantes con la que soy consciente de que se me transparentan ligeramente los pezones, y un pantalón corto ajustado que perfectamente podría pasar por unas braguitas de tipo *culotte*.

Al entrar en el baño a cepillarme los dientes, mientras él hace exactamente lo mismo, noto que me mira con interés a través del espejo. Pero enseguida se da la vuelta, al ver que acabo de pillarlo, y mira hacia la ventana, dándome la espalda. Me agacho, acercando la boca al chorro de agua que sale del grifo para enjuagarme la boca, y noto que mi trasero roza con sus piernas. Al sentirlo se aleja de mí como si le hubiera dado una descarga eléctrica. Me incorporo riendo y secándome los labios con la toalla.

—¿Qué te ha pasado?

—No... nada... —Se ha ruborizado—. ¿Me dejas un hueco que me enjuague? —lo dice como puede, tratando de evitar que se le salga la espuma del dentífrico de la boca.

Le dejo sitio y aprovecho para mirarle. Qué bien le sienta ese pantalón corto de pijama azul oscuro y la camiseta blanca de pico. Creo que voy a tener sueños húmedos.

—Buenas noches —le digo, antes de abandonar el baño a regañadientes, me quedaría allí con él por siempre jamás. Pero será mejor que entre en mi cuarto y arregle un poco el desastre que, por suerte, aún no ha descubierto.

Cojo toda la ropa que hay amontonada sobre la cama, también encima de los cojines que hacen de asiento en el alféizar de la ventana y la dejo tal cual, apelotonada, dentro del armario. Me cuesta un poco cerrar la puerta corredera, se han quedado algunas prendas colgando. Las empujo con una mano mientras con la otra consigo cerrarlo. Hago lo mismo con los diferentes pares de zapatillas, chanclas de la piscina y sandalias que me he probado antes de salir. Abro el mueble zapatero y las dejo caer dentro. Con el desastre del escritorio me doy por vencida y ni lo toco: libros amontonados, botes de lápices y rotuladores esparcidos por la mesa... Se habrán volcado antes al lanzar el bolso encima a toda prisa. Ahí se quedan.

Minutos después, estoy tumbada sobre la cama con la lamparilla encendida y un libro sobre las piernas. Él aparece en el pasillo frente a mi puerta y se apoya sobre el marco, cruzándose de brazos.

—¿No estás muerta de sueño?

—Necesito leer un poco antes de dormir, me relaja. Si me acuesto directamente, empiezo a dar vueltas, a pensar en cosas y tardo más en coger el sueño.

—¿Y tendré que venir luego a apagar la luz o te encargas tú sola?

—No vas a dejar tu papel de canguro ni un minuto, ¿verdad?

—Para eso me pagan —contesta riendo.

—¿Y el contrato incluye un beso de buenas noches? —agrego en tono irónico.

—Pues... No sé... Vóy a consultarlo ahora con tu antigua niñera y te aviso.

—¡Annie nos lo daba!

—Me refería a Becky.

Odio que llame así a la sabandija de Rebecca.

—¡No hay cojones!

—Eres incorregible.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

Cierro el libro y lo dejo a un lado de la cama. Él permanece de pie, no se ha movido de su sitio. Tiene el cuerpo bien tonificado, se le marcan los bíceps en esa postura de brazos cruzados. No es que nunca me haya fijado, pero en este momento soy más consciente que nunca de su cuerpo. Lleva los pies descalzos y ha colocado uno sobre el otro. Está para hacerle una foto y publicarla en una revista publicitaria.

—Cinco... o casi seis años ya.

—¿Cómo os conocisteis?

—Éramos compañeros en sociología de noveno curso.

—Bah, ¡qué típico! —agrego, con media sonrisa y un tono algo despectivo.

—Dímelo cuando acabes tú con el tal Ray ese.

—¿Con Ray? ¡Qué sabrás tú de mi vida! —me quejo riendo.

—Ah, ¿no te has enterado? Hay un video de tu numerito en la piscina y del rescate.

—¿Lo han grabado todo? —Pensaba que solo salía la escena de antes del chapuzón—. ¿Tú lo tienes?

—No, pero lo he visto. Audrey se lo envió a Becky casi antes de que salieras a flote de la piscina.

—¡Menuda imbécil!

—Y menudo bailecito sexy te has marcado... Me lo cuentan y no lo creo. ¿De dónde ha salido esa Melissa? ¿Tienes otras facetas escondidas?

—¿Qué te parece esta? —Le enseño el dedo corazón.

—Eso es una falta de educación muy grave hacia tu profesor de Química —protesta, con una carcajada sonora.

—¿Y qué vas a hacer, ponerme a copiar la tabla periódica?

—No. Hoy solo seré tu canguro, pequeña Grimm.

Mi cabeza no para de darle vueltas al asunto de la piscina. Recuerdo que Ray Broad me ayudó a salir del agua. Aunque no lo necesitaba, me encontraba perfectamente. Tal vez pensó que había sido una caída fortuita, y no que me lancé a propósito. Me quedé sumergida un buen rato, disfrutando de ese momento tan placentero bajo el agua, con los ojos cerrados y los sonidos de fuera amortiguados, lejanos, casi imperceptibles... Hasta que sentí unas manos en la cintura impulsándome hacia la superficie: «¿Estás bien?», preguntó enseguida. Asentí con la cabeza y lo observé fijamente. Nunca lo había visto tan de cerca. Me pareció tan guapo, con esa mirada tan intensa y las gotas de agua cayéndole por la cara, y sus labios... no podía dejar de mirar sus labios. Me llevaba cogida en brazos, y yo no dudé en rodear con los míos su cuello. Poco a poco

mi cuerpo iba dejando de flotar, la superficie ganaba en inclinación hacia la rampa escalonada de salida y el agua dejó de sostenerme. Tres escalones más, en pendiente, y sus pies tocaron la hierba; los míos seguían en el aire, colgando de sus antebrazos bajo la articulación de mi rodilla. Antes de que me dejara en la tumbona, le acaricié la cara. Y le habría besado de no ser por mi amigo James, que apareció en escena con mi ropa y una toalla para cada uno, y echándome la bronca por el baño nocturno.

—¿Qué sale exactamente en ese vídeo? —le pregunto a Alan, completamente intrigada de que haya mencionado lo de Ray.

—Nada que deba preocuparte especialmente. Apareces bailando, te quitas la camisa al ritmo de la música, la falda, los zapatos... y, con un salto vertical, te lanzas al agua. Tardas un rato en salir y un tal Ray se tira también, mientras el hermano de Brenda grita tu nombre en el borde de la piscina, pidiéndote que salgas. El chico te saca en brazos y tú vas diciéndole a todo el mundo: ¡Tranquilos, estoy bien, estoy bien!, entre vítores y aplausos. Y cuando ya parecía que el vídeo iba a terminar, miras a ese Ray con ojos de enamorada, en primer plano, le acaricias la cara y le sueltas que es el segundo chico más guapo que has visto en la vida. El video se corta después de escucharse un «menuda zorra», con una voz que te resultaría bastante familiar. Pero no quiero meter mierda. Espero que seas sensata y que esto quede entre nosotros.

—¡Qué cabrona! —protesto—. Amy me comentó que varios tíos de la fiesta me habían grabado, pero no sabía lo de ella.

—Si le das importancia al asunto, les darás poder. Haz como si no fuera contigo la cosa, como que te resbala. Comenta el vídeo, incluso, en el grupo de amigos. Los desarmarás completamente y pasarán a otra historia.

—Gracias por el consejo, profe.

—Que descanses, pequeña Grimm —se despide, guiñándome un ojo.

¡Maldita sea! Esta noche quiero soñar con él.

Aunque tampoco me importaría que fuera con Ray Broad en el agua.

6

A la mañana siguiente

Me despierto con una banda sonora desconocida taladrándome los tímpanos. ¿Qué suena? Me levanto y descubro que la música procede de la habitación de enfrente. Al salir al pasillo veo cerrada la puerta del baño y escucho al otro lado el sonido de la ducha. Decido entrar en la habitación donde ha dormido para desconectar el timbre de su móvil, lo que me ha despertado. Está sobre la cama. Me acerco y leo el nombre de Rebecca en la pantalla (mejor dicho: Becky). Me debato entre ignorarlo o descolgar, pero creo que lo segundo me resulta más atractivo.

—Hola, Rebecca.

—¿Quién eres?

—Mel.

—¿Mel? ¿Qué Mel?

—Grimm.

—¡Ah, Grimm! ¿Qué haces con el teléfono de Alan?

—Es que se lo ha dejado en la cama y no paraba de...

Me corta sin dejarme acabar la frase.

—¿Perdona? ¿Por qué estás en su casa?

—No estoy en su casa.

—¿Dónde está Alan? ¡Pásame con él!

—Está en... —«¿Se lo digo? ¿O debería correr al baño sin decir ni una palabra más y entregárselo? ¿Cuelgo la llamada?»— en la ducha.

—¿En la ducha? ¿Qué ducha?

En ese momento aparece Alan, goteando por el pecho y con una toalla atada a la cintura. Trago saliva antes de seguir hablando con su novia.

—Un momento, ahora te lo paso. —Entrego el teléfono a su propietario y le explico por qué estoy en su habitación usando su móvil—: Es Rebecca. Lo he cogido porque no paraba de sonar y me ha despertado.

Salgo de la habitación y, antes de dirigirme al baño, escucho un poco detrás de la puerta.

—He tenido que quedarme con Mel. Me llamó su padre anoche porque tenían una emergencia en el hospital con su hermano. Es largo de explicar. —Escucha lo que ella tiene que decirle—... No, claro que no hemos dormido juntos. ¿Cómo se te ocurre pensar eso? —«¡Ya quisiera yo!»—... ¿Te vas a poner celosa de una niña de quince años? —«Vaya, acabo de meterlo en un buen lío»—... En serio, Becky, creo que estás sacando las cosas de contexto y alterándote por nada... —«Normal, ¿qué se puede esperar de una histérica?»—... Pues claro que sigue en pie lo de la cena. Eres tú la que está montando todo este lío por una cosa sin importancia. Mel para mí es casi como Audrey para ti, como una hermana.

Y es aquí cuando todas mis ilusiones caen al suelo como un castillo de naipes. Me dirijo al baño a regar mis penas bajo la ducha.

¿Como una hermana soy para ti? Pues a mí me encantaría meterme debajo del grifo contigo ahora mismo, y eso no me pasa con Jake... ¡Una hermana, dice! Maldita sea mi suerte. ¿Por qué

demonios le contratarían como canguro? Ojalá solo fuera mi vecino de enfrente, que ha venido por primera vez a mi casa por una emergencia. ¿Me vería de forma diferente en ese caso? Incluso podría fingir para él que tengo dieciocho años. En realidad, los aparento: soy más alta que la media de mi clase. Incluso mi padre ha llegado a afirmar que parezco una adulta en el cuerpo de una niña cuando abro la boca. ¿Por qué él no me ve así?

El sonido de la puerta interrumpe mis pensamientos tras cerrar el grifo de la ducha. Cojo mi toalla y me envuelvo con ella colocándola bajo las axilas.

—Mel, ¿puedes pasarme mi ropa? —me pide desde el otro lado—. La he dejado sobre el mueble.

Abro la puerta con las prendas en la mano.

—Lo siento —le digo, al pasarle la ropa.

—¿Por qué?

—No debí responder al teléfono. No lo pensé.

Cojo otra toalla más pequeña del tocador y le quito el exceso de humedad a mi pelo.

—No te preocupes. Ha sido una reacción normal. No le des importancia.

—Pero... ¿no te he metido en un lío?

—No, claro que no. ¿Por qué piensas eso?

—Habéis discutido —respondo, algo desconcertada por su negación de los hechos—. No me trates como a una cría, Alan. No soy la misma niña que cuidabas hace cuatro años.

—¿Has estado escuchando?

—Sí... —titubeo al decirlo—, un poco solo.

—¿Y no te han enseñado tus padres que está muy feo espiar tras las puertas? —agrega, poniéndose la camiseta.

Ha dejado el resto de la ropa sobre la encimera del mueble del lavabo. ¿Piensa ponerse la parte de abajo delante de mis narices también? No puedo quitarle los ojos de encima. ¿Qué pasaría si dejase resbalar mi toalla? Cojo el cepillo y comienzo a desenredarme el pelo, tratando de concentrarme en otra cosa que no sean las toallas que nos envuelven.

—¿Acaso no presenciaste tú mi conversación con Ray hasta el final cuando te pasaron el vídeo?

—A ver, Mel, ¿adónde quieres ir a parar con esto? Te conozco y sé que tus comentarios no son triviales, siempre van hacia alguna parte.

—No sé por qué piensas eso, si solo soy una niña de quince años —le reprocho. Parecemos una pareja compartiendo el baño.

—Yo no he dicho que seas una niña.

—Pero lo piensas —lo digo acercándome a él, más de lo que los límites invisibles nos lo han permitido nunca. Casi estamos respirando el mismo aire: el que sale de él entra en mí y viceversa. Mi barbilla permanece altiva, retándole con su postura. Sus ojos, ligeramente cerrados al mirar hacia abajo, observan los míos con curiosidad. Si uno de los dos hiciera un pequeño movimiento, nuestros labios quedarían unidos. Pero él gira su cabeza hacia el espejo y da un paso atrás, recuperando nuestra distancia inicial.

—¿Se puede saber de qué estamos hablando?

Salgo del encantamiento y me entra la risa al verle ahí plantado, con la toalla por falda y tan serio de pronto.

—¿Melissa?

—¡Mierda! ¡Es mi padre! —La voz procede de la planta de abajo—. ¡Vístete, joder! —Me siento como si nos hubiera pillado enrollándonos.

Salgo del baño y corro a mi habitación a buscar mi ropa. Abro el armario y se me cae encima toda la maraña de prendas que escondí la noche anterior. Cojo un vaquero corto del montón y una camiseta negra de manga corta de AC/DC, herencia de mi padre, la rescaté de unas cajas del desván y de la quema que iba a hacer mi madre, junto con otras cuantas que me agencié. Me pongo los EarPods inalámbricos y conecto Spotify en mi móvil. Cuando mi padre abre la puerta, estoy doblando ropa sobre la cama.

—¡Qué susto, papá! No te había oído entrar. —Saco del oído uno de los pinganillos y le doy un beso—. ¿No llegabas a mediodía?

—Son las doce. No me digas que acabas de levantarte. He visto el desayuno en la cocina. ¿Dónde está Alan?

—¿Alan? No sé. ¿No estaba abajo? Se habrá marchado.

En ese momento aparece por el pasillo y asoma por mi puerta. Lleva unos vaqueros, la camiseta gris que se había puesto antes, y el pelo medio en punta y algo despeinado que suele llevar siempre. Un ligero rubor asoma a sus mejillas cuando se acerca a darle la mano a mi padre. Creo que se ha sentido exactamente como yo tras escuchar su voz cuando ha llegado.

—Hola, señor Grimm. Estaba recogiendo el baño, la cría lo ha dejado hecho un desastre.

Le miro con cara perpleja, y él a mí con un descaro cómplice.

—¡Qué vergüenza, Melissa! Suerte que no esté tu madre.

—Bueno, yo tengo que irme —agrega mi canguro—. He quedado a comer con Becky.

«¿No era una cena?», estoy a punto de decir, porque estoy convencida de que lo ha cambiado a comida para ofrecerle a mi padre una imagen de canguro de confianza.

—Espera que te dé el dinero —trata de retenerlo él—. Tengo la cartera abajo.

—No hace falta. Lo de ayer fue una emergencia, y los vecinos estamos para eso, ¿no?

Se acerca a darle la mano de nuevo, y de mí se despidе con un guiño que me deja todavía más colada por sus huesos (si es que eso es posible).

—Te estamos muy agradecidos, Alan. Cualquier cosa que necesites, cuenta con nosotros.

—No ha sido nada —responde, antes de bajar la escalera.

Mi padre y yo nos quedamos solos en mi cuarto.

—Venga, arréglate que nos vamos a recoger a mamá y a Jake. Menuda nochedita habrán pasado.

—Voy a bajar primero a comer algo, papá. Cuando me he levantado no tenía hambre.

—Pero date prisa. Voy a darme una ducha rápida y nos marchamos.

Al bajar a la cocina, encuentro sobre la encimera un zumo de naranja y un sándwich Lowe. Es así como los llamábamos Jake y yo cuando nos preguntaba qué nos apetecía cenar, que no fuera pizza. Y era eso lo que siempre queríamos, desde que nos los descubrió. Le doy un bocado y, aunque está frío, me sigue pareciendo igual de delicioso con ese toque de canela.

Yo: Gracias por el desayuno, pero me hubiera gustado comerlo al estilo tradicional Lowe: ¡calentito!

Alan: Si no fueras tan dormilona...

Yo: Podrías haberme despertado para desayunar juntos.

Alan: Iba a hacerlo, pero tenías una carita de sueño que no he podido resistirme a bajarte la persiana.

Yo: Claro, ahora lo entiendo todo, has ocultado a mi despertador luminoso habitual.

Alan: Que pases un buen día, borrachina. No te metas en más líos.

Yo: En tal caso, me aseguraré de que te lleguen los vídeos.

Alan: ¿Piensas hacer carrera en YouTube?

Yo: Quién sabe... Si tengo a tu cuñada cerca, tal vez lo consiga.

Alan: Te dejo, voy a descansar un rato.

Yo: ¿No has dormido bien?

Alan: No mucho. Me cuesta dormir en otras camas.

Yo: ¿Sueles dormir en otras camas a menudo?

Alan: Pues no, la verdad. Y desayuna bien, que aún estás creciendo.

Yo: ¡Qué gracioso! ¿Y tú no tenías una comida?

Alan: No, era una excusa para largarme. ¡En mi vida me he sentido tan incómodo!

Yo: ¿Incómodo por qué? ¿Has tenido pensamientos impuros?

No me contesta. Se ha desconectado. ¿Qué demonios ha pasado? Se habrá quedado sin batería, claro, después de toda la noche sin cargarlo. ¡Mierda! Con lo a gusto que estábamos hablando.

Una clase como otra cualquiera

Me hubiera gustado decir que la clase del lunes fue igual que cualquier otra, pero no. Le noté más frío y seco. Como si estuviera enfadado conmigo por algo que en realidad se me escapaba. Encima olvidé hacer los ejercicios que me puso el viernes, por todo el jaleo de la fiesta, el hospital y mi cabeza, que no paraba de evocar la noche que pasamos juntos.

La tarde del sábado la pasé pegada al teléfono con Amy y nadando en la piscina. El domingo, Jake estuvo en el salón haciendo una maratón de Harry Potter, todavía convaleciente de su virus intestinal, y, a pesar de haberlas visto todas, terminé enganchada con él, tragándomelas una tras otra. Así fue como olvidé mis deberes por completo.

Pero Alan no se conformó con regañarme en privado. No. Lo soltó delante de mi madre, aprovechando que entraba en la cocina, y estoy convencida de que lo hizo a propósito. Aunque ahí no acabó todo, que todavía le quedaba una baza que soltarnos. La peor para mí, sin lugar a duda.

—Si no haces los ejercicios que te mando, Mel, no puedo comprobar si te ha quedado claro el tema.

—¿Que no ha hecho los deberes? —se escandalizó enseguida la señora Grimm.

—Mamá, no te metas.

—¿Cómo que no me meta? —Se le cayó rodando una naranja del zumo que iba a preparar.

—Estarás contento, ¿no? ¡Mira la que has liado! —le recriminé con furia y tirando el boli sobre el cuaderno. Me levanté de mi asiento y rescaté la fruta, que había quedado aparcada bajo mi taburete.

—Señora Grimm, no se preocupe, lleva bien las asignaturas. Pero esta semana termino con las clases. Estaré hasta arriba de trabajo con mi posgrado, y en la financiera me han ofrecido otro puesto que va a limitar mi tiempo libre. De hecho, tengo pensado mudarme. Las oficinas están en Silicon Valley y me pilla más cerca para asistir a los seminarios.

—Pero quedamos en que me ayudarías hasta finales de agosto —protesté, desconcertada y temerosa de no verle cada día en mi casa.

—Ya, lo sé. Pero eso fue al principio. Pensaba que necesitarías más clases. Eres lista y has rendido más de lo esperado.

Mierda. Eso me pasa por querer presumir ante él y esforzarme tanto por impresionarlo.

—Bueno —agregó mi madre—, entonces son buenas noticias, al fin y al cabo. Si él dice que estás lista... No hay más que hablar.

Se la veía contenta con el desenlace. No como a mí, que estaba cruzada de brazos y con la frente arrugada, seguro. Para una cosa buena que tenía mi arresto domiciliario, y ahora lo perdía.

—¿Eso significa que ya puedo quedar con amigos?

—¡Ni lo sueñes! No hasta que demuestres que podemos volver a confiar en ti. Eso otro no tiene nada que ver con las notas, y lo sabes.

—¿Y cuándo será? Aquí encerrada no os puedo demostrar nada.

—Cuando comience el curso y veamos cómo te desenvuelves. O te comportas, mejor dicho.

—Le irá bien —añadió él, tratando de ayudarme, supongo. Pero después de la que había liado,

no esperaría que fuera a reírle la gracia—. Yo confío en ella —lo dijo mirándome fijamente, tal vez advirtiéndome de que lo hiciera bien.

Me dan ganas de rebelarme y hacer todo lo contrario, para que se tenga que tragar sus palabras y quede mal con mi madre.

En las siguientes clases, las de esa última y fatídica semana, soy yo quien está distante y áspera con él. Decido estudiar todo lo que me pide y hacer los ejercicios sin insubordinaciones ni discrepancias, esforzándome más aún, si cabe, para demostrarle que no soy la niña que cree todo el tiempo. A veces se le escapa alguna broma, de las nuestras, pero yo no le sigo el rollo y me cierro completamente. ¡Que le den! Quiero darle de su propia medicina. Quiero que le duela haberme dejado colgada. Él era lo único que alimentaba mi sonrisa tras el almuerzo. Del mismo modo que lo hacía por las mañanas el mirar tras el cristal de mi ventana y encontrarlo estudiando tras la suya. Bajaba a desayunar con otra energía, con ganas de comerme el mundo. Aunque tuviera que conformarme con tomar el sol escuchando música, hacerme unos largos y leer o salir a hacer algunas compras con mi madre. Pero no discutía ni refunfuñaba, lo hacía encantada. Porque, mientras tanto, iba deshojando las horas que faltaban para mi mejor momento del día: sus clases. Día tras día. Todas mis ganas puestas a su servicio al llegar el lunes, y apagándose los viernes a medida que llegábamos a su término. Deseando que pasara rápido el fin de semana para volver a empezar mi ciclo de ilusión.

—¿Te puedo invitar a tomar algo después? —me pregunta. Estoy repasando un ejercicio de química y no quito la atención de mi cuaderno tras su interrupción—. Es el último día y me gustaría despedirme con algo especial.

—Es el último día porque tú lo has querido. No necesito nada especial.

—¿Por qué estás tan enfadada? —se sorprende—. En realidad, no querías estas clases de apoyo. Recuerdo el primer día que entré por la puerta, tenías una cara de seta... —Se ríe de su propia gracia.

—No era por ti, sino por mis padres.

Lo que ocurrió es que me daba mucha vergüenza que viera lo torpe que soy en esas asignaturas. Que te pongan de profesor al chico que te gusta, con el que llevas años soñando y al que espías por la ventana desde los doce... eso no es plato de buen gusto para nadie.

Al principio, claro, cuando las inseguridades se apoderaban de mi mente si me pedía que le explicase algún concepto para comprobar que lo había entendido, o si me invadía el miedo a fallar en la mayoría de los ejercicios que me había puesto. Después, cuando pasaron los días, me fui acostumbrando a su presencia y mi cuerpo consiguió relajarse. La mente se fue abriendo y comenzaron a colarse las bromas. Hasta que conseguí ser yo misma en la mayor parte del tiempo.

—¿Entiendes que yo también tengo mis responsabilidades y mis propios estudios? Va a ser duro este curso para mí, con mi proyecto de investigación y las prácticas en la empresa.

—Entonces... ¿no tiene nada que ver conmigo?

—No. Claro que no —niega enseguida, sin mirarme apenas. Está girando mi lápiz entre los dedos, como si estuviera desenrollando un pergamino por ambos extremos—. ¿Por qué piensas eso?

—Porque estás raro desde la noche que dormiste en casa. Pensé que tal vez te habías enfadado conmigo por coger el teléfono cuando llamó Rebecca.

—¡Qué dices! Eso no tuvo ninguna importancia, ya te lo dije.

—O por los mensajes que te envié. ¿Te molestó lo que escribí?

—No, claro que no. —Se pasa la mano por el pelo y noto que evita mirarme de nuevo—. ¿Quieres hacer algo después de la clase o no?

—¿Algo como qué?

—¿Una pizza en Juliana's?

—Me encantaría, pero... ¿cómo convencemos a la señora de la casa?

—¿Quieres que lo pensemos tomando un helado de esos tuyos, pequeña Grimm?

—Si vuelves a llamarme pequeña Grimm, te estampo el helado sobre la cara.

Saco del congelador la tarrina de chocolate con galletas y otra de vainilla. Preparo dos cuencos con la mezcla de ambas, un puñado de Choco Krispis y otro de pequeñas nubes de colores.

—Al final te has aficionado a mis mezclas —le digo, relamiendo la cuchara que he usado para servir los helados.

Clavo una cuchara en el suyo y la otra en el mío. Le paso un cuenco y tomo asiento a su lado.

—Y también a tus babas —responde al cogerlo. Le interrogo con la mirada—. Has puesto en mi cuenco la cuchara que acabas de chupetear.

—¡Ay, perdona! —me disculpo enseguida, bastante cortada. Extiendo la mano para cogerla y cambiársela por otra limpia. Pero él ya tiene una porción de helado cargada en ella y se la mete en la boca, mirándome. Diría que con cierta complicidad o provocación en sus ojos.

—Tranquila —dice al sacarla de su boca—, lo que no mata engorda, y tú eres un bicho malo. Algo se me pegará de ti que me inmunice.

—Bueno, una vez le pegamos a tu hermana nuestros piojos.

—¡Fue a mí! —responde, abriendo mucho los ojos al recordarlo y riendo a carcajada limpia—. Los cojines del sofá fueron los culpables, según tu madre, que no los había puesto en cuarentena.

—¡Ay, es verdad! —caigo en la cuenta—. Fue el día que nos conocimos. Bueno, que nos conocimos no, que ya te conocía de antes. Fue cuando empezaste a ser nuestro canguro. ¡Qué vergüenza pasé ese día con mis pintas!

—Parecías un bocata de pequeña Grimm envuelto en film transparente.

—¡Te lo he advertido!

Con el dorso de mi cuchara, le planto una porción de mi helado sobre la mejilla, que se extiende dibujando una línea de chocolate hacia su boca tras girarse por lo inesperado de mi impulso.

—Pero ¡qué...! —se le corta la frase al observar algo detrás de mí.

—¡Mel! —Es la voz de mi madre—. ¿Se puede saber qué haces?

Desenrolla un par de vueltas al papel de cocina y después se lo pasa a Alan.

—¡Es solo una broma, mamá! —admito riendo.

—Discúlpate con Alan y haz el favor de subir a tu cuarto.

—Pero...

—¡Que subas a tu cuarto! —exige, algo alterada.

—No tiene importancia señora Grimm.

—Sí, sí que la tiene —responde ella, usando un tono en el que no suele dirigirse a nadie que no sea hijo suyo—. Anda, márchate a casa y ya le daré el dinero de las clases a tu madre. Iba justo al cajero automático ahora, pero creo que es mejor que te vayas.

—No sé por qué te pones así, mamá —salto en su defensa. No entiendo que haya reaccionado

de ese modo por una tontería de nada—. Solo era una broma sin importancia entre amigos.

—¡No sois amigos! ¡Alan es mayor que tú!

—¿Y eso qué tiene que ver? —No puedo creer lo que estoy oyendo.

—Anda, hija, sube. No me hagas hablar, ¿eh?

—Señora Grimm, yo...

—Déjalo estar, Alan. —Le va dirigiendo hacia la puerta de salida mientras habla—. Ya se acabó lo de las clases, ¿no? Pues tú a lo tuyo, y ella a lo suyo.

Y esa fue la última vez que nos vimos como profesor y alumna ese verano. Lo que iba a ser una despedida especial, terminó siendo algo demasiado incómodo para nosotros. Ni siquiera me atreví a llamarle ni a escribirle. Escuché a mis padres discutir acaloradamente sobre nosotros en su habitación aquella misma tarde: que si estábamos flirteando, que si habría ocurrido algo entre nosotros, si me habría tocado, si deberían preocuparse...

—Alan jamás me ha puesto una mano encima, ¿me oís? —Entré precipitadamente a defenderlo—. Ni me ha rozado siquiera. Ni le gusto. Para él soy como una hermana. Así que sacaos eso de vuestras sucias mentes. ¡Me hacéis daño con vuestras insinuaciones! —les grité llorando, para después cerrar de un portazo.

En realidad, no me dolían sus insinuaciones, sino el hecho de que fuera tan insólito que una chica de quince años pudiera enamorarse de un chico siete años mayor.

Después de ese enfrentamiento con mis padres, decidí alejarme de él para no perjudicarlo. Tenía miedo de que, con sus miedos, se cargaran lo poco que teníamos y que él también consiguiera verlo como una aberración monstruosa. Me centré en el curso que comenzaba de manera inminente y me prometí que no me quedaría ni una sola asignatura. Sería la primera de la clase en cada una de ellas. O la número diez, me daba igual. Lo que sí tenía claro era que Alan Lowe jamás volvería a ser mi profesor ni mi canguro. No quería que siguiera viéndome de ese modo. Necesitaba ser una chica cualquiera en la que poder fijarse, y que sintiera lo mismo que yo cada vez que me acercaba a él. Volver a notar esa descarga de adrenalina que recorrió mi cuerpo cuando le extendí el helado en la mejilla y parte de la boca, y se giró lamiendo lo que alcanzaba su lengua, mirándome con la misma intensidad que cuando se metió en la boca la cuchara que yo había dejado por error en su bol. Era así como quería que me mirara siempre. Cada día. Ahora.

8

No cantes victoria

El verano daba sus últimos coletazos y mi nueva yo se encontraba expectante por lo que nos depararía el nuevo curso. Sobre todo, por Ray Broad quien, tras aquella fiesta, mi bailecito de la piscina y las posteriores declaraciones a pocos centímetros de su cara, había dado un paso más allá y, en el momento que más lo necesitaba, me sorprendió con una llamada:

—Hola, Melissa. Te llamaba porque me gustaría que... vamos que si podemos vernos y... no sé, tomar algo.

—No puedo —respondí secamente. Me encontraba en la cocina, frente a un bol de leche fría con cereales. La sequedad en mi tono de voz no estaba originada por su llamada, sino por el fastidio de seguir enclaustrada.

—No hace falta que sea hoy, puede ser otro día.

—Estoy castigada.

—¿Por el vídeo?

—No. Esto viene de antes.

—¿Y hasta cuándo será?

—No lo sé. Tal vez por el resto de mis días —respondí, mirando fijamente a mi madre, que tomaba su té helado mientras consultaba una publicación sobre un artículo de psiquiatría. O eso decía ella. Antes de colocar su inseparable iPad verticalmente para ocultarlo de mi vista, juraría que andaba merodeando por Pinterest.

—Exagerada... —agregó enseguida. Parecía estar más interesada en mi conversación que en su entretenimiento.

—Si no quieres salir conmigo no hace falta que te inventes una excusa. Puedo encajar una negativa —respondió mi interlocutor.

—No es por ti, Ray. En serio. Si quieres te paso a mi madre, que la tengo aquí pendiente de nuestra conversación, y te lo explica ella misma.

Debía de ser el único del instituto que no estaba al tanto de mi encierro domiciliario.

—¡Sal con él! —soltó alegremente, como si tal cosa, sin levantar la cabeza de su pantalla.

—¿Lo dices en serio?

—¡Pues claro!

—Pero... ¿no estoy castigada?

—No. Ya no. El inicio del curso está a la vuelta de la esquina. Además, tienes quince años, no puedes pasarte todo el santo día haciéndote largos en la piscina, tomando el sol, viendo la televisión y relacionándote solo con nosotros. Necesitas estar con gente de tu edad.

«¿En serio, mamá? ¿Ahora te das cuenta de esta mierda? ¿A dos días de empezar las clases?». Me hubiera gustado decirselo a la cara, pero no estoy tan loca.

—¡Gracias, mamá! —me acerqué a darle un abrazo por la espalda—. ¡Eres la mejor!

En ese momento me di cuenta de que había dejado el teléfono sobre la encimera y a Ray colgado y fuera de nuestra conversación.

—¿Ray?

Vaya, había colgado.

Subí a mi habitación y lo primero que hice fue llamar a Amy. Volvía hoy de sus vacaciones familiares en Vancouver y tal vez ya habrían aterrizado.

La he echado mucho de menos en este último mes. Al menos, cuando estaba en la ciudad, venía a hacerme compañía para que mi encierro no fuera tan sofocante, y pasábamos la tarde en la piscina. Me ponía al día de todo lo que se cocía por nuestro círculo, aunque yo estuviera informada de sobra a través de los diferentes chats y de las redes sociales.

—¿Estás ya en casa?

—Casi. Vamos a pasar cerca de la tuya, ¿quieres que me dejen allí y pasamos la tarde juntas?

—No hace falta, ¡me dejan salir! Voy a arreglarme y cojo el bus. ¿Quedamos en el centro comercial?

—¡Qué alegría me das! Tengo un millón de cosas que contarte.

—¿Más de las que me has escrito esta mañana?

—Bueno, son las mismas, pero con más detalle. ¿Se lo decimos a James que vamos a vernos, por si se apunta?

—Si lo vas a hacer de todas formas, no sé para qué me preguntas.

Habría sido una tarde perfecta si no me hubiera cruzado con Ray Broad y su pandilla, incluidas Irwin y sus secuaces. Venían de comprar entradas para el cine y James nos convenció para unirnos al grupo. De hecho, había venido con ellos. No sabía que Luke hubiera aceptado al canijo de su hermano en su cuadrilla de cafres y divas. Cómo pueden cambiar las cosas en un solo verano.

—Yo paso.

—Venga, Mel, porfa, a mí me apetece un montón —insistió Amy.

Lo que le apetecía era besuquearse en la oscuridad con Chan, llevaba todas las vacaciones mareándome con él. ¿Cómo podía haberse pillado por nuestro mejor amigo? ¡Eso no se hace! Te puedes dar unos besos aleatorios, como hice yo en su día, sin importancia. Lo de pillarse ya es distinto, puede traer consecuencias. Pero como con su hermano no obtuvo resultados favorables, ahora insiste en que tienen cierto parecido (al blanco de sus dientes se referirá) y afirma que también le gusta. Así de volátil es la fijación por los chicos de mi amiga. Aunque, mejor no hablo mucho, porque la mía... no se queda atrás.

—Está bien, vamos a comprar las dichosas entradas —terminé aceptando.

—Ya voy yo —se ofreció ella, dando saltitos y besándome la cara—. ¿Me acompañas James?

—Sí, corre, o no las pillaremos en nuestra fila —respondió él, encantado.

Y aquí estamos, separadas por una fila de butacas. No las consiguieron consecutivas, sino detrás del grupo. Pero le cedí mi entrada a James para que se sentaran juntos los tortolitos. A mí me ha tocado al lado de Ray, a su derecha, para más odio de mi querida Irwin, que está sentada a la izquierda del que ahora es su obsesión. Suerte que él tiene buen gusto y no le hace ni puñetero caso. Si supiera que horas antes me ha llamado para salir a tomar algo... Pero no soy como ella. No voy a soltarlo por mi boca para darle envidia y que monte en cólera. Me considero con más clase.

Al fondo de la fila están sus dos inseparables, Mandy y Lana; y también Luke lanzando palomitas a los de delante y riéndose como un crío con Tomas Philips y Louis Carlson.

—¿No estabas castigada? —me suelta Ray al oído cuando se apagan las luces y comienza el primer anuncio publicitario. Su voz parece algo áspera. Le habrá sentado como un tiro mi rechazo involuntario a su proposición.

—Al final, y gracias a ti, mi madre me levantó el castigo.

—¿Gracias a mí? —se extraña enseguida.

—Sí. Se ha dado cuenta de que... Bueno, es una larga historia que no viene al caso. —No me apetece contarle mi vida ni mis miserias—. Lo importante es que al final me ha dejado. Pero cuando fui a decírtelo ya habías colgado.

—Y no volviste a llamarme porque...

—Vale, sí, ahí tienes razón. Podría haberte devuelto la llamada, pero... justo Amy se puso en contacto conmigo y estábamos tan entusiasmadas con la noticia que decidimos salir para celebrarlo y...

—¿Y?

—Y al final estoy aquí, ¿no? Es lo mismo.

—No es lo mismo. Estás aquí porque nos hemos cruzado fortuitamente.

—¿Y eso le resta importancia?

—Shsssss... ¿Os queréis callar? ¡Ha empezado la película!

(Os imagináis quién es, ¿verdad?)

—Me gustaría conocer tu historia —me dice en bajito y muy pegado a mi oído.

—¿Qué historia? —le pregunto, de la misma forma.

—Esa historia que dices que es muy larga para contarme.

—No tiene nada de interesante. Trata de un chico demasiado mayor para una joven enamorada, y una madre histérica que trata de guiarla por el lado correcto. Lo típico.

—¿Y la joven enamorada es rubia con unos ojos azules preciosos?

—Sí —respondo—. Y el chico es...

Me tapa la boca y se acerca de nuevo a mi oído.

—La parte del chico no me interesa.

—Pero sin esa parte no existe la historia.

—Las historias cambian. Tú dale tiempo.

—Sshhhhhh —volvemos a escuchar.

Ray mete la mano en mi cubo de palomitas, aunque él tiene el suyo propio. En ese momento, la siseadora le ofrece de las suyas. Pero él le hace un gesto negativo con la mano.

—¿Ya te las has terminado? —insiste ella, medio enfadada por su desaire y porque ha visto que ha vuelto a meter la zarpa en mi envase.

—No, pero me gusta mezclar sabores, y las de ella son dulces.

Tuerce el gesto y enfoca su mirada hacia la pantalla.

—¿Te queda Pepsi? —le pregunto. Me he ventilado mi botella de agua antes de empezar con las palomitas.

Me pasa su vaso y le doy un trago largo con su pajita, bajo la atenta mirada de Irwin que, para interesarle tanto la película, parece estar más atenta a nosotros. Me está encantando el pique que se trae por Broad.

—¿Qué planes tienes luego? —me pregunta él.

—Ni idea. —Miro hacia atrás a ver qué se cuece en el sector de Amy, que, como imaginaba, ya está enroscada con dos vueltas a la lengua de James.

—Tal vez no deberías contar mucho con ella hoy.

—Eso me temo —respondo, lanzándoles una palomita y ocultándome enseguida tras mi

asiento. Ray también lo hace tras el suyo.

Nos reímos bajito, asomándonos por el hueco que separa nuestras butacas y, en ese instante, no sé por qué motivo, rozo mis labios con su boca. Me mira sorprendido, tras separar nuestros labios, pero enseguida me devuelve el beso, cerrando esta vez los ojos. Enreda su lengua con la mía de una forma muy dulce y delicada. Nada que ver con otros besos que me han dado. Me estremezco y me acerco más él, al notar sus manos sujetándome por la nuca. Las palomitas y el brazo de la butaca se interponen en nuestro beso, y la caja termina volcándose al suelo. Después siento unas manos que nos separan.

—Pero ¿qué haces Grimm? ¡Es mi novio!

Me abofetea la cara e intento defenderme por encima de Ray, que a duras penas consigue separarnos. Ella se ha abalanzado sobre los dos, que aún permanecemos sentados. Siento cierta palpitación y ardor en el labio inferior, y un ligero sabor a sangre. Una de sus manos sigue enganchada al cuello de mi camiseta, que se estira emitiendo un crujido seco cuando consigo zafarme de ella, empujándola con el pie para sacármela de encima. La sujeta alguien de la fila delantera, para que no caiga de culo por encima de su asiento, o quizás lo hace Ray que ya está de pie.

Nos echan del cine a los tres.

Aunque nuestros amigos deciden salir también por voluntad propia para apoyarnos, o para no perderse la que se avecina fuera. En sus miradas solo falta una proyección luminosa con la palabra: ¡Pelea! ¡Pelea! ¡Pelea!

Audrey ha corrido al baño, hecha una furia, con sus dos secuaces detrás lamiéndole el culo. Los chicos y Amy están fuera conmigo. Noto la cara ardiendo y creo que tengo una herida en el labio, provocada por la bofetada o tal vez me lo he mordido. Lo noto hinchado y palpitante.

—¡Tienes sangre! —Amy me pasa un pañuelo de papel, y me lo pongo.

—¿Estás bien? —me pregunta Ray. Se sienta a mi lado en la escalinata trasera de la salida de emergencia de los cines, por donde nos han obligado a salir—. Los chicos han ido a buscar hielo.

—Sí, no te preocupes. No es nada.

Pero sigo notando el sabor de la sangre en mi boca.

—No es verdad que estemos saliendo —agrega, sin mirarme. Está concentrado en despegar los restos de una antigua pegatina en su casco de moto—. Hemos roto hace unos días, pero ella se empeña en arreglar las cosas.

—¿Roto? ¡No me jodas! ¡Lo que me faltaba! —protesto.

¿Salía con Irwin? De haberlo sabido, ni me habría sentado a su lado.

—Siento haberte metido en esto, pero me gustas desde el primer día que te vi.

—Mira, Ray, yo no quiero añadir más problemas a la lista Irwin. Lo del beso ha sido una tontería por mi parte. ¡Olvidalo!

Antes de que responda, aparece James con un par de hielos envueltos en una servilleta de papel. Me lo pongo sobre el labio y él se levanta del escalón, por lo visto el resto del grupo nos espera en la entrada del centro comercial. Ray se pone en marcha, encabezando la fila, y le siguen Chan y Amy que van de la mano. Yo me debato entre seguirles o darme la vuelta y desaparecer. No me apetece enfrentarme de nuevo a Irwin, y está claro que esto no ha hecho más que empezar. No es que me planteé que vayamos a darnos de hostias de nuevo (o sí, no sé, ya es la segunda vez que llegamos a las manos). Aunque no es culpa mía tampoco que sea una camorrista, en ambas ocasiones ha sido ella la que se ha lanzado a la yugular.

Cuando llegamos a la entrada, están todos reunidos en la puerta. Excepto ella y una de sus

secuaces. Tal vez se haya dado a la fuga, como yo pensaba hacer minutos antes. Me alegra que sea ella quien haya tomado la decisión. De haber sido yo, tendría que aguantar sus burlas en lo que queda de curso. Me acusaría de cobarde. Es justamente lo que me ha impedido darme la vuelta minutos antes.

—¿Qué le has hecho a mi hermana?

Aparece Rebecca de la nada, hecha una energúmena, y se encara conmigo.

—No ha sido culpa suya —la frena Ray, y pone la mano que no sujeta el casco delante, impidiendo que se acerque más a mí.

—Tranquila, Becky.

¡Mira quién aparece en escena! ¿Quién me lo iba a decir?

—¿Estás bien, Mel? —pregunta mi vecino, visiblemente preocupado al ver que sujeto la servilleta con los cubitos de hielo sobre mi labio. No sé por qué razón, pero me entran unas ganas espantosas de llorar y de abrazarme a él, y mi cuerpo lo hace sin pedir permiso.

—¿Y mi hermana? Es a ella a quien venimos a proteger, Alan. ¡No lo olvides! ¿Dónde está Audrey?

—Aquí estoy.

Hace acto de presencia, acompañada de la otra inseparable que faltaba. Tiene un ojo hinchado. Juraría que yo no le he propinado ningún puñetazo. Aunque al parecer... sí.

—¡Serás bestia! —me acusa con furia Irwin Uno, para luego girarse hacia Alan—. ¿Has visto cómo le ha dejado el ojo esta niñata?

—Bueno, ella también le ha dado lo suyo a Mel —me defiende Amy—. Además, ha empezado la pelea Audrey.

—¡Se estaba besando con mi novio! —salta la acusica, al borde del llanto.

—No lo somos —la corrige él, y se coloca entre Alan y yo. No sé si para posicionarse de mi lado, o para separarnos un poco—. Asúmelo de una vez, Audrey.

Rebecca lo mira con odio también a él, cuando ve a su hermana salir despavorida de allí y tratando de ocultar sus lágrimas. Decide ir tras ella, no sin antes advertirme de algo:

—Si vuelves a tocar a mi hermana, te las verás conmigo.

—¿No crees que exageras un poco? —la reprende Alan.

—Ya vale de defender a tu protegida. —Lo mira con furia—. ¡Es una salvaje! —Después repara en Broad, pero cambia de opinión y no le dice lo que pasa por su cabeza, que, a juzgar por la cara que está poniendo, no será un halago.

Finalmente se aleja para alcanzar a su insoportable hermana.

—¿Quieres que te acerque a casa? —me pregunta Alan. Y a mí me gustaría decirle que sí, que es lo que más me apetece en el mundo. Pero también soy consciente de que, si lo hace, y mis padres me ven aparecer con él, estaré sentenciada a un castigo perpetuo. Así que me trago mi deseo y niego con la cabeza.

—No, tranquilo. Me quedo con mis amigos.

Lo miro mientras se aleja, con su espalda de chico de anuncios de perfume y esa manera tan suya de caminar. Aprieto los puños porque va tras ella, y en el fondo desearía que viniera hacia mí y nunca se marchara.

Le odio por verme como a una niña, por no haber sentido lo mismo que yo al abrazarme a él. Su cuerpo parecía tan rígido, y el mío tenía tantas ganas de fundirse con él.

—Es él, ¿verdad? —me lo dice bajito y pegado a mi oído, como si aún estuviésemos dentro de la sala del cine.

—Era.

—Pues yo no lo veo tan claro —agrega, y enseguida retrocede para disolverse con el resto del grupo.

Y de repente Ray

Si doy marcha atrás y rebobino en la cinta mental de lo que acaba de ocurrir esta tarde, el resultado habría sido favorable de haber actuado de otro modo. Podría no haberme besado con Ray, y habríamos salido todos ilesos de allí, como el extraño grupo de amigos que formamos. Ella y yo, claro, como las enemigas íntimas que somos. También podría haber ocurrido que sí nos besáramos, pero que ella no hubiera llamado a su hermana: sin la entrada en escena de Alan, Ray no habría descubierto que mi corazón aún está ocupado.

Lo cierto es que me fastidia que se haya roto ese posible acercamiento entre nosotros; a pesar de haberle dicho que olvidara lo del beso, fruto de la rabia al enterarme de que salía con Audrey. ¿Se fijó en mí la primera vez que me vio, pero se lo pidió a ella? ¿O reparó en mí porque yo se lo puse en bandeja tras la escenita de la piscina? Nunca lo sabremos.

Aunque, para ser del todo sincera, he sentido algo intenso en mi estómago cuando nos hemos besado. Incluso he llegado a olvidarme por un momento de dónde estábamos y quiénes éramos, como si alguien nos hubiera lanzado un hechizo fugaz para que nuestros labios se unieran sin nuestro permiso.

—¿Estás enfadado conmigo? —le pregunto, cuando el grupo ha decidido tomar una hamburguesa en Madys y yo elijo su moto como medio de transporte. Las Irwin ya se han largado con Lowe. Amy se va con los Chanson en el coche de Luke, y las amigas de Audrey en el coche de Carlson, en el que también se ha apuntado Tomas.

—No lo estoy —me responde, bastante esquivo.

—Pero me rehúyes un poco.

—¿No me has dicho que lo olvidara? ¿A qué juegas ahora?

—¿Es que no puedo cambiar de opinión?

—Lo que ha cambiado es mi punto de vista.

—¿Por qué?

—No quiero ser tu parche provisional.

—Y no lo eres.

—Me temo que sí. Solo una vez te he visto mirarme como lo miras a él, y fue para decirme que era el segundo, cuando te saqué de la piscina. Acabo de descubrir quién es el primero.

—¿Por qué estás tan seguro de que es él?

—Por la historia del cine. No trates de tomarme el pelo, Melissa: Chico demasiado mayor para una joven enamorada... Blanco y en botella.

—Vale, sí, me has pillado. Pero nadie lo sabe, ¿me guardarás el secreto?

Abre un compartimento y me pasa un casco azul turquesa con las iniciales de ella marcadas en purpurina como en todos sus cuadernos. «¡No me jodas que voy a ponerme el casco de Irwin!». Decido no compartir mis pensamientos para no echar más leña al fuego. Aunque creo que mi cara lo ha confesado.

—Lo siento, es lo que hay. Hasta hace dos días salíamos juntos.

—¿Por qué cortasteis?

—Estábamos hablando de lo tuyo, no trates de distraerme.

—A ver, no hay nada entre él y yo. De hecho, ha habido más entre tú y yo, créeme. Me gustas, Ray. Lo digo de verdad.

—No te creo.

—¿Por qué?

—Porque cuando alguien te gusta de verdad intentas ocultarlo por todos los medios y no lo dices. Aunque lo lleves escrito en la frente con unas enormes letras de neón para un cartel publicitario, como es tu caso que pone... ¿Alan, se llama?

—Entonces yo tampoco debo gustarte de verdad cuando me lo has soltado antes en el cine.

—¡Después de un año, Melissa! No ha sido de buenas a primeras, como tú.

—Y si te gustaba yo, ¿por qué salías con Irwin?

—Para que te fijaras en mí.

—Pues tu estrategia no funcionaba mucho, que digamos.

—Bueno, hoy me has besado.

—Pero no sabía que salías con ella. Y de haberlo sabido, ni me habría sentado a tu lado.

—¿Por qué le tienes tanto miedo a Audrey?

—No hay miedo. Es pereza. ¿No has visto cómo se pone? Es superior a ella. El día de la fiesta de Chan me cogió por los pelos.

—¡Y a mí por los huevos! —Se ríe al decirlo, y le sale un hoyuelo muy gracioso en la mejilla izquierda.

—¿Por los huevos?

—¡Joder, claro! —dice de pronto, como para sí mismo, pero en voz alta, como si acabara de recordar algo—. Te marchaste de la fiesta de la mano de ese tal Alan, ¿por qué no me di cuenta esa noche?

—¿De qué?

—De la forma en que te sacó de allí. Parecía... no sé, tu guardaespaldas. Os habéis acostado, ¿verdad?

—Noooo. ¡Qué dices! Solo estaba a su cargo. Somos vecinos. Mi madre me dejó salir ese día porque pensaba que iba al cine con él y su novia. Eran mi coartada perfecta. Pero bebí más de la cuenta y... la lié.

—¿Por qué bebiste tanto? Nunca te había visto así. —Me mira fijamente, esperando una excusa por mi comportamiento, que no le doy—. Aunque estabas muy sexy bailando.

—¡Calla! ¡No sigas! —Me tapo los ojos de la vergüenza que me da recordarlo.

—Te habría besado en el agua si hubiéramos estado solos.

—Tal vez yo también, si no hubiera estado tan borracha.

—En ese caso no me habrías dado la opción de lanzarme a buscarte.

—Nunca te di las gracias.

—Sí lo hiciste, solo que no te acuerdas.

—Miedo me da recordarlo. —Me tapo los ojos con ambas manos de nuevo y me asomo por una rendija entre los dedos—. Hice mucho el ridículo, ¿verdad?

—Solo cuando se te atascó el último botón del vestido —dice, arrugando la frente—. No. Para nada —rectifica enseguida, y le vuelve a salir el hoyuelo en la mejilla—. Cuando estoy aburrido suelo poner el vídeo en bucle. ¿Has visto la versión bumerán de tu caída al agua?

—No, por favor, vamos a cambiar de tema. —Me pongo el casco delante para tratar de ocultar mi cara, que ya me arde.

—Vale. Pero como no nos demos prisa, cuando llegemos a Madys ya habrán pedido —se

queja.

—Es que allí no vas a poder contarme lo de Irwin, y quiero saber qué es eso de que te cogió por los huevos en la fiesta de Chan.

Toma asiento sobre la moto y coloca su casco en las piernas, apoyando los codos. Yo estoy de pie frente a él, mirándole con verdadero interés. Es más guapo aún desde esta nueva perspectiva, yo desde arriba y él levantando la barbilla para observarme. Sus ojos tienen un punto verdoso que parece moverse al gris en cada parpadeo, y su forma de mirar, proyectándolos hacia el infinito como si estuviera tratando de recordar algo, los hace más rasgados e intensos.

—Fue después de tu fuga con el caballero del rescate. Salía del baño, tan tranquilo, y se abalanzó sobre mí, sin mediar palabra. Cerró el pestillo y... te puedes imaginar.

—¿Y a partir de ahí os hicisteis novios?

—Ella lo asumió así. Yo solo me dejé llevar.

—Qué conformista eres, ¿no?

—Eso mismo haces tú ahora.

—No es cierto, yo te he besado a ti —me defendiendo—. No me he dejado hacer, como fue tu caso con ella.

—¿Y qué diferencia hay?

—Que yo deseaba besarte. ¿Te parece poco? Tú, en cambio, te dejaste llevar por ella, en vez de atreverte a hacerlo con quien deseabas realmente en el agua.

Me acerco descaradamente a su boca y me quedo a un centímetro escaso de ella. No se mueve. Yo tampoco, aunque me apetece hacerlo.

—Y si hoy hubiéramos estado ese Alan y yo en el cine, ¿a quién habrías deseado besar?

Me alejo enseguida, dando un paso hacia atrás.

—No voy a responder a esa pregunta.

—Ya lo has hecho.

—¿Y tú? —le reto a la defensiva—. ¿Seguirás con Irwin por despecho?

—Al menos sé que es conmigo con quien ella desea estar realmente.

—¿Y sabe ella a quién deseas tú?

—Mejor que no lo sepa, ¿no? —agrega sonriendo y con un brillo descarado en los ojos.

En el fondo, me gusta gustarle y quiero desearle del mismo modo. Ojalá no se hubiera interpuesto Alan hoy entre nosotros.

—¿Acaso crees que no lo sospecha? —agrego—. Observa atentamente mi labio si te queda alguna duda.

Aprovecho el espejo de la moto para mirarme la herida, bajando el labio inferior con los dedos y mucho cuidado porque aún me duele y se nota un poco la inflamación. El corte no se ve a simple vista, al encontrarse dentro de la boca. Creo que me lo hice con mis propios dientes al golpearme ella.

—Si me pides que me fije en tus labios, voy a comerte la boca y vas a ver las estrellas, Melissa Grimm.

—¡Deja de llamarme como lo hacen mis padres! —le pido riendo.

—¿Acaso no es tu nombre?

—Sí, pero todo el mundo me llama Mel.

—Yo no soy todo el mundo. —Se ajusta el casco y sube decidido a la moto—. ¿Nos vamos o qué? Ya irán por el postre.

Cuando llegamos, nos encontramos con que no hay nadie de los nuestros. Por lo visto habían

cambiado de opinión, al verlo hasta arriba y sin una mesa libre; pero no hemos leído los mensajes que han escrito avisando. Decidimos quedarnos, ya que estamos allí. Nos morimos de hambre y hay una mesa disponible junto a la barra.

—Al final te has salido con la tuya y me has robado una cita —afirmo coqueta.

—¿Tan desesperado crees que estoy?

—No, bueno, es una forma de hablar. ¿Por qué te pones ahora a la defensiva?

—Es que no entiendo mucho este juegucito que te traes, Melissa Grimm.

—En realidad necesito quitarme a ese tío de la cabeza.

Lo suelto con tal naturalidad, que me sorprende a mí misma.

—Para esa misión búscate a otro.

—¿Y si consigo olvidarle y me enamoro de ti hasta las trancas? A veces ocurre. Estás perdiendo la oportunidad. —Levanto las cejas arriba y abajo mientras se lo digo.

—No. Yo soy de todo o nada.

—Dijo el que le cogieron por los huevos en el baño...

—Con ella no pierdo, contigo sí.

—¿Y qué perderías conmigo?

Me cruzo de brazos y los apoyo sobre la mesa. Me tiene completamente intrigada este chico.

—Mucho. Por ejemplo... que no te olvides del otro y me uses a tu antojo. Prefiero ser yo quien decida.

—Te gusta tener la sartén por el mango, ¿es eso?

—Y tampoco me hace mucha gracia eso de ser el segundo.

—¡Pero es que no hay primero! —trato de convencerle—. Entre Alan y yo no hay, ni habrá, ni ha habido nunca nada.

—Pero está en tu cabeza.

—Y tú podrías sacármelo.

—¡No soy tu jodido sacacorchos! —Al menos se ríe, y eso le ofrece a la conversación un tono agradable. No se aprecia ningún rastro de resentimiento ni aspereza.

—¿Qué os pongo por aquí, chicos? —pregunta la camarera.

—Yo una doble con queso, patatas con salsa barbacoa y una Pepsi, por favor.

—Lo mismo para mí —añado. Ni siquiera he abierto la carta para consultarla.

—Eres extraña, Melissa Grimm.

—Solo te falta el Melissa Rachel Grimm para ser mi padre en plena ebullición de cabreo.

—Gracias por el apunte.

Pongo los ojos en blanco, consciente de que he metido la pata y lo va a utilizar en mi contra.

—¿Por qué Alan? ¿No es muy mayor para ti?

—Tú también lo eres.

—¡Sí, vamos! Yo qué te saco... ¿un año?

—Siempre me han gustado mayores.

—A todas las tías os van más mayores. Aunque tú pareces más de mi curso que del tuyo.

—Pues tardé tela en ser lo que soy. Creo que fui la última de la clase en... —lo digo apuntándome a los pechos directamente, y acto seguido me arrepiento un poco por mi comentario —. ¿Y yo para qué te cuento esto? ¡Qué vergüenza! No sé qué coño me pasa contigo, que mi boca se suelta sin pensar.

—A mí me encanta. Pero ¿ves? Eso sí es un punto a favor de que no estés pillada por mí. Hablas a tu rollo y sin contemplaciones. No tratas de impresionarme. Simplemente, eres tú.

A lo mejor ese es mi problema con Alan —pienso—, que me intimida y me muestro como una

auténtica niñata. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

10

El enemigo llama a mi puerta

Una hamburguesa y dos vasos de Pepsi más tarde, Ray me acompaña a casa en su moto. Y justo cuando me estoy quitando el casco y me dispongo a devolvérselo, veo movimiento en la puerta de la acera de enfrente. Es Alan, que sale de su casa acompañado de Rebecca. Creo que no han reparado en nosotros.

Ray devuelve mi casco a su compartimento y se gira hacia mí. No sabe que detrás de él se encuentra la parejita y no quiero que se percate. Lo que pretendo hacer, tiene que salirme bien. Acaban de subirse al coche y está dando marcha atrás, va a tomar la calle en la dirección que deja el lado del conductor a nuestra vista. Calculo al milímetro mi estrategia y le desabrocho a Ray la tira de su casco, necesito que se lo quite enseguida. Lo hace. Antes de que le dé tiempo a pensárselo y rechazarme, le sujeto por ambos lados de la cabeza y le aprisiono con un beso efusivo. Cuando noto que su lengua se rinde a la mía, suavizo la presión y me entrego a su boca con más delicadeza, disfrutándolo al máximo y ya sin pensar en si nos están mirando o no, o si se habrán ido o nos estarán grabando en vídeo. He conseguido perderme en su beso, como en el cine. La mano que no sujeta el manillar de la moto está colocada tras mi espalda y me oprime con el casco que lleva colgado en ella. ¡Joder, cómo besa este niño!

Nos separamos cuando la luz de mi porche se enciende. Miro hacia el interior y veo la cortina moverse. ¡Mierda! Mi madre nos está vigilando.

—Bueno, tengo que entrar ya —le digo, algo azorada y dividiendo mi coleta en dos partes para tirar de ellas y ajustar la goma en su sitio. Un gesto que suelo repetir sin necesidad cuando estoy nerviosa y no sé qué hacer ni decir.

—La señal, ¿no? —sonríe, apuntando hacia la luz.

—Exacto.

—¿Nos vemos mañana, Melissa Rachel Grimm? —El hoyuelo otra vez. Creo que acabo de hacerme fan de ese pequeño agujerito.

—Nos vemos mañana, Ray Jeremy Broad.

—No me inventes nombres —responde riendo, a la vez que se ajusta el casco.

Cuando entro en la cocina, encuentro a los tres muy silenciosos. La típica escena en la que se nota, descaradamente, que el protagonista de la conversación previa es el que acaba de aparecer en el escenario.

—Te va a caer una buena —suelta Jake, y se dirige a la escalera que conduce a los dormitorios, subiendo los escalones de dos en dos y ocultando bajo el brazo algo que ha cogido de la despensa, posiblemente un paquete de *Chips Ahoy* que me pertenece. Las suyas le duran un asalto.

—¿Te has pegado con la hermana de Rebecca Irwin? —me pregunta mi madre cruzándose de brazos, tras retirar del fuego algo que aún burbujea en la cazuela.

—Ha empezado ella.

Me dirijo hacia la escalera por la que ha desaparecido mi hermano unos segundos antes.

—Pero tú... ¿en qué mundo vives, hija? No se te puede soltar en la calle sola. Te levanto el castigo y al minuto ¡toma! ¡La lías! Dile tú algo, Richard. ¡No te quedes ahí como un pasmarote, por Dios!

Mi padre se quita las gafas y se presiona el puente de la nariz entre el dedo índice y el pulgar. Sobre la encimera están esparcidos unos cuantos documentos que debía de estar revisando antes de mi llegada.

—Os repito —digo lentamente y con voz agradable, no quiero jugármela—, que no he sido yo quien ha empezado esa pelea.

—Da igual quien haya empezado, Melissa —responde él—. No te hemos educado para que te líes a puñetazos como una vulgar pandillera a la primera de cambio. ¡Le has dejado un ojo morado a esa chica!

—Y ella me ha partido el labio, mira. —Les muestro la herida pellizcándome la punta del labio y bajándolo para dejarla a la vista.

—No te dolerá tanto cuando estabas ahí fuera besuqueándote con ese motero —agrega ahora ella—. ¿Cómo se te ocurre subirte a la moto de un macarra que ni conocemos?

—¿Macarra, por qué? ¿Porque tiene una moto?

—Tiene pinta de macarra con ese pelo tan rapado y esos vaqueros rotos. Además, es mucho mayor que tú, se le ve a distancia.

—Vamos juntos a un par de clases mamá, no es tan mayor, solo es muy alto —lo defiendo indignada—. ¿Y quién os ha ido con el cuento de lo de Irwin? ¿Ha sido Alan?

—¿Alan? ¿Qué hacía Alan allí? —insiste mi madre. Parece más cabreada aún por eso que por la pelea en sí.

—Rebecca ha venido esta tarde con su hermana y hemos visto lo que le has hecho —aclara mi padre.

Claro, como piensa que le he quitado el novio, quiere que me castiguen de nuevo para tener vía libre con Ray. Lo lleva claro. ¿Quiere guerra? Pues lo ha conseguido. Yo también sé jugar mis cartas y puedo ser tan retorcida y llorona como se me antoje.

Me traslado mentalmente al momento más triste de mi vida, cuando enterramos a Mini, mi perrita. La atropelló un coche mientras cruzábamos un paso de peatones. Era tan pequeña que el conductor aseguró no haberla visto. Las lágrimas apenas tardan unos segundos en responder a mi llamada.

—Yo salía con un chico del instituto a principios del curso pasado —comienzo a explicarles—. Ella se interpuso entre nosotros con mentiras sobre mí, y me acosaba. Por su culpa perdí algunos amigos y a mi chico, y es por eso también que mis notas se torcieron y acabé tan mal. No faltaba a clase porque quisiera. A veces no podía soportar verla y, simplemente, me escondía en la biblioteca o en los servicios. Hoy estaba en el cine con mis amigos y ha querido hacerme lo mismo. Ray me ha enseñado a defenderme. Me ha dado confianza y me ha dicho que los abusones se crecen si no somos capaces de plantarles cara. Y eso es lo que he hecho hoy, plantarle cara a la abusona de Audrey Irwin. ¿Y sabéis lo que os digo? Que no me arrepiento. Y me alegra que hayan venido a acusarme, porque son unas quejicas y unas arpías. Porque yo he tenido que aguantar mucho más que un puñetazo en el ojo: insultos, grabaciones de vídeos, chantajes y desprecios. Y si lo tuviera que volver a hacer, aunque me castigaseis de por vida, lo repetiría. Porque me siento fuerte y nadie va a volver a pisotearme. ¿Y sabéis qué también? Que este año voy a aprobar todas las asignaturas, porque se acabó lo de faltar a clase. Y si preferís a la Melissa cobarde que no se pelea y se esconde en el baño, pues... lo siento, esa ya no existe.

Lo he soltado de carrerilla y casi sin respirar, con los ojos fijos en un punto indeterminado del suelo. No podía mirarlos a la cara soltando semejantes mentiras. Pero cuando finalizo mi discurso y levanto la cabeza para recibir su reprimenda, mi madre está secándose las lágrimas y mi padre está furioso. No sé si quiere pegarme un guantazo o mandarme a mi cuarto sin cenar. Veo que da un paso hacia mí. Encojo los hombros y cierro los ojos por inercia. Falsa alarma. Lo que hace es abrazarme.

—Perdónanos, cielo. No teníamos ni idea de lo que estabas pasando en el colegio. Vamos a ir a hablar con la directora. Esto no puede quedar así. Esa mocosa no va a salirse con la suya.

Las alarmas comienzan a activarse de nuevo y casi preferiría una hostia con la mano abierta.

—No, papá —me separo de golpe—. Mejor... vamos a dejarlo estar. No quiero ser la comidilla del colegio justo ahora que lo he superado. Además, tengo a Ray a mi lado. Sé que os parece un macarra y no os gusta porque conduce una moto, pero os garantizo que es un buen chico y que me protege. A su lado estoy segura. Y he cambiado. No voy a dejarme intimidar. Os lo prometo.

Mi madre se acerca y me besa en la mejilla. Antes lo hacía en la cabeza, pero ya no llega si estoy de pie.

—Pero prométenos también que, si se repite, si te sientes acosada, nos lo dirás para que actuemos —insiste mi padre.

—Prometido.

Lo sé, no he debido exagerarlo tanto. Pero no se me ocurrió otra cosa mejor y veía el castigo sobrevolando mi cabeza como el helicóptero de la policía cuando aparece en el último momento para atrapar a los malos. Además, es injusto que vinieran a mi casa a acusarme de algo que había empezado ella. Sí, yo besé a Ray; pero eso no le da ningún derecho a pegarme. Yo solo me defendí. No tengo la culpa de tener un buen rechazazo. Aunque ni siquiera recuerdo habérselo dado, todo ocurrió muy rápido.

Una alerta de mensaje me saca de mis pensamientos. Me termino de cepillar los dientes y corro a mi cuarto a leerlo:

Alan: Entonces, al final es verdad que le has robado el ligue a mi cuñada, por lo que he visto.

Yo: Eso dirá ella. La otra versión es que él la había dejado hace un par de días y no se ha dado por aludida.

Alan: Y tú te crees la versión del chico, claro, que es la que más te interesa.

Yo: ¿Por qué iba a creerme la de mi odiosa enemiga?

Alan: Porque parece más lógica.

Yo: ¿Me lo explicas?

Alan: Habían quedado para ir al cine. La recogió en su casa y llevaba puesto ese mismo casco azul que tú traías a la vuelta. He sido testigo de los dos trayectos, y te garantizo que ambos incluían el mismo beso también.

Yo: Pues habrán cortado por el camino. ¡Yo qué sé! No soy su detective, a diferencia de ti.

Alan: Solo digo que tengas cuidado. Tal vez los malos no sean tan malos, ni los buenos tan buenos.

Yo: ¿Sabes que se ha presentado en mi casa por lo del ojo? ¡Casi me castigan de por vida!

Alan: Eso no ha sido culpa de Audrey, la ha obligado Becky. No he podido convencerla de lo contrario, lo siento.

Yo: Pues tu novia es gilipollas.

Alan: Si vas a comportarte como una niña malcriada, corto la conversación.

Yo: Haz lo que te venga en gana, no nos debemos nada.

Alan: Pensaba que éramos amigos.

Yo: Solo soy la cría de quince años a la que dabas clase y hacías de canguro. Solo eso.

Alan: Te creía más madura, pero al final es verdad que solo eres una cría de quince años.

«¡Y tú un gilipollas metomentodo!», le digo mentalmente. Cierro la aplicación y me pongo el pijama.

Las mentiras siempre traen consecuencias

El comienzo del curso lo recibo con algo de pereza y quizás un poco de frustración. Al final me dejé influenciar por Alan y puse a Ray en cuarentena. Su versión de «corté hace unos días con ella y no se da por aludida» en realidad no casa con la información proporcionada por Alan: que le hubiera visto recogerla, besarse apasionadamente e ir juntos al cine. Tal vez sí merecía que me partiera los morros. Pero decidí no explicárselo a Ray. No quería que supiera que Alan y yo nos escribimos. Trataría de ponerle por los suelos o enfrentarse a él y que se nos fuera de madre. Tan solo le dije que me sentía confusa y que dejáramos pasar el tiempo a ver cómo se proyectaba todo a lo largo del curso.

—Es por Audrey, ¿verdad?

—Por todo en realidad. Quiero estar segura de lo que siento y que tú también lo estés.

—Esto es innecesario, Melissa, tampoco estamos planificando nuestro matrimonio.

—Para ti será una bobada, para mí es importante. Un beso me lo puedo dar con cualquiera, y salir ilesa. Pero cuando siento algo más, me preocupa.

—¿Me estás diciendo que sientes algo por mí? No te creo.

—Cuando me besas sí.

—Joder, ahora me estás poniendo cardíaco.

Se acerca para besarme y lo intercepto poniéndole mi mano sobre la boca.

—Nada de besos hasta que decidamos adonde conduce esto.

—¿Hasta que te pida matrimonio?

—No, bobo. Hasta que... ¡Yo qué sé! Ya te avisaré cuando lo decida.

—¿Por qué siempre lo decides tú todo?

—Porque es tu modus operandi, siempre te cogen por los huevos, ¿no?

—¡Qué cabrona!

—¿Qué clase tienes ahora?

—Con la profesora White.

—Yo también.

El timbre del inicio de las clases nos avisa y caminamos hacia el aula. Veo a Audrey sentada en primera fila. ¡Mierda! Pensaba que odiaba esta asignatura. Si al menos hubiera elegido otra hora para no coincidir. Me enseña su dedo corazón cargado de anillos cuando paso por su lado. Veo un hueco junto a la ventana y me apropio de él. Ray ha cogido la mesa que tengo justo detrás. Al minuto noto que se está entreteniendo en mover mi coleta de un lado a otro con su lápiz. Como no me doy la vuelta, ha cambiado su estrategia haciendo círculos en mi cuello con el mismo objeto. Termino girándome y me encuentro con unos ojos atravesados por el sol que entra por la ventana, entrecerrados y gamberros. Me desarman y no consigo ponerme seria, así que su hoyuelo consigue rematar me.

La profesora White nos está explicando el temario que vamos a dar durante este trimestre y el listado de libros que vamos a leer a lo largo de todo el curso académico.

Saco de mi mochila la agenda para anotar la lista y veo que en mi mesa ha caído de la nada un

papel doblado. Decido leerlo mientras la profe se dispone a cambiar la página de su proyector donde aparecerán los títulos. Cuando tengo abierto el mensaje, oigo una voz que pronuncia mi nombre. Arrugo el papel en la palma de mi mano por inercia.

—Creo que Grimm tiene algo más interesante que contarnos, ¿verdad?

—Lo siento, profesora White, no la he escuchado. ¿Puede repetírmelo?

—Digo que leas en voz alta eso que te traes entre manos y que es tan importante para no prestar atención a la asignatura.

—No es nada. Es un papel que... se le habrá caído a alguien. Estaba en el suelo. Voy a tirarlo a la papelera.

Me levanto con intención de hacerlo.

—He dicho que lo leas en voz alta.

—Creo... que no debo...

—¡Que lo leas! —exige, con una voz bastante más elevada e impaciente.

—Lo vas a pagar caro, zorra.

La clase se queda en absoluto silencio.

—Es lo que dice en el papel —aclaro, al ver su cara descompuesta. Algunos compañeros han arrancado en carcajadas.

—¡Fuera de la clase!

—Pero yo no lo he escrito.

—¿Quién lo ha hecho?

—No lo sé, estaba en... mi mesa.

—Repito para todos: ¿Quién lo ha escrito?

Nadie dice nada. Yo estoy de pie, junto a su mesa, sin saber si debo regresar o no a mi sitio. Los ojos de Ray están ocupados en mirar tras la ventana. Se ve que no quiere mojarse, a pesar de que su ex ha sido la que me ha metido en esto, de eso estoy convencida.

—Si no sale el culpable, os voy a castigar a todos. ¿Es eso lo que queréis? —Gira a su alrededor inspeccionando las caras de mis compañeros. Casi todos están observándose entre ellos, preguntándose quién habrá sido. Excepto algunos que, al igual que yo, saben perfectamente la identidad de la protagonista del hecho, por eso están tan tranquilos y no examinan inquisitivos a diestro y siniestro. Tampoco Irwin, que mira al frente impassible, como si no fuera con ella la cosa.

—¿Tan atrevidos sois para escribir algo así y luego no dais la cara?

En ese momento, la autora de la nota me está observando fijamente, y yo a ella. Tiene una sonrisa maliciosa pintada en la cara. No sé si me está retando para que cante.

—Muy bien —anuncia la profesora White—. Vuelve a tu sitio, Melissa. Estáis todos castigados en esta aula tras finalizar las clases.

Brota una queja colectiva y bulliciosa: unos quieren alegar que tienen entrenamiento, otros que van a perder el bus escolar y algunos pidiendo que salga el cobarde. Pero ni ella se da por aludida, ni la delata nadie. Yo, desde luego, no voy a picar el anzuelo y que me venda luego por los pasillos de chivata y lameculos. Me importa un carajo perder una hora de entrenamiento. Encima este me servirá para no tener que informar a mis padres del incidente. Ni se darán cuenta.

—Por cierto, el colegio va a enviar una nota informativa por correo electrónico a vuestros padres explicándoos lo sucedido.

¡Mierda! Bien empezamos el curso.

Cuando termina la primera jornada de clases, antes del almuerzo, me dirijo a la taquilla a dejar mis libros. Aprovecho la ocasión también para revisar mis mensajes. Veo unos cuantos, de mi madre, que me provocan una alarma inminente de peligro. ¡Lo que me faltaba! Que por qué me han castigado el primer día de clase. Le digo que no es culpa mía, que ha sido de alguien que ha escrito algo feo en un papel y que, como no daba la cara, nos han castigado a todos.

Aunque va contra las normas del colegio hablar por teléfono dentro de las instalaciones, decido llamarla para que se tranquilice. Salgo a la escalera de incendios, que es el lugar más seguro para incumplir las normas. Piso una colilla mal apagada que localizo en una esquina mientras espero el tono de llamada.

—¿No habían prohibido usar los teléfonos? —pregunta alarmada nada más descolgar—. ¡No estarás saltándote una clase!

—¿Cómo se me iba a ocurrir hacer eso y encima aprovechar para llamarte? No soy tan pardilla, mamá —me defiendo—. Estoy en... la oficina de conserjería, les he pedido que me dejen llamarte.

—¿Y no les has contado lo de la chica esa del acoso escolar? Porque seguro que ha sido ella. En el correo dice que el papel con la amenaza lo has recibido tú.

Maldita sea la hora en que les conté aquella mentira.

—No exactamente. Yo vi el papel tirado en el suelo, pero podía ser de cualquiera. A mí nadie me ha molestado, mamá.

—¿Estás segura, cariño? A ver si me lo estás ocultando por miedo. ¿Te está chantajeando para que no la delates?

—No, mamá. Nada que ver. De hecho... estamos juntas en clase de debate y vamos a preparar una presentación en equipo. Nos... estamos haciendo amigas.

—¿Amigas?

—Sí, amigas. Hemos hecho las paces.

—¿Y te ha pedido perdón por todo lo que hizo?

—Sí, sí. Está... muy arrepentida.

—Me alegro mucho, cielo. Pensábamos indagar un poco sobre el asunto. Justo esta mañana lo comentaba con el Dr. Grove —se refiere a su compañero de trabajo—, dirige un grupo de apoyo. Pensamos que tal vez te vendría bien acudir.

—No tenéis que preocuparos por nada. Este va a ser mi mejor curso, mamá. Confía en mí. No necesito ayuda de ningún tipo. Tengo que dejarte, me queda poco tiempo para comer y el primer día se organiza una buena en la fila de la cafetería. Hablamos en casa.

Guardo mi teléfono en la mochila y vuelvo a entrar en el edificio. En el camino me cruzo con Amy y me disculpo con ella por que tenga que quedarse castigada una hora por no haber delatado a la venenosa. Pero ella me comprende, sabe que mi orgullo no me permitiría quedar de acusica (todo el mundo odia a los chivatos), incluso dice que por un momento se le pasó por la cabeza que iba a tragarme la nota.

—Tengo algo jugoso que contarte —lo expresa haciéndose la interesante, moviendo las cejas arriba y abajo. Temo que lleguemos a la cafetería y que alguien nos interrumpa antes de saberlo. La paciencia nunca ha sido una de mis virtudes.

—¡Suéltalo ya, Amy!

—Me he enterado de una cosa esta mañana, justo al lado de mi taquilla... ¿Y quién tiene su taquilla al lado de la míaaaaaa?

—Joder, déjate de adivinanzas, ¿me lo vas a contar o no?

—¡Ay, chica, era para ponerle un poco de emoción al asunto!

—Mandy y Ray son los que tienen las taquillas junto a la tuya. No irás a decirme ahora que están liados esos dos, ¿no?

—¡Qué dices! Ella lleva todo el verano enrollándose con Luke.

—¿No le gustaba Louis Carlson?

—Sí, pero ¿quién puede resistirse a Luke...?

Estamos ya en la fila con nuestras bandejas. Localizo en una esquina al grupito formado por Luke, Lana, Carlson, Tomas, James y Ray ocupando la misma mesa. Ni rastro de la autora de la notita ni de su amiga Mandy.

¡Ah, sí, espera! Las localizo en otra mesa cuchicheando y mirándonos a su vez.

—¿Y la noticia jugosa? —insisto, cogiendo una botella de agua y una manzana.

—Escuché a Mandy decirle a Susan, la de tu equipo de vóley, que fue ella quien le puso el ojo morado a Irwin en los baños del cine.

—¿Qué?

—¡Te lo juro! Al parecer estaba rabiosa porque Ray se había puesto de tu parte. Mandy vio cómo te sangraba el labio y se lo contó en los servicios. La propia Irwin le pidió que la golpeará.

—¡Joder, qué puta loca!

—Estaba deseando decírtelo después de lo de la nota, pero has salido disparada de la clase.

—No quería cruzarme con la pirada esa y que encima se jactara del castigo colectivo.

—Cuando se ha ido la profe ha dicho que eres una gallina y que por eso no delatas al autor de la nota.

—¿Y nadie le ha preguntado si sabía quién era?

—Ray le ha dicho que se lo haga mirar. Después ha salido tras él y han estado discutiendo en el pasillo.

—¿Discutiendo? Pues si fue capaz de pedirle a Mandy que le diera un puñetazo en el ojo, solo porque él trató de separarnos, tal vez ahora contrate a un sicario para que me liquide.

Nos reímos del comentario y a Amy se le cae el agua de la bandeja. Las arpías no nos quitan ojo, creo que piensan que estamos burlándonos de ellas y por una vez no se equivocan.

—¿Y con Ray qué tal? —lo dice con soniquete, buscando la complicidad en mi respuesta—. ¿Al final estáis juntos o no?

—No.

—¿Y eso lo sabe él? Porque no te quita ojo.

Miro hacia su mesa y enseguida descubro que me esquivo con disimulo, haciendo ver que busca a alguien con la mirada.

—Además —continúa mi amiga—, he visto el jueguito que se traía con el lápiz esta mañana... —Se me escapa una sonrisa—. De hecho, al principio pensé que la nota que ibas a leer en alto era suya. Estaba impaciente y todo por saber qué te decía.

—¡Qué cabrona eres!

Todos de su parte

Amy y yo nos sentamos junto a los hermanos Chanson y el resto, entre ellos Ray, que no para de enviar mensajes con su teléfono. Como lo pillen se le va a caer el pelo. Nos permiten traer móvil, pero solamente usarlo a la entrada o la salida (de puertas para fuera, vamos). Dentro del recinto escolar deben estar apagados y en las mochilas. Aunque siempre los llevamos en silencio, a no ser que nos hayamos quedado sin batería, que es en el único momento que cumplimos las normas. Por eso los servicios, las taquillas y la biblioteca son los lugares más concurridos. Todo el mundo aprovecha para consultar sus mensajes o las redes sociales escondidas.

—La nota era de Irwin, ¿verdad? —me pregunta James en voz alta. Alguien le ha ido con el chismorreó, porque no va a esa clase.

—Seguro —respondo, aliñando mi ensalada—. Me tiene unas ganas...

—¿De qué habláis? —pregunta Luke. Ray pone la antena enseguida.

—Nada, una bobada.

Decido quitarle importancia, no quiero darle más bombo a la tipeja. Si lo que quiere es llamar la atención, no va a conseguirlo a mi costa. Que se abra un canal en YouTube y se desahogue soltando sus mierdas.

—Sí, bobada... Pues nos han castigado a toda la clase —se queja Lana, que también tiene esa asignatura.

—Yo no tengo la culpa de que sea una cobarde la gilipollas esa —me defiende. Ahora solo faltaba que me culparan a mí. Que le pidan cuentas a ella.

—Audrey no ha sido —la defiende su amiga—. Cuando abriste la nota, ella estaba apuntando en su libreta la lista de libros de la pizarra.

Claro, qué va a decir, cómo no va a defenderla si es su líder. Besaría el suelo por donde pisa si se lo pidiera. Aunque no sé por qué se ha sentado con nosotros en vez de irse con sus compinches. Tal vez la hayan pedido que se quede de topo. Pero ¿qué le ven a esa idiota? ¿Será que les hace los deberes? Pues con esta esbirra no me pienso callar.

—Y cuando Irwin le ordenó a tu amiga Mandy que la golpeará en el ojo, ¿llevabas las mismas gafas que hoy? Porque no te oí decir lo contrario cuando salió del baño y me acusó directamente.

—Lana no estaba con ellas, Mel —agrega Tomas, tratando de defenderla—. No lo pagues con ella solo por ser amiga suya.

Vaya, vaya... Así que Tomas es la razón por la que Lana ha dejado aparcada su alianza con sus inseparables. Pero ¿esta chica no se da cuenta de que lo suyo con Tom es un imposible? Casi tengo más posibilidades yo con Alan.

—Audrey asegura que no ha sido ella quien te ha enviado la nota —añade Ray, sin venir a cuento, como si acabara de leerlo en su pantalla.

Así que esas tenemos, ¿eh? Ahora están con mensajitos y se pone de su parte. Me pregunto qué le habrá dicho para convencerlo. Menuda mentirosa compulsiva está hecha. Entiendo que Lana trate de defenderla, siendo su acólita. Pero él...

—¿Y la crees? —respondo, mirándole con cierta incredulidad—. Me ha llamado zorra mil

veces. Me partió la boca delante de tu cara... Como tú dices: blanco y en botella, Broad.

—Demasiado evidente todo para venir de ella. No es su estilo.

—¿De qué vas ahora, de detective?

—No, pero creo que en esto es inocente. La conozco y sé que, de haber sido ella, se habría levantado. No permitiría que castigasen a toda la clase. No es una cobarde.

—Vaya, pues sí que la defiendes. Parece que hacéis un buen equipo.

—¿Insinúas algo, Melissa?

—No, nada. Quédate con ella. Se ve que te tiene bien cogido por los huevos —se lo suelto con rencor y toda la intención.

Se levanta con ímpetu, arrastrando la silla, y coge su bandeja.

—Tal vez no gira todo a tu alrededor, Melissa Grimm.

—Ni al tuyo —respondo. Pero no me ha oído porque lo he dicho tarde y casi para mí.

Tira los restos de su bandeja en la papelería y se dirige a la salida a toda prisa. Enseguida veo a Irwin corriendo tras él. ¡A la mierda todo! ¡Que les den!

Cinco minutos después, nos llaman por megafonía a Audrey y a mí. ¿Qué cojones habrá pasado ahora? Acaban de citarnos en la oficina del jefe de estudios.

Todos los ojos de la mesa se posan en mi persona, intrigados. Cojo el sándwich de pavo, que aún no he desenvuelto, y me lo guardo en la mochila, junto con la manzana y la botella de agua. Por la ensalada no puedo hacer nada, la vacío en el cubo de orgánico y me largo a toda prisa.

Cuando llego al despacho del jefe de estudios, se encuentran también con él la directora y los padres de Irwin. Ella está sentada en medio de ellos, muy seria y mirando sus zapatillas.

—Siéntate, Melissa. Tu padre está en camino.

—¿Mi padre? ¿Por qué?

Audrey me observa de reojo y con furia.

—Ha llamado cuando ha recibido el correo electrónico que ha enviado la profesora White esta mañana, y nos ha informado sobre el problema de acoso al que has estado sometida desde el curso pasado.

—¡Eso no es cierto! ¡Es una mentirosa! —se defiende Irwin, al borde de las lágrimas.

Una vena en el lado derecho de la frente comienza a palpitarme por el pánico que amenaza con invadir todo mi cuerpo. No sé cómo voy a salir de esta.

—¿El papel no lo has escrito tú? —la acuso, casi por inercia. En realidad, quiero desviar la atención de mi persona. Ya me da igual quedar como una chivata. Lo que no puedo permitir es que descubran mi mentira. Me veo encerrada en casa de por vida.

—Mentirosa y chivata, encima —se queja ella y con razón, claro. Por una vez, no puedo estar más de acuerdo. A pesar de que tengo que tragármelo.

—¿Entonces has sido tú? —se preocupa enseguida su madre, visiblemente alarmada y acariciando la cabeza de su hija.

—Es muy serio lo que estamos tratando —se dirige a mí ahora el jefe de estudios—. Tu compañera se juega que le abramos un expediente disciplinario.

Mi padre hace su entrada en ese preciso momento.

—Buenas tardes, señor Grimm. Tome asiento, por favor —le ofrece la directora.

Tengo una silla a cada lado, como Audrey, y él se sienta en la que tengo a mi derecha.

—Gracias, señora Chatman —responde él.

Después me mira con una sonrisa comprensiva y me coge de la mano.

—Tu madre está de camino. Ha tenido que cerrar la consulta y por eso va a retrasarse un poco

—me dice por lo bajini, mientras los padres de Irwin tratan de suavizar las cosas con el señor Friedman y la directora, mencionando el expediente académico intachable de su hija.

—Pero ¿por qué va a venir? Si ya lo habíamos hablado. ¡Está todo bien! —respondo, y aprieto su mano para hacerme entender.

—No vas a pasar por esto sola, hija. Estamos contigo.

La cabeza empieza a darme vueltas. Busco la manera de salir de este embrollo, pero no consigo dar con la fórmula (si es que existe alguna).

—Ella le puso un ojo morado a mi hija —trata de defenderla su padre—. Esto solo son cosas de críos y, en todo caso, las dos serían culpables.

—Tiene razón el señor Irwin —agrego, poniéndome en pie. No quiero que la cosa vaya a más ni que mi padre descubra que les he mentado. La teoría del señor Irwin me beneficia—. Las dos nos hemos estado portando fatal entre nosotras. Somos igual de culpables.

—Pero eso no fue lo que nos contaste, Melissa. Díselo. No tengas miedo. Cuéntales todo.

—No, papá. No es tan grave como para que le abran un expediente. Las dos hemos sido culpables de llegar a las manos y de insultarnos. Acepto mi parte de responsabilidad.

—¿Y qué pretendes? —me recrimina él—. ¿Pagarlo tú también ahora por defenderla? ¿Sin tener ninguna culpa de lo ocurrido?

En ese momento entra en escena mi madre, y cruzo los dedos para que no saque su lado histérico y acabemos las dos expulsadas. O tal vez solo yo, si se descubre el pastel, por falsas acusaciones.

—Buenas tardes a todos. Soy la madre de Melissa —se presenta, y toma asiento en la otra silla que está a mi izquierda. La miro con los ojos muy abiertos, implorando piedad. Aunque ella se lo toma como que estoy sorprendida por su presencia.

—Lo siento, cariño, papá se empeñó en venir —me comunica entre dientes—. No me dio opción a contarle lo que habíamos hablado.

—Tienes que arreglarlo, mamá, o acabarán expulsándonos —le pido, en medio del alboroto que se ha formado entre los padres de Irwin, la directora, el jefe de estudios y mi padre.

—Las chicas ya lo habían arreglado —comunica con voz decidida mi progenitora—. Hablé con Melissa durante el almuerzo y me lo aclaró todo. Han hecho las paces. ¡Si hasta participan en un proyecto de debate juntas! ¿Verdad? —Está mirando a Irwin, para que lo confirme, y ella está tan impresionada o confusa que ha afirmado con la cabeza—. Creo que estamos sacando las cosas un poco de quicio —termina diciendo mi madre.

—Eso mismo es lo que decía yo antes —la sigue el señor Irwin—, que las chiquillas habrán tenido sus diferencias; pero nada que no pueda arreglarse como se ha hecho siempre, con un buen apretón de manos. ¿Verdad?

Nos mira a las dos, que nos observamos con cierto recelo. Midiendo nuestras fuerzas. Tratando de calcular si nos interesa ponernos de acuerdo en esto.

—Entiendo sus posturas, señores —dice finalmente la directora—, pero no voy a consentir que en mi colegio se amenace con mensajes como este. —Abre el papel y lo lee en voz alta—: «Lo vas a pagar caro, zorra».

—Nosotras no hemos escrito ese papel —respondo al instante.

—Pero tu padre dice que está convencido de que fue ella quien lo puso en tu mesa, y que lleva desde el curso pasado acosándote. —Es el señor Friedman quien me habla—. ¿Lo estás negando ahora por miedo a algún tipo de represalia, Melissa?

—¿Que yo la he estado acosando desde el curso pasado? —protesta Audrey con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—Fue ella quien le puso el ojo morado a mi pobre hija. Todos lo vieron en el cine —protesta la señora Irwin—. ¡Si hasta hay testigos de la agresión!

—Y Melissa vino con el labio hinchado. Ella solo se defendió —alega mi padre.

¡Mierda! Ya lo han vuelto a hacer, con lo bien que íbamos.

—Nos estamos yendo por las ramas —digo, poniéndome en pie de nuevo. No sé por qué me ha dado por ahí, tal vez pienso que me hace parecer más imponente y creíble—. Aquello del cine fue una discusión aislada por un chico y en vacaciones, no tiene nada que ver con el instituto. Si quieren castigarnos por aquello, háganlo. Pero el papel no me lo entregó Irwin, de eso estoy segura, y es por lo que estamos aquí. En realidad, lo encontré en una papelería del pasillo.

—¿Y qué hacías hurgando en la papelería del pasillo? —se interesa mi madre.

—Se me cayó la agenda y al sacarla cogí el trozo de papel.

—¿Y por qué no se lo explicó a la profesora White? —me recrimina el señor Friedman—. ¡Ha castigado a toda la clase por su culpa!

—Lo siento... Me... asusté —digo, mirándome los pies. Trato de parecer afectada, pero procuro no evocar a mi pobre perrita esta vez. No quiero llorar delante de Audrey.

—¿Lo ve? Son cosas de crías. Están en una edad que... —afirma el señor Irwin.

—En dos días son amigas íntimas y se han olvidado de todo este lío —le sigue mi madre, que, por una vez, me está sorprendiendo por su contención.

—Señor Friedman, avise a la profesora White y que anuncien por megafonía para sus alumnos que no será necesario que se queden al terminar la jornada.

—Entendido.

Se levanta y sale de su despacho.

—Y a vosotras dos, dado que es el primer día de clase y que todo ha sido un desafortunado malentendido, no os voy a abrir un expediente. Pero se quedarán al finalizar las clases con el profesor de guardia en la sala de profesores. Y si se repite algún incidente similar durante el curso, se tomarán las medidas pertinentes. Esta institución tiene una imagen y una trayectoria intachables, y no voy a permitir faltas de respeto de este tipo. ¿Entendido?

Falsas acusaciones

La última clase que tengo ese día se me hace insoportable y larga. Más aún sabiendo que todavía me queda cumplir mi castigo. Me apetece entre cero y nada compartir una hora de encierro con la insoportable Irwin. Aunque estoy contenta de haber desviado la atención de mis padres. Habría sido peor que descubrieran mi mentira y decepcionarlos de nuevo. Jamás volverían a confiar en mí. Lo vi en los ojos de mi padre cuando me levanté y admití mi culpa. Noté cierto recelo en su mirada. No sé si pensó que lo hacía coaccionada o si se planteó la posibilidad de que les hubiera mentado. Suerte que mi madre actuó con firmeza y me defendió: «Déjalo estar, Richard. Si ella prefiere que nos mantengamos al margen y está convencida de que el problema se ha solucionado, debemos respetar su decisión».

Cuando los Grimm y los Irwin se marcharon, y me la crucé en el pasillo, se acercó a entregarme su típico recadito. No esperaba menos de ella, claro. Lo contrario habría sido digno de estudio.

—No creas que vamos a ser amiguitas porque me hayas salvado el culo con lo de la nota. He visto muy convencida a tu madre de ello. Para mí sigues siendo la zorra de siempre.

Y sin opción a réplica, que no tenía intención de darle, por supuesto, se largó moviendo su minúsculo culo y con la barbilla bien alta. Como si acaso se me hubiera pasado por la cabeza la semejante estupidez de querer ser su amiga. Puaj, antes me saco los ojos con una cuchara y me los trago.

Después, cuando he entrado en el laboratorio de química, los he visto sentados juntos, a ella y a Broad. Creo que estaban hablando de mí. Justo se ha callado cuando pasaba por su lado y ha seguido cuchicheando tras verme ocupar un sitio junto a Carlson, que es al único que conocía en esa clase, aparte de ellos. Seguramente le estaba haciendo un resumen de la reunión a su manera. Se habrá hecho la víctima por mis acusaciones y a saber cómo lo ha adornado. Pero la verdad es que ese es el menor de mis males. Lo importante es haber salido del paso y no olvidar andarme con cuidado de aquí en adelante. Está claro que yo me juego mucho más con mis padres. A los suyos se los ve menos exigentes que a los míos. Parecen más mayores, también, y la tratan como si fuera más pequeña de lo que es en realidad, quizás por tener una hermana seis o siete años mayor. Puede que naciera de rebote, cuando ya no lo esperaban y por ello la tienen demasiado mimada. Tal vez esa sea la causa de su personalidad arrogante y perdonavidas. Cree que todos le debemos pleitesía porque quizás es a lo que esté acostumbrada en su casa, a dormir entre algodones.

Al final, el castigo en la sala de profesores no ha sido para tanto. Me ha servido para terminar los deberes pendientes y tener la tarde libre para disfrutar de no hacer nada. Además, ya no tengo la incertidumbre de que no se enteren mis padres del castigo, están al corriente.

El que no lo estaba es el entrenador Barrow. A la salida me cruzo con él y me regaña por haberme saltado el primer entrenamiento de vóley, cosa que le ha sorprendido (jamás he faltado a un entrenamiento, a pesar de que no es mi deporte favorito. Pero me mantiene en forma hasta que

llega la temporada de softball). Se ha enfadado al verme porque pensaba que hoy no había asistido a clase y, al encontrarme de sopetón, ha pensado que me la había saltado por la cara. ¿En serio, señora Chatman? Mucho presumir de su intachable trabajo en el instituto y de su funcionamiento, ¿y se olvidan en la oficina de avisar al entrenador?

Después me cruzo con Ray, que sale del entrenamiento de baloncesto y se dirige hacia donde tiene aparcada su moto. Me mira y hace un gesto de saludo levantando la mano, acompañado de una sonrisa inmensa (cosa que me sorprende, después del numerito de la cafetería y de su intercambio de confianzas con Irwin en el laboratorio). Es una suerte que me haya sorprendido tanto su gesto amable y que no le haya devuelto el saludo con mi cara de ilusa, porque enseguida me adelanta Audrey, que ha aparecido de la nada detrás de mí, y se acerca a paso ligero a su encuentro. Solo le ha faltado darme un codazo para apartarme al pasar por mi lado. Él le pasa su casco azul enseguida, sin retirar su sonrisa de la cara, y ella se encarama en su moto abrazándolo por la cintura (le va a cortar la respiración de un momento a otro). Se alejan y me odio por no haberlo visto venir antes. Estaba claro que mi destino es tener una Irwin abrazada a cualquier chico que me guste.

—¿Te acercamos, Grimm?

Son los hermanos Chanson, que también salen del entrenamiento. Es lo único bueno que me ha pasado en todo el día, no tener que coger el bus. Qué ganas de que llegue mi cumpleaños y sacarme el permiso de conducir.

—¿Se puede saber a qué juegas?

Es Alan, que ha cruzado la calle hecho un basilisco nada más verme bajar del coche de Luke. Al parecer, le da más a la cortina de la ventana que mi señora madre. Pero ¿qué hace aquí? Pensaba que entre semana se quedaba en el campus universitario. ¿No estaba tan liado con su trabajo?

Pues juro que no sé de qué me habla.

—Dímelo tú —respondo, un poco a la defensiva y cruzándome de brazos en la puerta de mi casa.

—¿En qué momento se te ocurrió acusarla de acoso?

—No la he acusado de nada. ¿Ahora vas a tragarte todo lo que diga esa niñata? Te creía de mi parte.

—Y lo estaba. Hasta que Becky me ha explicado lo de las acusaciones que ha vertido tu padre por teléfono al jefe de estudios. Si hasta les dijiste que tus suspensos se debieron al acoso recibido. —Parece indignado al decirlo—. Por no hablar de los encierros en los baños para faltar a clase y el chantaje... Son acusaciones muy serias, Mel. En el colegio estaban dispuestos a investigar tu caso. —Estoy clavada como una chincheta al suelo y observo mis pies, no me atrevo a mirarlo a la cara—. Me parece increíble viniendo de ti —continúa—. Te juro que me habías engañado. Pensaba que eras otro tipo de persona, la verdad.

Son solo las cinco y media, pero las luces de mi porche se han encendido. Sospecho que tenemos público.

—¿No vas a decir nada?

—Tenía mis razones —respondo, y ahora sí lo miro con un poco de rabia contenida.

—¿Qué razones te pueden llevar a soltar semejante acusación falsa? —Se mete las manos en

los bolsillos de sus vaqueros y enseguida las saca para frotarse el pelo. Luego las deja caer a ambos lados de su cuerpo y, finalmente, se cruza de brazos. Está nervioso. No entiendo que esté tan preocupado por esa arpía. Rebecca le habrá lavado el cerebro.

—Mis padres iban a castigarme, ¿vale? Tu novia se presentó aquí con el numerito de la pobre hermana agredida, ¿y qué podía hacer yo? Ellos no se creyeron que actué en defensa propia. Tuve que adornarlo un poco.

—Adornarlo un poco, dice... —Se pasa la mano por el pelo de nuevo y resopla.

—No soy perfecta, ¿vale? Tal vez me pasé un poco, pero Irwin no es ninguna mosquita muerta. ¿Sabes que le pidió a su amiga Mandy que la golpeará en el ojo para culparme a mí? No fui yo quien le dejó el ojo morado en realidad.

—Eso que dices es muy retorcido.

—Claro, como Melissa Grimm ha mentido una vez, ahora todo lo que diga va a ser utilizado en su contra, ¿no? —Me siento completamente indignada e impotente. ¿Cómo puede estar defendiéndola?

—Quizá no eres tan inocente como quieres hacer ver a todo el mundo —responde—. Vas por ahí pavoneándote con el que hasta hace dos días era su novio, justo hasta que te metiste en medio. Después la acusas de bulling... Ahora de fingir en una pelea... ¿Y qué será lo siguiente?

Me doy la vuelta y le dejo con la palabra en la boca. No pienso perder ni un segundo más en escuchar sus acusaciones. Está claro que ha decidido posicionarse de su parte por ser la hermana de su novia y que yo juego en desventaja. No pienso mover un músculo más de mi boca para defenderme. Si prefiere creer a esa arpía, igual que ha hecho Ray, que lo haga. ¡Que le den! ¡Que les den a los cuatro por siempre jamás!

Entro en casa hecha una furia y me intercepta mi madre por el camino, justo antes de subir la escalera para encerrarme en mi dormitorio. Lo que me faltaba para rematar el día.

—¿De qué hablabas con el mellizo de los Lowe?

—De nada, mamá. Solo me... preguntaba por el instituto. Eso es todo.

—Pues parecía que discutíais —insiste, y pone una mano sobre la barandilla, obstaculizándome el paso, señal de que está dispuesta a seguirme si no le doy una respuesta convincente. Yo aún tengo un pie puesto en el primer escalón.

Doy un paso atrás y me dirijo a la cocina. Necesito tiempo para responder con algo disuasorio y que no me perjudique.

—Se ha enterado de lo de la reunión con el jefe de estudios, por su novia —termino admitiendo. Abro la nevera y saco la botella de leche, cojo un vaso del armario superior y lo lleno a la mitad.

—¿Y él quién es para opinar?

—¡Eso mismo le he dicho yo! —suelto enseguida. Contenta de estar de acuerdo con mi madre por una vez.

—¿Y qué te decía? Daba la impresión de que te estuviera regañando.

¡Mierda! Mal camino, Melissa. Piensa, piensa rápido.

—No. Es que Rebecca no se lo había explicado bien y pensó que yo me había inventado lo de la nota para acusar a Audrey.

—¿Sabe él lo que te hizo ella el curso pasado?

—No, claro que no. No somos tan amigos como para eso, mamá.

Noto que esa última frase la tranquiliza. Ha dejado de seguirme por la cocina y se ha sentado. Está pensativa. Aprovecho para dejar mi vaso ya vacío dentro del lavavajillas, con intención de subir la escalera y escapar de sus redes.

—Me alegra que tengas a Ray, cielo. Nos deja más tranquilos. ¿Cómo es que hoy te ha traído el hermano de James?

—Porque... ellos tenían entrenamiento y justo me los he encontrado al salir de la celda de castigo.

—Qué exagerada eres.

—Subo a mi habitación, mamá. Tengo un montón de ejercicios que resolver para mañana.

Debería mirarme lo de mentir tanto, ya me salen las excusas sin pensar.

—Invita a Ray un día a casa para que lo conozcamos. ¿Te parece?

—¡No empieces! Solo somos amigos.

—¿Y te besas de esa manera con todos tus amigos? —Finge escandalizarse.

—No, pero tampoco quiero que piense que le estoy presionando para que vayamos en serio. ¡Este no es el siglo veinte, mamá! No tenéis que darnos vuestra bendición.

—Solo me gustaría conocerlo, nada más. Como a James. ¿A James no le has invitado a casa un montón de veces?

—Es distinto. Invitar a James es como si viene Amy.

—Entonces estás dejando claro que no sois solo amigos, ¿no?

—Ay, mamá, por Diossss. Cuando te da por una cosa, no hay quién te pare, ¿eh?

Subo la escalera y no le doy opción a réplica. Solo me faltaba esto. Como siga insistiendo, en dos días le digo que hemos roto. Total, lo de Alan ya parece que ha funcionado. Al final me ha venido bien que me asaltase en la puerta con su interrogatorio, ya no verá peligro entre nosotros.

La abogada del diablo

Hoy parece haber empezado mi día con un soplo de aire fresco. Lo más satisfactorio ha sido que en ninguna de mis clases matutinas he tenido que aguantar la presencia de Irwin ni de Broad. Tengo ganas de que pase la semana y cerciorarme de que ella y yo solo vayamos a coincidir este curso en el laboratorio de química y en la clase de Literatura inglesa. Con Broad no voy a tener la misma suerte. Aparte de esas, ambos hemos elegido Diseño gráfico y creo que le escuché decir que también se ha apuntado a Oratoria. Debí escoger Teatro cuando estuve a tiempo. Aunque tal vez pueda convencer de un cambio de última hora al señor Friedman. O tal vez no, después del numerito en su despacho...

—¿Sabes qué? —me pregunta Amy en los servicios mientras me lavo las manos y ella parece consultar su móvil. Estamos en el descanso del almuerzo—. Ayer estuvimos hablando James y yo sobre nuestros primeros besos. Los de cada uno, no entre nosotros.

Me mira con cara sospechosa. Intuyo lo que tengo que decir en este preciso momento. ¡Mierda! ¿Por qué los tíos son tan bocazas? Solo me faltaba ahora que ella se alejara de mí también.

—Amy, eso fue hace siglos. Ni siquiera te gustaba Chan en esa época.

—Joder, pero se supone que somos amigas íntimas. Yo te he contado todo sobre mí. Hiciste que creyera que Will Dawson fue tu primer beso.

—¿Y qué más da uno que otro?

—Algo dará si no me lo contaste. ¿Es que te gusta James?

—¡Qué dices! Aquello fue una tontería. Nunca había besado a una chica y quería salir con Susan. ¿No recuerdas la matraca que nos dio con ella? En realidad, fue... como una clase práctica de besar.

—Una clase práctica que duró lo suyo... ¡Me lo ha contado todo, Mel! —lo dice en tono recriminatorio.

«¡Joder con Chan! No podía haber mantenido el pico cerrado».

—¿Qué importancia tiene eso, Amy? Fue hace más de un año. Ni me acordaba hasta que lo has mencionado.

—Pero fuiste su primer beso, Mel. ¡Tú le diste el primer beso a mi novio, al chico que más me gusta en el mundo! ¿Qué sentirías si yo me enrollara con Alan?

—¿Alan? —Oímos también el sonido de una cisterna y de pronto se abre la puerta. Es Irwin—. ¿Qué pasa entre Alan y tú?

—No te equivoques, Audrey, no van por ahí los tiros —me defiende. Aunque un calor repentino me sube por la columna, recorre mi cuello y se instala justo en mis mejillas.

—Pues yo creo que sí van por ahí los tiros. —Se cruza de brazos junto a mí, veo nuestros reflejos frente al espejo. Amy la está mirando con furia también. Cierro el grifo y me seco las manos—. Acaba de decir que te besaste con su novio y lo compara con enrollarse ella con Alan. ¿Me lo explicas?

—No es lo que parece —trata de defenderme mi amiga—. Alan solo es... como un amor platónico para Mel. Era su profesor de verano, solo eso.

—No le des explicaciones a esta carroñera, Amy. Solo busca carnaza. —Me giro y acerco la cara a la de mi enemiga—. No tienes nada, Irwin. No puedes demostrar nada, porque no hay absolutamente nada entre Alan y yo. Así que deja de inventar.

—Pues a mi hermana no creo que vaya a parecerle nada —insiste, sacando una barra de bálsamo labial de su bolsillo delantero y aplicándosela frente al espejo—. ¿Sabes por qué me llevó a tu casa aquel día con el ojo morado?

—¿Te refieres al ojo que pediste a tu amiga que te golpeará?

Se gira con sorpresa hacia mí. Se ve que no estaba al corriente de que la habíamos descubierto. No dice nada al respecto.

—Como te decía —continúa—, mi hermana insistió en que fuéramos a tu casa porque te odia. Sabe la clase de mentirosa que eres y, además, sospecha que entre su novio y tú se cuece algo.

—Me da igual lo que piense la imbécil de tu hermana. Entre Alan y yo no hay relación alguna. Ya ni siquiera somos amigos. Nada.

—Eso se lo cuentas a otra —responde. Guarda el bálsamo en el bolsillo del vaquero y me mira con desdén—. Estás muy obsesionada con nosotras, por lo que veo. Primero Ray, ahora Alan... ¡Háztelo mirar! Eres pa-te-ti-ca.

Aprieto los puños para no agarrarla del cuello y estamparla contra el espejo. Aunque en el fondo tiene algo de razón, ¿qué coño hago tan cerca de estas dos petardas? Debería fijarme en cualquier otro, como mi amiga con James. No hay más que ver lo felices que están, sin tener que competir con nadie. Solo ellos dos.

—¿Sabes lo que te digo? Que os aprovechen vuestros novios, a ti y a tu hermana. Díselo de mi parte.

—No hará falta. —Saca su móvil del bolsillo trasero, el último modelo de Apple, recién salido del horno. Siempre va a la última y jactándose de ello—. Te lo dirá ella a ti en cuanto te escuche. Os he grabado en audio.

Amy se lo arranca de las manos y en dos zancadas lo tira a la taza del váter, justo en el cubículo del que acababa de salir momentos antes. Presiona el botón de la cisterna con furia y cierra la tapa. Cuando Audrey y yo conseguimos reaccionar, se ha sentado encima para que no pueda abrirla y recuperarlo.

—¡Uy! ¿Has visto, Mel? A Irwin se le ha caído el móvil dentro. ¡Qué mala suerte! —dice, forcejeando con la propietaria del terminal, que intenta levantar a mi amiga. Pero decido actuar enseguida y entre las dos conseguimos evitarlo.

—¿No te has leído las normas del instituto? —agrego yo, sujetándola desde atrás por los brazos—. Los móviles están prohibidos dentro de las instalaciones del colegio. Deben permanecer guardados y apagados en la mochila. Verás ahora cuando vayas a contárselo al jefe de estudios y se entere de que lo llevabas encima.

Se abre la puerta de los servicios y escuchamos el alboroto de los pasillos por un instante, después una conversación entre risas de unas chicas que acaban de entrar. Mi amiga se levanta y abre la tapa. Yo suelto a Irwin. Estamos las tres metidas en el cubículo, con la puerta entreabierta y mirando expectantes al inodoro.

—¡Vaya, Audrey! —dice Amy en voz alta, para que la escuchen las que están fuera—. ¡Qué mala suerte! Normalmente se quedan en el fondo, pero no lo veo. Mete la mano a ver si puedes alcanzarlo.

Salimos del baño sin comprobar si lo está haciendo o no, riendo a carcajada limpia. Jamás habría imaginado que la buena de Amy se atrevería a hacer algo así.

Cuando estamos en el pasillo, le doy un beso y me abrazo a su cuello.

—¡Gracias, amiga!

—Por tu cara intuía que estabas a punto de hacerlo tú misma, y no podía dejar que te arriesgaras a cagarla otra vez con la directora. Ahora somos dos palabras contra la suya. No creo que salga ganando.

—Eres increíble, Amy. Te debo una.

Es la hora del almuerzo y, tras coger nuestra comida entre risas y repeticiones de la jugada de nuestra hazaña (siempre en privado), nos sentamos con el grupo. Mandy y Lana nos miran con odio. Queda claro que su comandante ya les ha ido con el cuento. A quien no veo por ningún sitio es a Ray, ni a ella tampoco. Estarán juntos los tortolitos. ¡Que les den! Son tal para cual. En qué momento se me ocurriría acercarme a ese tipejo.

—Sois unas cerdas —nos insulta Mandy, y se levanta con su bandeja en cuanto plantamos el culo en nuestros asientos. La otra perrita faldera le sigue los pasos.

—¡Es que ya os vale! —recrimina ahora Luke.

—No sé de qué hablas —le responde Amy.

—Todo el instituto sabe lo que habéis hecho con su teléfono.

—¿Te refieres a cuando se ha bajado los pantalones y se le ha caído del bolsillo trasero en el inodoro? —le pregunto a Chanson, mientras agregó un buen chorro de mayonesa sobre mis patatas —. A mí me pasó una vez también. Suerte que fue en casa. Lo saqué rápidamente y lo metí en un tarro con arroz.

—Os estáis metiendo en arenas movedizas —advierte Chan, negando con la cabeza como signo de reprobación.

Escuchamos el sonido característico de la megafonía, seguido del siguiente mensaje:

—Melissa Grimm y Amy Bartlett acudan al despacho del señor Friedman. Repito: Melissa Grimm y Amy Bartlett acudan lo antes posible al despacho del jefe de estudios.

¡Mierda!

—¿Sabéis por qué os he citado aquí? —pregunta el señor Friedman.

—No, la verdad —contesto. Amy responde negando con la cabeza.

Nos encontramos las dos en su despacho, aunque esperábamos que también estuviese Irwin aquí con nosotras. Sería lo suyo, si nos ha acusado.

—A una alumna le ha desaparecido un teléfono de su mochila y ha sido encontrado en el inodoro de los servicios femeninos. Varios testigos afirman que os vieron salir de allí momentos antes. ¿Tenéis algo que decir sobre este suceso?

—Señor Friedman, no ha sido así —responde Amy enseguida—. Estábamos en los servicios, eso es cierto, y Audrey Irwin se puso a dar gritos porque se le había caído el móvil dentro del váter al bajarse los pantalones. Nosotras solo le dijimos que metiera la mano y lo sacara rápido, antes de que entrara agua dentro del mecanismo. Eso es todo lo que sabemos del asunto.

Afirmo con la cabeza, para apoyar la versión de mi amiga.

—Pero ellas aseguran que entraron con Audrey Irwin al servicio justo en el mismo momento

en que ustedes salían riendo de allí, y que fue entonces cuando descubrieron el teléfono dentro del inodoro.

—¡Eso es mentira, señor Friedman! —replico indignada, dando un golpe con la mano abierta sobre su mesa—. ¿No ve que le están tomando el pelo?

—¡Siéntese, señorita Grimm, si no quiere que le abra un expediente disciplinario!

—Lo siento —digo enseguida, más consciente de mi reacción, y trato de recuperar la compostura. No puedo creer que vaya a salirse con la suya de nuevo. Está claro que nos ha tendido una trampa con la ayuda de sus esbirras.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Friedman? —dice con voz dulce y calmada mi amiga—. ¿Por qué para usted tiene más peso la versión de Audrey Irwin y sus amigas que la nuestra? —«Buena pregunta», me digo—. ¿Por qué razón íbamos nosotras a meter su teléfono dentro de la taza del váter? —«¡Exacto! ¿Qué sentido tendría, si no sabes que guarda una grabación que me perjudica?»—. ¿Y cómo es posible que nosotras hayamos cogido el teléfono de su mochila, si Audrey Irwin siempre lo lleva guardado en su bolsillo trasero de los vaqueros? —«¡Chúpate esa, señor Friedman!»—. No quería llegar a este punto, señor Friedman, no soy ninguna chivata ni una acusica; pero conozco mis derechos. Mi padre es abogado, y no creo que vaya a hacerle ninguna gracia que en este instituto se nos acuse de algo sin aportar pruebas, solo por la palabra de unas alumnas que buscan perjudicarnos. —Estoy aplaudiendo a mi amiga mentalmente. ¡Qué pico tiene la cabrona! Suerte que la tengo en mi clase de debate—. Usted va a castigarnos, lo sé, porque ya se ha posicionado hacia una de las partes. Pero créame, se está cometiendo una injusticia en este despacho.

El jefe de estudios nos observa pensativo. Tiene las manos entrelazadas sobre la mesa y creo que está calculando la magnitud de nuestro castigo. Ahora tengo dudas sobre la actuación de mi amiga, tal vez le haya puesto aún más cabreado y se nos vaya a caer el pelo del todo por chulitas.

—No se ha tomado ninguna decisión, señorita Bartlett —dice finalmente, y respiro triunfante—. Las he citado aquí para conocer su versión de los hechos. Tomaré las medidas pertinentes cuando averigüe lo ocurrido. Las dos versiones son completamente contradictorias.

—¿Y no le parece a usted más probable que a la propia Irwin se le haya caído sin querer? La otra versión es demasiado... retorcida —agrego yo esta vez, con la voz más dulce que me es posible poner.

—También es retorcido el planteamiento que me ofrecen ustedes —responde enseguida, y nos mira por encima de sus gafas de lectura con cierto recelo—, que Audrey Irwin se haya arriesgado a venir a mi oficina a culparlas a ustedes, conociendo las normas con los teléfonos y a riesgo de jugársela por llevarlo encima.

Estoy a punto de decirle que precisamente por eso se ha inventado que se lo robamos de la mochila, pero Amy se me adelanta.

—Visto así... Tiene usted toda la razón, señor Friedman.

En ese momento, por la cara del jefe de estudios, me doy cuenta de que esa frase ha sido un golpe maestro. Esta chica va para abogada o para delincuente, una de dos.

El sonido del timbre nos libera de la reunión y el jefe de estudios nos dice que volvamos a clase y que, de momento, seguirá pensando qué hacer con el asunto del teléfono.

Cuando entramos en la clase de la profesora White, la chivata de turno nos mira con suficiencia. En su retorcida mente solo cuadra que haya conseguido salirse con la suya. Pero, querida, yo no cantaré victoria tan pronto.

Ocupo mi sitio delante de Ray. Al ratito me da dos toques en el hombro para que me gire.

—¿En serio te has vengado de Audrey de ese modo tan rastrero solo porque se ha enterado de

tu secretito con su cuñado?

—Si solo te vas a dirigir a mí para soltarme estupideces, como hace tu amiguita, prefiero que no te molestes en acercarte a mí.

—Eres muy traicionera, Melissa Grimm.

—Olvídate de mí, Broad.

—Eso no será difícil.

Cumpleaños nada feliz

Cumplir dieciséis años es un gran motivo de alegría, y más cuando llevas años deseando crecer para estar a la altura del chico mayor que te gusta tanto. Veintitrés frente a mis dieciséis sigue sonando a mucho; pero qué más da, si se ha convertido en un repelente como la imbécil de su novia.

Qué lejos queda aquella noche que pasamos juntos, o separados por dos puertas y un pasillo. Aquella en la que compartimos baño para lavarnos los dientes y la misma ducha en instantes consecutivos. No queda nada de aquel Alan. Absolutamente nada.

No pensaba celebrar mi dieciséis cumpleaños. Mi madre insistía en prepararme una fiesta, pero me negué:

—Invita a tus amigas a una fiesta de pijama, aunque sea, y a esa Audrey para que papá vea que hicisteis las paces de verdad. Todavía insiste en que algo de aquella reunión no terminó de cuadrarle.

—Las fiestas de pijama son para crías de ocho años, mamá. Ni muerta. Además, estoy hasta arriba de exámenes la próxima semana, no quiero perder el tiempo con ninguna fiesta.

Llevamos un mes de curso y parece que haya transcurrido un año desde aquel primer y fatídico día de clase, con sus consecuentes desastres en cadena. Y yo que pensaba el uno de julio que me esperaba un verano de infierno. No tenía ni idea de lo que me depararía septiembre. Incluido el baile de bienvenida, que decidí saltármelo teniendo ya el vestido comprado. Asistí al partido inaugural y poco más. Ha sido mi peor inicio de curso con diferencia. Amy no entendía que me negase a asistir al baile, cuando muchos iban a acudir sin pareja y yo misma me había llenado la boca con que prefería ir sola al maldito baile, antes que aceptar ir con alguien solo por no presentarme sin acompañante.

Pero es que no se trataba de ir sola, sino de que Audrey Irwin iba a pasarse la velada alardeando de su relación con Ray ante mis narices, y no estaba dispuesta a darle tal satisfacción.

Aunque, para lo que me sirvió... El sábado asistí a la hoguera en la playa y entre todos se encargaron de ponerme al día de su espectacular noche en el dichoso baile de bienvenida:

—¿Han descubierto tus papis que eres una chica problemática y no te dejaron asistir? —me preguntó la repelente—. ¿O es que no encontraste a ninguna pardilla a quién robarle su pareja?

—¿No te cansas de ser tú misma, Irwin? Debe de ser agotador.

Entre nosotras, la relación funciona como siempre. Nos ignoramos en la medida de lo posible, a pesar de que nos movemos en los mismos círculos. No puedo separar a Amy de James, ni a él de su hermano, ni a Luke de Mandy... íntima de Irwin. Aunque no tengo tan claro que estos dos últimos sigan saliendo, lo veo flirtear demasiado con todas últimamente.

Para mí es más fácil ignorarla. Es a ella a quien parece que le cueste hacerlo. No puede resistirse a quedarse con la última palabra o a fastidiarme de algún modo, si ve el filón. Ahora ha encontrado una nueva forma, y es intentando ridiculizarme por sentirme atraída por Alan. Al final se enteró todo el grupo. Aunque como no puede añadir novedades, el asunto ya no da carnaza y está quedando diluido en un segundo plano.

Si supieran que Alan y yo ni nos hablamos... Ni como vecinos ni como exprofesor y exalumna ni como nada. Sencillamente, nos ignoramos. Si lo veo aparecer con su coche o caminando por la acera, hago ver que estoy mirando para otro lado y así evitarlo. Aunque hace siglos que no nos cruzamos. Debe de estar muy centrado en su posgrado y hasta arriba de trabajo, porque tampoco suelo ver luz en su ventana ni movimiento alguno durante el fin de semana.

Tras el incidente del inodoro, lo que sí recibí fue un mensaje bomba de su querida novia:

«No vuelvas a acercarte a mi novio bajo ninguna excusa. Si lo haces, tus padres serán los primeros en enterarse, y no creo que les haga ninguna gracia que su hija de quince años esté flirteando con un tío de veintitantos. No me subestimes, no soy mi hermana.»

Hice lo que tenía que hacer: un pantallazo y bloqueé su número. No iba a consentir que volviera a molestarme, pero tampoco iba a deshacerme de las pruebas con sus amenazas. Que no me subestime ella a mí.

Y en cuanto a Ray...

Ray se tomó mis palabras al pie de la letra y, finalmente, pasa de mí. Me gustaría poder decir lo mismo, pero la realidad es que echo de menos nuestro troteo. De vez en cuando salta alguna chispa y nos enzarzamos, la mayoría de las veces por culpa de su inseparable. Aunque estoy convencida de que la atracción sigue existiendo y, no lo voy a negar, ese tira y afloja me hace sentir poderosa, como el objeto de su deseo reprimido. Otras veces pienso que me odia y que son imaginaciones mías, como me ocurría con Alan.

—¡Feliz cumpleaños! —me dice Luke, cuando aparezco con mi bandeja y me siento con el grupo. Es el único que me felicita de la mesa, sin contar a Amy y Chan que aún están en la cola de la cafetería y ya lo han hecho antes—. ¿Estás segura de que no quieres que te organice una gran fiesta en tu casa?

—Segurísima.

—¿He oído fiesta? —pregunta Tom, que acaba de aparecer—. ¿Qué celebramos? ¡Me apunto!

—El cumpleaños de Mel —responde su amigo.

—Mis padres quieren que celebre una especie de fiesta de chicas, como si tuviera ocho años —respondo—. No van a permitirme una fiesta como la de James, así que olvídale. Tampoco son de ese rollo de largarse y darles las llaves a sus hijos para que llenen la casa de adolescentes salidos y borrachos.

—¿Y si tenemos las llaves de la mía? —propone Ray.

Lo miro atónita. Aunque no más que Irwin, que lo está taladrando básicamente.

—Querrían hablar con tus padres para conocer la ubicación, las normas y si van a estar presentes ellos para vigilarnos. Dan mucha pereza, te lo aseguro.

—¿Y cómo lo solucionaste en verano con la de Chan? —insiste.

—No lo supieron —respondo, sin mirarle. Dedico mi atención a coger patatas fritas y mojarlas en kétchup antes de comérmelas.

—Pues hagamos lo mismo. Mi madre no va a estar, tiene el juicio del divorcio el viernes en San Francisco y pasará el fin de semana con mi tía.

—¿Tus padres se van a divorciar? —pregunto, extrañada. En realidad, no sé mucho sobre Ray ni su familia, ni si tiene hermanos ni nada. Duró demasiado poco nuestro acercamiento por razones

que ya conocemos.

—Sí, ya era hora —responde, como si le importara un rábano.

Me quita una patata del plato, bajo la atenta mirada de su querido grano en el culo, que no parece dar crédito. Creo que va a reventar de un momento a otro.

—¿Y vas a quedarte solo en casa todo el fin de semana? —pregunta Luke.

—Claro. Me niego a ver al capullo ese.

—¿Qué suerte tienes! Te dejan ahí a tu aire —le digo—. Yo he tenido canguro hasta hace nada. Bueno, todavía no canto victoria, no se ha dado el caso de dejarnos solos desde este verano.

—¿Y está buena tu canguro? —se interesa Luke.

Se escucha una potente carcajada procedente de la sabandija.

—Sí, sobre todo cuando se deja esa barbita de tres días —agrega con regocijo. Sabía que no tardaría en meter baza.

El resto la mira con curiosidad. No saben por dónde van los tiros.

—Ah, ¿es que no os lo ha contado? Su amor platónico, aparte de ser novio de mi hermana, también es su querido canguro.

Me lo merezco por bocazas. Por creerme que estoy entre amigos y no darme cuenta de que estoy rodeada de hienas.

—Es coña, ¿no? —insiste Luke, riendo.

—¿No recordáis el incidente de la piscina? —agrega Mandy—. ¿Quién acudió en su ayuda? ¡Papito Alan!

—¿Y pagan bien tus padres? Podría presentarme al puesto. —Es Ray, tratando de hacerse el gracioso también—. Estoy sin blanca.

—No sé si estarías a su altura —le respondo, bastante dolida y con una mirada furiosa que pretende desafiarlo. Creo que lo consigo, se le tensa la mandíbula.

—Ay, pobre, dejadla tranquila —salta la repelente—. Debe de ser frustrante que el amor de tu vida salga con una tía despanpanante como mi hermana. Es normal que se ponga a la defensiva.

Después recoge su bandeja y se aleja, dejando su veneno flotando en el aire que respiramos.

—¿Qué, Grimm, celebramos la fiesta? —rompe el hielo Tomas.

—¡Hagámoslo! —respondo, consciente de la poca gracia que le ha hecho a la patética Irwin que su novio ofrezca su casa para el evento—. Si lo de la casa de Ray sigue en pie, claro —agrego, mirándole. Parece que se lo está replanteando. El resto del grupo permanece a la expectativa también.

—Pero la fiesta se paga entre todos. Tú, Grimm, te encargas de organizarlo. Yo solo pongo la casa.

—Nosotros te ayudamos —se ofrecen los Chanson y Amy. No esperaba menos.

Ahora solo falta convencer a mis padres. Amy siempre lo ha tenido más fácil que yo a la hora de manejar a los suyos. Es la pequeña de cuatro hermanos y están más que acostumbrados al ciclo evolutivo de la adolescencia. Siempre ha sido la primera en todo: elegir su propia ropa, incursión en las tecnologías, permiso para salir o llegar más tarde a casa... A mí nunca me ha servido ponerla de ejemplo. Siempre me soltaban la típica frasecita: «Y si Amy se tira por un puente, ¿lo harás tú también?». ¡Qué duro es ser una Grimm! Con lo feliz que habría sido en el pellejo de una Bartlett.

—Deja que celebre la fiesta como quiera, Mags. Está en la edad de hacerlo a su manera. Vamos a darle una oportunidad, anda.

—Pero ¿por qué no puede organizarla aquí en vez de en la casa del chico ese?

—Porque estaríais vosotros vigilando y estropeándolo todo, mamá.

—¿Significa eso que pensáis a hacer algo que esté fuera de nuestras reglas? ¡Van a llevar drogas, Richard! —afirma histérica, caminando por la cocina de un lado a otro.

Le quita la espátula de madera a mi padre y comienza a remover el guiso, con la poca gracia que le hace a él que interfiera en sus platos. Siempre que decide preparar la cena, ella le lía alguna: bien sea agregando más sal cuando justo él acababa de rectificar la cantidad, o poniendo algún ingrediente extra a su antojo. Recuerdo el día que se le ocurrió tunear la receta del relleno de pavo que le había pasado la abuela...

—No tomamos drogas, mamá. Ni siquiera alcohol, me sienta fatal.

—¿Que te sienta fatal? ¿Cuándo has probado tú el alcohol? ¿Has oído a tu hija, Richard?

—¡Fue por error! Me equivoqué de vaso y me sentó horriblemente mal. Creo que soy alérgica al alcohol.

—No digas tonterías, Melissa. ¿Cómo vas a ser alérgica? —responde mi padre. Le ha cambiado a su mujer la herramienta de cocina por una copa de vino.

«Bien hecho, papá. A ver si con ese ingrediente extra conseguimos convencerla».

—Bueno, no sé si alérgica o no, pero no me gusta. Prefiero un refresco.

—¿Lo ves, Mags? ¡Tranquilízate, mujer! Es normal que a su edad vayan probando cosas y salgan con chicos que no aprobamos del todo. Es el ciclo de la vida.

Ellos piensan que Ray y yo aún salimos juntos. Dejé que siguieran pensándolo a raíz del mensaje de Rebecca, para mantenerlo de coartada si llegaba a sus oídos lo que Irwin había escuchado en los servicios, y así poder alejar a Alan de sus mentes protectoras.

—¡No digas eso, Richard, por Dios! La estás alentando a que lo haga. Esa no es la manera en que queremos educarla. ¿Qué ejemplo le estaríamos dando a Jake también? Está obsesionado con las motos, lo que más nos ha preocupado siempre. Y ahora su hermana sale con un motero. No podremos decirle que él no puede subirse en una mientras ella se pasea de paquete tan campante. ¿Le abrimos la veda del alcoholismo también? Es un cabeza hueca que va a...

—¡Mamaaá!

Llamo su atención porque en ese momento veo a Jake bajando la escalera.

—No, tranquila. Si siempre están hablando de mí a las espaldas. De ti también, por cierto.

Abre el cajón de los cubiertos, dispuesto a ayudarme a poner la mesa. Mi madre se acerca a él y le acaricia la cabeza revolviéndole el pelo.

—Perdona, hijo. Es que estoy un poco alterada hoy. Ser madre es complicado, y tu hermana no nos lo está poniendo nada fácil.

—Te garantizo que sí, mamá —respondo—. Tendríais que ver el panorama del instituto. Soy una adolescente del montón, no lo pongas en duda.

—Bueno. Nos lo pensaremos —resuelve finalmente—. ¿Podemos hablar antes con los padres del motero?

—Se llama Ray, mamá. Y no, no podéis hablar con ellos. Se están divorciando y no quiero echar más leña al fuego.

Solo me faltaba eso, que tuvieran que hablar con su madre. Antes me olvido de la fiesta.

—¿Divorciando? ¡Encima eso! Seguro que le van a dejar hacer lo que le dé la gana para tenerlo contento y que no se traumatice por el divorcio. Lo presencio a diario en la clínica. ¿Lo ves, Richard? Por eso lo celebran en su casa. ¡Tendrá carta blanca!

¡Qué pesadilla! No sé cómo va a terminar esto, pero me da que la fiesta corre un serio peligro.

Un lugar para la tregua

Contra todo pronóstico, mis padres me permiten celebrar la fiesta en casa de Ray, y gracias, sobre todo, a la madre de este. Le expliqué la conversación con mis padres y enseguida le restó importancia: «Tranquila, no hay ningún problema por que hablen con mi madre. Lo haremos a su manera, si esa es la condición».

Y dicho y hecho. Se puso en contacto con mis padres a la hora que yo le indiqué a Ray que no habría nadie en casa y les dejó un mensaje en el contestador explicándoles la situación:

«Buenos días. Soy la señora Broad. Me pongo en contacto con ustedes porque me lo ha pedido mi hijo, para lo de la fiesta. Solo quería decirles que no deben preocuparse lo más mínimo. Ray es un buen chico y cuidará de Melissa. Jamás me ha defraudado celebrando una fiesta, incluso recogen todos antes de marcharse. Solo les permito la bebida que dejo en casa, así que, entre nosotros, eso no les dará para ninguna borrachera. Yo voy a estar fuera, pero mi vecina de al lado estará pendiente por si se pasan con el volumen de la música, para que no molesten al vecindario. Nunca se ha dado el caso, pero me quedo más tranquila si dejo una espía que me mantenga informada en todo momento. Es de las que les gusta un buen cotilleo, ya me entienden, ¿no? ...»

Y sí, les sirvió. Se quedaron algo más tranquilos. Solo que aquella señora no era la señora Broad, sino alguien interpretando aquel papel telefónico a cambio de unos cuantos dólares que entraban también en el presupuesto de todos.

Lo peor fue tener que explicarle a Ray por qué mi madre hizo alusión a nuestra relación. Por lo visto, llamó de vuelta y dejó un mensaje también en su contestador. Suerte que, casualmente, no se encontraba su madre real y pudo borrarlo a tiempo.

—Fue solo para... cubrirme la espalda cuando Irwin se enteró de lo de Alan. Pero se lo aclararé hoy mismo, si tanto te molesta. Les diré que hemos cortado y que solo somos amigos.

—No, mejor no. Podrían replantearse lo de la fiesta, justo ahora que los hemos convencido. No merece la pena arriesgarse.

—Entonces, después de la fiesta corto contigo. ¡Prometido!

Se le escapa una sonrisa y un hoyuelo.

—¿Qué pasa ahora? —le pregunto.

—Nada. Me ha hecho gracia. Llevamos un mes saliendo y ahora me entero.

Me muerdo el labio para no decir algo que pueda sentarle mal. Desde que estamos organizando la fiesta, nuestra relación ha mejorado un poco. No es tan seco conmigo. Sobre todo, cuando Audrey no está delante. Yo procuro hacer lo mismo, para que no lo pague con él. A ella no le hizo ninguna gracia lo de la fiesta por mi cumpleaños. Le repateó, de hecho, tal y como esperaba. Pero entre todos (menos yo) la convencieron. Lo de mi cumpleaños era lo de menos, le dijeron, solo sería una fiesta entre amigos. Asistiría incluso gente que ni conocía, previo pago de una entrada para cubrir los gastos, claro. Le íbamos a sacar un pico.

—Bueno, tengo que irme a entrenar —digo finalmente.

—Te acompaño. Yo también tengo entrenamiento.

Lo sé perfectamente. Siempre coincidimos en el aparcamiento a la salida. Él sube a su moto, y

yo al coche de los Chanson. Solo lleva a Irwin de paquete los días que no entrena, que terminan a la misma hora. Los veo pasar frente a mi parada de bus. Ella aprovecha para recostarse sobre su espalda, mirándome fijamente. Lo cierto es que consigue su objetivo, que la odie todavía más.

Pero esta tarde, Ray me sorprende:

—Si quieres luego te acerco y así no tienes que coger el bus.

—No te preocupes. Los días que tengo entrenamiento, Luke me lleva en su coche.

—Como prefieras. Pero ¿tus padres no se extrañan de que llevemos un mes saliendo y nunca me vean contigo?

—Bueno... Sí... A veces me preguntan. Les digo que estás liado y que ya nos vemos en el instituto y por ahí cuando salgo.

—Pues vamos a darles hoy una razón para no sospechar, ¿vale?

—Está bien. Pero ¿no va a molestarle a Audrey?

Sé que no debería importarme lo que ella piense; pero, desde que están juntos, me ha dejado un poquito más en paz. Supongo que se sentirá realizada, y la verdad es que se agradece esta especie de tregua.

—No tiene por qué enterarse.

—Crucemos los dedos entonces —le digo—. Aunque me siento como si acabáramos de nombrar a Voldemort.

Se aleja riendo en dirección a los vestuarios masculinos, y yo entro por la puerta de los míos.

Amy: ¿qué vas a ponerte para el cumpleaños?

Yo: Aún no lo he pensado.

Amy: ¡Pero si es esta noche! Creí que te habrías comprado algo nuevo que estrenar.

Yo: Me pondré cualquier cosa.

Amy: Si estuviera invitado Alan, apuesto el culo a que ya tendrías el modelito seleccionado fuera del armario.

Yo: ¿Sabes que ayer hablamos?

Amy: ¿En serio?

Yo: Sí. Llegaba de clase y él salía de mi casa. ¿Te lo puedes creer? Había perdido sus llaves y no estaban sus padres. Por lo visto en casa tenemos unas de emergencia.

Amy: ¿Y te vio aparecer con Ray?

Yo: ¿Cómo sabes eso?

Amy: Me dijo James que te vio subir a su moto tras los entrenamientos. Como siempre te llevan ellos y sueles llegar tarde de ducharte, se sorprendió de que ni avisaras. ¿Has vuelto a las andadas, capullina?

Yo: Qué cuento tiene Chan, pero si le envié un mensaje avisando. Ray solo fue amable conmigo, no hay nada más. Tenemos una especie de tregua por lo de la fiesta.

Amy: Pues cuando se entere quien ya sabemos...

Yo: Qué pereza, de verdad.

Amy: Y con Alan ¿qué?

Yo: Nada. Me saludó muy simpático. Se interesó por mis clases y ya está. Creo que tal vez he exagerado un poco las cosas, ignorándolo sin sentido, haciéndome la despistada para no saludarle y todo eso. Creo que empiezo a olvidarme de él. Además, ya prácticamente no vive aquí y ni lo echo de menos.

Amy: No te estarás colgando por Ray, ¿verdad?

Yo: ¿Y qué tendría de malo?

Yo: Lo digo por preguntar. No es que me esté pillando.

Amy: Con lo grande que es el instituto... ¿No hay ningún chico disponible en el que puedas fijarte?

Horas más tarde, mi padre me deja en la puerta de Ray. Hubiera preferido ir en el coche de los Chanson, con Amy y James, pero le ha enviado mi madre, obligado, para asegurarse de que todo sea como la supuesta señora Broad les explicó por teléfono. Al menos tiene el detalle de no entrar a echar un vistazo, cosa que también le sugirió antes de cerrar la puerta.

Cuando se aleja su coche, antes de entrar al porche de la casa de Ray, veo aparecer el de Alan. ¿Qué hace él aquí? De la parte trasera desciende Audrey, con un vestido negro ajustado y unos tacones que a duras penas le permiten mantener el equilibrio. Decido entrar a toda prisa, no quiero encontrarme cara a cara con ella y mucho menos con su hermana. Pero en ese instante los ojos de Alan se me cruzan y abre la puerta delantera. Le retiro la mirada y por el rabillo del ojo veo que Rebecca le sujeta del brazo soltándole un mensaje con su tono típico de sargenta: «¿Se puede saber adónde vas?». Sigo caminando sin mirar atrás.

La música está a un volumen discreto, y me alegro por ello. Gracias a ese detalle, mi padre se ha marchado tranquilo y podrá darle un parte favorable a la controladora cuando llegue a casa, sin la necesidad de suavizarlo por sí mismo. Para estas cosas es mucho más flexible que ella. Suele ponerse con más facilidad en mi pellejo y en mi mente adolescente. A veces, cuando mi madre se pone estricta y se niega a ceder un milímetro, él le sale con alguna frase del tipo: «Que tú fueras una inconsciente a su edad, no significa que tu hija vaya a seguir tus pasos». A ella le molesta que suelte frases de ese tipo. Dice que es como darme carta blanca para hacer lo que me apetezca. Pero termina riéndole la gracia y suelen acabar contándonos las batallitas de su época: lo que les estaba permitido hacer, lo que hubieran disfrutado si hubieran tenido los privilegios que tenemos nosotros, lo que era mejor antes y que ahora nos perdemos por haber tantas formas de divertirse, que nada nos sorprende. Aunque, al final, acabamos llegando a la conclusión de que tuvieran menos o tengamos más, a esta edad terminamos divirtiéndonos del mismo modo: una fiesta, música, bebida y amigos.

Llamo al timbre. Antes de que me abran tengo a Irwin pegada a mi oreja.

—¿Recuerdas aquel mensaje que te envió mi hermana? Pues, si vuelves a subir en la moto de mi chico, tendrás las mismas consecuencias, ¿capisci?

Se abre la puerta cuando está pronunciando la última palabra. Cómo me alegro de que me

hayan ahorrado un «¡Que te den, Irwin!».

—¡Ya está aquí la cumpleañera! —Es Luke quien nos recibe. Lleva su pelo rubio cortado casi al dos, como Ray. Aunque a Broad ya le ha crecido un dedo, por lo menos, y está más guapo que nunca.

Mierda. Creo que al final va a ser verdad que me está empezando a gustar seriamente.

—¡¡Audreyyyy!! —dice al instante el rapado, comiéndosela con los ojos. Se gira, para admirar su trasero, cuando ella se quita el abrigo y pasa de largo sin hacerle ni caso, pero contoneándose de forma coqueta delante de él y mostrando su espalda, que la lleva completamente al descubierto y el pelo recogido hacia un lado para que ese detalle no le pase inadvertido a nadie. Él la sigue como un perrito faldero en cuanto cierra la puerta.

Por todos es sabido que a Luke le van todas, por ello no me sorprende su reacción en absoluto.

Dejo mi abrigo en un armario ropero que descubro medio abierto en la entrada. Al final no me he arreglado demasiado, llevo un vestido de punto gris con el cuello en forma de barco que de vez en cuando se debate entre caerse de un hombro, para dejarlo visible, o del otro, y ajustado a la cintura por un cinturón de cuero negro; y en los pies, unas Dr. Martens clásicas, que ha sido el regalo de cumpleaños de mis padres. Es lo único que estreno. Repito con el pelo suelto para diferenciar mi estilo del habitual de diario: moño, coleta, coleta, moño... Aunque a veces me sorprendo recogiendo en una trenza.

Saco mi teléfono del pequeño bolso bandolera que llevo colgado y veo que tengo varios mensajes. Hay uno que llama poderosamente mi atención:

Alan: ¡Feliz cumpleaños! Iba a decírtelo en persona, pero has entrado tan deprisa.

Yo: Gracias. No te he visto.

Alan: Llevo mucho tiempo queriendo decirte que siento la charla de aquel día. También estuvo mal por parte de Audrey lo de culparte de su ojo morado.

Yo: No sabía que te hubieras tragado mi supuesta mentira.

Alan: Sí. Lo siento. Aunque reconozco que usé mis propias fuentes.

Yo: ¿Significa eso que ya no soy tan niñata como pensabas?

Alan: Bueno, ahora eres toda una abuela de dieciséis. Pero cuidado con el alcohol, que nos conocemos.

Yo: La verdad es que le he cogido el gustillo.

Alan: Lo digo en serio, Mel.

Yo: Ya no eres mi canguro.

—¿Vas a entrar a tu fiesta o piensas pasarte la noche enviando mensajes?

Es Ray apoyado sobre el marco de la puerta del vestíbulo, por donde minutos antes he perdido de vista a Luke y a Irwin. Lleva una camiseta blanca de manga corta con el dibujo de dos porciones de pizza bajo la inscripción: «Pizza addict», y unos vaqueros azul oscuro. Solo a él podría quedarle tan sexy una camiseta con ese dibujo. O solo a mí podría parecerme sexy esa camiseta en él. Pero en este momento entregaría mis botas, que es la mayor posesión que llevo encima, por una ración de esa pizza que tengo delante.

La música ha subido unos cuantos (muchos) decibelios, se ve que ya no hay padres a la vista por los que disimular. Me pasa un vaso de plástico cuyo contenido parece Pepsi. Él tiene otro

igual. Los chocamos para brindar por lo bien que ha salido todo al final y damos un trago.

—¿Qué demonios le has echado a esto? —me quejo, arrugando la nariz.

—Unas gotitas de ron.

—Sabe a la colonia que usa mi abuela.

—¿Es que la has probado? —pregunta riendo.

—Es una forma de hablar.

—Disfruta, Melissa Grimm. No se cumplen dieciséis años todos los días —lo dice tan cerca de mi oído que sus labios me rozan y mi piel se eriza.

El juego de la botella

Dos vasos de colonia más tarde, nos encontramos jugando al juego de la botella sobre la alfombra del salón. Luke ha conseguido que su tirada apunte directamente a Lana en dos ocasiones, cosa que ya huele a tongo. Ella se ha quejado en ambos casos, sigue coladita por Tomas. Creo que es la única que no se ha dado cuenta de que a él quien le gusta en realidad es Carlson. Cuando llega mi turno, la botella apunta a... no... ¡mierda!

—Paso.

—Pues anda que yo —responde Irwin.

—Si pasas tienes que pagar prenda —confirma Louis Carlson.

—¡Las dos pagarían! —agrega Luke—. Son las reglas. Lo hemos advertido al principio.

—Y si también pasamos de pagar prenda, ¿qué? —lo desafía ella.

—¡Al agua! —gritan unos cuantos a coro.

—Pero ¿qué coño decís?

—O algo peor.

—¿Cuál es la prenda? —pregunto.

—La tuya, pasar la noche con... Broad.

—¡Y una mierda! —protesta Irwin.

—¡Imposible! En dos horas estoy en mi casa —respondo.

—Pues besaros —decide Carlson—, y Audrey lo mismo, pero con Luke.

—¡Eso es una chorrada! —agrega Luke—. No es pagar prenda. De toda la vida pagar prenda es algo más gordo, no un beso.

—¿Y qué propones? —se interesa Lana—. ¿Que se lo monten sobre la alfombra mientras miramos?

—Estáis fatal... ¡Yo paso!

Me levanto con intención de abandonar el juego.

—¡A por ella! ¡A por ella! ¡A por ella! —corean algunos al unísono.

—Vuelve, Melissa —me pide Louis—. Si te niegas a besarte con Audrey o a pagar prenda, van a insistir en que te lancemos al agua. Vestida. ¡A seis grados! ¿Estás segura?

Me doy la vuelta convencida de no querer un chapuzón a esas horas y menos a finales de octubre.

—¿Cuál es la prenda? —pregunto, resignada—. Y me niego a lo de la alfombra.

—Yo he cambiado de opinión y prefiero el beso que nos ha tocado —anuncia Irwin, muy decidida.

—Pues sí que confías poco en tu relación para estar dispuesta a besarte con Grimm —añade Luke riendo—. ¿Tú qué dices, Mel? Has sido tú quien ha girado la botella. La decisión es tuya.

No estoy dispuesta a darle un beso a Irwin, puaj. Si fuera otra, no me importaría tanto. ¿Pero ella?

—Pago prenda —decido, no muy convencida.

—¡Prenda! ¡Prenda! ¡Prenda! —corean unos cuantos, bastante animados por mi decisión.

—Tienes que pasar una hora con Broad en su cuarto. Podéis hacer lo que queráis. ¡Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas! —propone Carlson, con el soniquete típico de querer transmitir complicidad.

—¿Y por qué tiene que ser Broad? —pregunto, para sorpresa de todos. Incluidos Audrey y el propio Ray, que me mira de un modo extraño.

He pensado que provocar la ira de Irwin podría perjudicarme a niveles insospechados. Desde la amenaza de Rebecca, creo que estas dos son capaces de cualquier maldad con tal de salirse con la suya. ¿Merece la pena arriesgarme por una hora a solas con Ray?

—¡Exacto! —agrega enseguida ella, encantada con mi propuesta—. ¿No lo podemos votar?

—O lo decido yo, que me ha tocado girarla.

—Para ser justos —agrega Mandy—, que lo decida ella misma.

—Elijo a Luke.

—¡Toma! —se anima él—. ¡Hoy es mi día, amigos!

—¿Y Audrey con quién? —pregunta alguien.

—Ella no paga —responde Carlson—. Estaba dispuesta a cumplir con el beso y queda liberada.

Mientras Louis está hablando, Chanson me coge como un saco de patatas sobre su hombro y se dirige a la escalera que conduce a los dormitorios.

—¡Suéltame, Luke!

Voy pataleando y golpeándole el trasero. Los demás se ríen a carcajada limpia. No veo sus caras, pero deben de estar pasándoselo bien a mi costa. Meto mi móvil en su bolsillo trasero, tengo miedo de que se me caiga mientras intento hacerle cosquillas por los costados, y mi bandolera se ha quedado aprisionada entre nosotros. Pero nada. No hay manera. Es una mole con patas y no consigo zafarme. Cuando llegamos al último escalón, aparecen por el pasillo de la primera planta James y Amy.

—¡Chan, dile a tu hermano que me baje inmediatamente! —le exijo.

—Mira que te gusta hacer el payaso, Luke —le recrimina este mientras me ayuda a bajar.

Me coloco el vestido en su sitio y recupero mi móvil.

—¿Qué pasa? ¿Adónde vais? —se interesa Amy.

—Nada, el juego ese de mierda de la botella: tenemos que estar encerrados una hora o me lanzan a la piscina.

—¿Y vosotros dónde estabais? —les pregunta Luke.

Ella se pone roja como un tomate.

—¿A ti qué cojones te importa? —le responde su hermano, dándole un pequeño toque en el brazo y con un tono divertido en su voz.

—Oye, ¿nos traéis algo de beber y picar? —les pido, antes de entrar en el dormitorio.

—¡Oído cocina! —responde Chan.

Pero nadie sube a traernos nada.

Luke se tumba sobre la cama y reclama lo suyo, medio en serio medio en broma. Yo me limito a dar vueltas por la habitación de Ray. Es tan desastre como yo. Nada que ver con la habitación de Alan. A diferencia de él, también, no tiene fotos: ni de Audrey, ni de amigos, ni familiares... Nada. Como si acabara de mudarse y no hubiera desempaquetado aún sus pertenencias. Solo hay una

estantería con libros, una mesa de escritorio repleta de apuntes y cuadernos, un perchero de pie que amenaza con venirse abajo por la montaña de ropa que cuelga sobre él, y un pequeño sofá de dos plazas frente a un televisor conectado a una PlayStation. Cojo uno de los mandos.

—¿Una partidita para matar el tiempo? —le insinúo.

—Paso. No me van los videojuegos.

—A mí tampoco.

Se ha quitado los zapatos y está tumbado sobre la cama.

—Si estás esperando a que vaya a retozar contigo, lo llevas claro.

—Relájate, Mel. Tenemos que estar aquí metidos una hora, vamos a ponernos cómodos al menos, ¿no?

Me quito las botas y me siento a su lado, con los pies extendidos sobre la cama. Él se incorpora hasta quedar sentado a mi lado. Coge su teléfono y empieza a consultar sus mensajes, justo lo que estoy haciendo yo.

—¿Qué hay exactamente entre Broad y tú?

—Nada. ¿Por?

—No para de enviarme mensajes amenazantes sobre si te toco un pelo. ¿Por qué rompisteis?

—No fue así exactamente. En realidad, nunca llegamos a salir.

—¿Y por qué no lo has elegido a él? Está claro que entre vosotros hay más *feeling* que conmigo.

—¿Y provocar a la bestia? ¡No, gracias!

—Si es por eso, yo podría haberla entretenido.

—¿Queda alguna chica en el instituto a la que no hayas intentado conquistar, Chanson?

—Quitándote a ti... No.

Noto que un pie suyo está invadiendo mi espacio de una forma sospechosa.

—Sabes que lo nuestro es imposible, ¿verdad? —le digo antes de retirarlo.

—Pero al menos podríamos fingirlo un poco. —Lo miro extrañada—. Ganaríamos todos.

—¿Por qué lo dices?

—A ver, sin rodeos: está claro que entre Broad y tú hay algo. Y a mí me encantaría rematar lo que empecé con Audrey.

—¿De qué estás hablando?

—Desde que apareció Broad en el instituto, no ha vuelto a ser la misma conmigo. Antes se le caían las bragas por mí, pero fui un capullo. Iba detrás de todas porque sabía que la tenía ahí, a mano, dispuesta, y que nos enrollábamos cuando me apetecía.

—¿Lo dices en serio? ¿Audrey y tú? Jamás lo habría imaginado.

—Ya. Lo hemos llevado en secreto. Pero ahora pasa de mí.

—El típico cuento del cazador cazado, ¿no?

—Lo sé. Encima, este verano me he enrollado con su mejor amiga, en plan desesperado, y creo que la he cagado más aún.

—¿Y Ray sabe algo de esto?

—Si no se lo ha contado ella, no.

—¿Y me estás proponiendo lo que creo?

—Sería un trato justo, ¿no? Tú consigues a Broad; y yo, a Audrey.

—Pero si esa estrategia te ha fallado ya con su amiga —le digo riendo.

—Contigo funcionará. Se pilló más por Broad cuando tú entraste en escena. No ha vuelto a mirarme desde entonces.

—Olvídalo, Luke. Además, lo nuestro no se lo iba a tragar nadie.

—Ya lo creen. —Me muestra la pantalla de su teléfono—. Acabo de postear una foto en Instagram de nuestros pies retozando en la cama.

—¡Tú eres idiota, tío! —Le propino un empujón y casi se cae de la cama—. Sabes que voy a tardar un minuto en desmentirlo en cuanto bajemos, ¿verdad?

Vibra mi teléfono.

Ray: ¿En serio era necesario esto?

Yo: Si no recuerdo mal, tú fuiste el cabecilla en proponer el juego de la botella.

Ray: No vi que te negaras a jugar. Hay gente que no ha participado.

Yo: ¿Lo propusiste para que yo no participara?

Ray: No es eso lo que quiero decir. ¿Por qué lo has elegido a él?

Yo: ¿Y a ti qué más te da?

Ray: No sabía que fueras tan fácil. Has tardado dos minutos en liarle con él.

Yo: ¿Eso piensas?

Ray: A mí me besaste en cinco minutos y con mi novia delante, no sé de qué me sorprende ahora.

Cierro la aplicación y lanzo el teléfono con furia sobre la cama. Rebota y cae sobre la moqueta. Me pongo las botas y ato los cordones a toda prisa.

—¿Qué coño haces? Aún faltan veinte minutos.

—Esto es una mierda. Me largo.

—¡No puedes largarte, nos tirarían al agua! —intenta sujetarme de una mano para que no consiga abrocharme la otra bota—. Ahora estamos los dos metidos en esto, no pienso permitirlo.

Suena una retahíla de mensajes entrando en mi móvil, pero me niego a leerlos. Seguro que son de Ray escupiendo más estupideces. Pero ¿qué coño se ha creído? ¿Con qué derecho me pide explicaciones? ¿Acaso soy de su propiedad? Y encima se atreve a insultarme de esa forma tan rastrera. Recupero el teléfono y lo guardo en mi bandolera cuando consigo zafarme de las manos de Luke, que sigue insistiendo en no dejarme marchar.

Oímos voces tras la puerta: es Irwin diciéndole a alguien que no entre, que luego cogerá lo que sea, y que falta poco para que salgamos. Deduzco que es a Ray a quien se lo dice. Chanson me pide mediante gestos y en susurros que me siente junto a él, como estábamos antes, para fingir que nos pillan infraganti. Tiene los ojos brillantes y se tapa la boca para no reírse. Me dice al oído que me quede tranquila, que después apoyará mi versión cuando bajemos.

Sé que la puerta puede abrirse en cualquier momento, creo que están medio forcejeando fuera. El corazón se me ha acelerado un poco, de la frustración y la rabia por lo que me ha escrito. Me estoy planteando tomar la peor decisión que se puede tomar en estos casos: dejar que tenga razón, en vez de hacerle pagar por sus insinuaciones con la verdad por bandera. Pero necesito hacerlo. Estoy tan dolida por su mensaje, que lo único que quiero es vengarme.

¡A la mierda mi dignidad!

Necesito hacerle daño.

Si de verdad siente algo por mí, quiero que le duela.

Miro a Luke, más decidida que convencida, antes de sentarme a horcajadas frente a él para aceptar su juego. Lo beso con toda la intensidad que me es posible, dado que no siento nada; pero consciente de que ya no estamos solos en la habitación. Permanezco muy atenta al murmullo

ahogado que acabo de oír a mi espalda, por la sorpresa que han recibido ambos. Las manos de Luke se pasean por mi trasero mientras me besa de una forma descarada. Ha abierto los párpados para mirarlos, él los tiene enfrente. Sus ojos reflejan la traición hecha realidad. Sus manos intentan colarse ahora bajo mi vestido. Después, un portazo.

—Bueno, ya es suficiente, Chanson.

Me separo enseguida de él y bajo de la cama. Coloco mi vestido en su sitio.

—Joder, Grimm.. ¡Ha sido la hostia! Aún nos quedan cinco minutos, podemos... —Utiliza un tono en su voz que pretende parecerme seductor y levanta las cejas simultáneamente.

—¡Ni lo sueñes! Y no estamos saliendo, ¿eh? Esto solo han sido Las Vegas. Fin de la actuación.

—En dos días tienes a Audrey meándote las esquinas por mi territorio —me informa, encantado de la vida y de conocerse.

—O sacándome los ojos.

—¿Por qué te has prestado al final?

—Para algo están las amigas, ¿no?

Prefiero que crea eso a contarle la verdad. Aunque va listo si piensa que le va a funcionar la artimaña. Irwin está colada por Ray. Se ve a mil metros.

—¡Eh, los folladores! —Creo que son Tomas y Louis al unísono—. ¡Que ya podéis bajar!

—¿Necesitáis más condones?

Las fiestas no son lo mío

Al bajar la escalera me cruzo con Amy y le pregunto por qué no nos han subido lo que les pedí. Me responde que se lo confiscaron por el camino. Está intrigada por lo que ha ocurrido cuando ha subido Ray. Dice que lo ha visto bajar echando humo por las orejas. También que Audrey anda ahora medio borracha bailando en el salón con sus amigas, y que han tenido que traerla a rastras de nuevo a la fiesta porque iba decidida a marcharse.

Me alegra saber que han discutido. ¡Que se joda! Y esta vez lo digo por él.

No lo veo por ningún sitio. Tampoco lo estoy buscando, simplemente he echado un vistazo rápido. Me dirijo a la cocina a ponerme algo de beber, estoy seca.

Lo encuentro con Tomas, que está liándose lo que parece un canuto. Ray está sentado sobre la isla de la cocina, de espaldas a mí. Veo unas latas de refresco metidas en un cubo con hielo y cojo una, con la intención de salir de ahí lo antes posible. ¡Mierda! Es una cerveza. Antes de que me dé tiempo a cambiarla, tal vez por el ruido de los cubitos o por la mirada que me ha echado Tom, se gira y me pilla infraganti. No dice nada. Su mirada es tan fría como el hielo que estoy tocando y solo dura tres segundos. Enseguida vuelve a darme la espalda. Cojo otra lata y salgo de allí pitando, sin darme cuenta de que he pillado otra igual. Pero ya me da igual. No vuelvo a la cocina ni en broma. La abro y bebo un gran sorbo. Después otro. Así hasta que la termino, antes de entrar en el salón.

La música que suena ahora es del año de la polka, creo que canta Prince. ¿De quién será esta lista de Spotify? Me acerco al iPad en el que están los altavoces sincronizados y reviso las listas de reproducción: "Nuestra música Audrey y Ray".

Puaj, ¿se puede ser más patéticos?

—¿Y tú qué coño haces? —Es ella.

—¿Cambiar a una música de este siglo?

—¡Ni de puta coña se te ocurra tocar mi iPad, después de lo que le hicisteis a mi teléfono!

Barajo la posibilidad de hacerlo, pero me da tantísima pe... re... za..., que decido pasar. Cojo un trozo de tarta de chocolate, acaba de dejarla en la mesa un tío que no recuerdo haber visto nunca, debe de ser de último curso o quizás universitario. Me siento en una silla a comerla. No puedo creer que hayan sacado la tarta así sin más, habría sido un detalle poner unas velas.

Veo a Luke en la otra esquina, sirviéndose un mejunje de dudoso color que habrán inventado los de la cocina. Está repantingado en el sofá situado junto a la ventana. Mandy le da conversación y se ríen de algo que él le ha dicho al oído, mirándome. Le estará contando lo de nuestro escarceo en la habitación de Broad. Me la suda tanto...

En la mesa que tienen enfrente, hay una pila de vasos de plástico sin usar. Agarro la botella que acaba de soltar él y lleno uno. Es la colonia del principio, solo que más cargada y dulzona. Me dejo caer en un sillón individual que acaban de dejar libre y consulto mis mensajes. Abro el chat de Ray. Tengo cinco sin leer después de los que nos escribimos cuando estaba en su habitación con Chanson.

Ray: Perdona, no quería decir eso.

Ray: No lo pienso realmente.

Ray: Lo siento.

Ray: Eooooooo.

Ray: Voy a subir.

¡Maldito gilipollas! Encima me mintió. Estaban saliendo cuando lo del cine, y yo tachándola de loca. Me alegro de lo que ha pasado en la habitación. ¡Que se joda!

Bebo otro trago del mejunje de mi vaso y me incorporo para coger la botella y llenarlo de nuevo; pero noto un mareillo al levantarme y decido sentarme.

Miro hacia la pista improvisada y me parto de risa con lo que ven mis ojos: alguien le ha dibujado a Irwin una polla en la espalda. Decido hacerle una foto para subirla a Instagram y me sitúo tras ella. Pero no para de bailar, y no acierto a enfocarla. No estoy segura de si es ella la que se mueve o si soy yo. Tal vez ambas. Me entra la risa floja. Me estoy muriendo a carcajada limpia yo sola. En mi vida me había reído tanto. Creo que voy a mearme literalmente.

—Pero ¿de qué se ríe esta idiota? —le dice a su amiga. Me miran con desprecio y a mí me la suda todo. Suelto otra risotada. Creo que ya ni las odio. Estoy a un tris de abrazarme a ellas para bailar juntas.

Alguien me agarra y me saca de allí. Es Amy.

—Pero ¿qué te pasa, Mel?

—Necesito mearme —le digo descojonada.

Se ríe y me acompaña al servicio. Está ocupado. Subimos al de arriba. Está ocupado también. Me lleva al que está en la habitación de la madre de Ray.

—Ni se te ocurra vomitar, Mel. Ray nos ha prohibido entrar en este dormitorio. Yo me quedo fuera vigilando por si viene, ¿vale? ¡Date prisa!

Me siento en la taza y me caigo dentro, había subido también la rosca sin darme cuenta. Creo que me he golpeado la cabeza, pero no paro de reír. Estoy tan tronchada de risa que hasta me cuesta coger aire. Tiro del papel higiénico para coger un trozo y sale el rollo rodando. Sigo tirando de la parte que tengo en la mano, con la intención de acercarlo hasta mí y volver a colgarlo en su sitio; pero sigue desenrollándose desde la otra punta donde ha ido a parar y no viene, solo se va desenrollando más y más... Y yo a carcajada limpia, sin saber ni por qué me río. Al final recupero el rollo e intento ponerlo en el portarrollos; pero, como no atino, termino dejándolo sobre la cisterna con todo el resto desenrollado, colgando y hecho un gurrúño en el suelo, como si fuera un merengue de papel derretido.

Cuando termino de hacer el idiota y estoy lavándome las manos, se me ocurre una maldad. Saco mi lápiz de labios de la bandolera y hago una réplica sobre el espejo del tatuaje que le han dibujado a su novia en la espalda. Y no contenta con eso, le escribo un mensaje con el móvil:

Yo: Gracuas por la fiesta pero tihan fatado las felas de mi tarta.

Yo: Est noche tela pueds medrir con tu novai aver quelatiene mas largra.

—Mel, ¿sales ya o qué? —Intenta entrar—. ¿Por qué has cerrado con cerrojo? —Aporrea la puerta—. ¿Mel?

—Vooooooyyyy —respondo al estilo balleno de Dori y riendo a carcajadas porque acabo de mirarme en el espejo y he visto la polla de nuevo, reflejada ahora en mi cara. Se me había

olvidado que estaba ahí.

Me vibra el teléfono en el bolso y suena un aviso de mensaje:

Alan: ¿Mel?

—¡Es Alan! ¡Me ha escrito Alan! —informo a Amy cuando finalmente abro la puerta.

Alan: ¿Has bebido, mocosa?

—¿Cómo lo sabe?

—¿El qué? —me pregunta mi amiga.

Yo: Ni una bota.

Entra una llamada al instante.

—Alaaaaaaaanmmn —le grito, con mi voz mezclada entre el barullo de la música. Algunas chicas están cantando *There's nothing holdin' me back* a coro en el salón.

—¿A qué han venido esos mensajes?

Intento agarrarme bien a la barandilla para no caer escalera abajo.

—¿Qué mensajes?

Entro en el salón siguiendo a Amy, pero creo que la he perdido.

—Pues no sabría decirte, no he conseguido descifrarlos.

—Espera... que... he perdido a Amy... ¡Ay, mierda! He tropezado con una lámpara. —Creo que acabo de tirarla y la he lanzado de un puntapié—. ¡Era una bola de dragón! —grito al teléfono—. Ehhhh, ¿puede alguien recuperar esa bola? —pregunto a los que tengo a mi alrededor, pero con la boca pegada al teléfono. Acabo de pellizcar unas migajas que quedaban de la tarta, al pasar—. Se la han zampado entera, Alan. Es la mejor tarta de cumpleaños que he tenido.

—Estás fatal, Mel. ¿Van a ir tus padres a recogerte?

—Nop.

—¿Quieres que vaya a buscarte?

—¿Para que me descuartice tu novia?

—En serio, Mel, ¿quién te lleva?

—Pues... Luke —digo al azar—. Nos hemos besado, ¿sabes? No es mi novio, ha sido por joder a Ray, como a ti aquel día; pero eso ya da igual, tu novia quiere joderme la vida y yo quiero a Ray, pero no se lo digas a tu otra Irwin o si no capisci.

—Mel, ¿de qué cojones estás hablando?

—Shssss, no debemos pronunciar su nombre, está en todas partes.

Me tambaleo un poco y me apoyo en el marco de la puerta de espaldas al salón.

—¿Está por ahí Luke? Dile que se ponga.

Miro a mi alrededor, pero no lo veo. Localizo a James.

—¡Eh, Chan! ¿Dónde está Luke?

—Durmiendo la mona.

—Con una mona —le digo entre risas.

—¡No habrás fumado!

—Joder, nooo. Solo me he tomado un vaso de colonia.

—No te muevas de ahí. Voy a buscarte.

—¿Y a tu cuñada también? Lleva dibujada... —me doblo para reírme, no me salen las palabras —... lleva... ¡Ay, no puedo con la risa! Espera un segundo... —Me agacho otra vez y me caigo de culo descojonada... Ya, ya me sale... —Trato de levantarme—. Ahora... Te lo juro... —Sigo a

carcajada limpia, sin conseguir ponerme en pie—. ¡Tiene una polla en la espalda! —consigo decir finalmente—. ¿Me has oído, Alan?

Creo que ha colgado.

—¿Alan?

Alguien me levanta del suelo. Son Ray y Tomas, que me llevan a la cocina.

—¿Se puede saber qué has tomado?

—Una cervecita así de chiquitita —les indico con los dedos, dejando un hueco de un centímetro entre el pulgar y el índice.

—¡Y una mierda! Estás colocada, tienes las pupilas dilatadas —afirma Tomas.

—¿Has comido brownie, Melissa? —me pregunta Broad.

—No he soplado mis velas. ¿Las encendemos ya?

En ese momento suena mi teléfono, que llevo en la mano todo el tiempo. Cuando miro la pantalla veo a mi padre en ella.

—¿Habéis visto qué guapo es?

Antes de que les dé tiempo a quitármelo, he cogido la llamada.

—¡Hola, papiii!

—¿Todavía estás en la fiesta? Pensábamos que ya estarías de camino.

—Justo ahora voy a soplar las velitas, papá, ¿puedo? —se lo pido poniendo morritos, como si pudiera verme.

—Vale, pero... no tardes mucho. Tu madre está algo inquieta.

—Es que Luke está con la mona durm...

Ray me lo quita bruscamente y me deja con la palabra en la boca.

—Señor Grimm, soy Ray. No se preocupe, vamos a soplar las velas y recogemos. Tardaremos un poquillo más porque voy a llevarla yo, que no he bebido. Chanson se ha tomado varias cervezas y va a quedarse a dormir en casa.

—Me parece buena idea. Gracias, Ray.

Cuelga el teléfono y se lo mete en el bolsillo trasero del vaquero.

—Debemos hacer que vomite —le dice a Tomas—. Como llegue así se la va a cargar. Y yo también, de paso.

Me llevan al servicio que está junto a la cocina y me dicen que me provoque el vómito. Vuelve a darme la risa floja al intentar introducirme los dedos en la boca y no consigo cumplir la misión. Tom me pasa una taza con café y no sé qué otra cosa dentro. Dice que me lo beba de un trago. Lo hago. Me da una arcada, pero tampoco lo consigo.

—¡A la ducha!

Casi todo el mundo está marchándose, incluida Amy. Chan está discutiendo con su hermano para que le dé las llaves de su coche. No tiene el carné, pero sabe conducir. Tomas le dice a James que las llaves están en el primer cajón de la cocina, por lo visto se las habían confiscado.

Hay gente recogiendo vasos y botellas por el salón. Audrey acaba de colgarse el bolso y va con sus inseparables por el pasillo que conduce a la salida.

Subimos las escaleras en dirección al baño de arriba, que está junto a la habitación de Ray. He subido por mi propio pie. Lo único que me diferencia de ellos es la risa contagiosa que me da en cuanto algo se sale de su sitio. Pero me noto con los pies más en la tierra que hace un rato. Soy consciente de todo, solo que me da igual ese todo.

—¿Quién se ha llevado la polla? —digo nada mas entrar, mirándome al espejo. Tom se desternilla de risa. Dice que la polla soy yo.

—La polla es Irwin —agrego riendo—. ¿Has visto su polla Ray?

Me mira poniendo los ojos en blanco y saca una toalla del armario que está bajo el lavabo. Abre el grifo de la ducha y regula la temperatura.

—¿Crees que podrás ducharte sola?

—¿Es que quieres ducharte conmigo?

Aparece Louis Carlson en la puerta.

—¿Tom, te llevo o te quedas? Se ha largado ya todo el mundo.

—¿Te importa si me voy? —Tom se dirige a Broad—. ¿O necesitas ayuda con ella?

—No, no te preocupes. Pero os acompaño abajo. Voy a ver si queda alguien por ahí y me ayudáis a echarlo.

Me quedo sola. Estoy sentada sobre la tapa del inodoro y enseguida la estancia se inunda con el vapor del agua. Cuando me estoy quitando las botas, me suben unas ganas repentinas de vomitar y lo hago sobre el lavabo (no me daba tiempo a abrir la tapa del váter). No hay mucho que expulsar, no he comido nada y apenas he bebido. Abro el grifo para limpiarlo y enjuagarme la boca. Me remojó la cara de paso, y el cuello. Vuelvo a sentarme en el mismo sitio, pero de pronto, no sé por qué razón, me noto apagada y triste. No quiero meterme en la ducha. Siento una punzada en el pecho. Empiezo a ser más consciente de todo lo que me rodea. Me viene a la cabeza la escena en su habitación. Me pongo en pie de nuevo y, frente al espejo, observo mi rostro difuso. Paso la mano para quitar el vaho y descubro las pintas que tengo. La máscara de pestañas ha empezado a descender por el efecto del agua y se ha desplazado a la zona de las ojeras. Me siento sucia y dolida. Sucia por haberme besado con Luke solo por venganza. Dolida por la traición de Ray: por los mensajes donde me acusa de facilona, por decirme que lo besé con su novia delante, por permitirme que lo hiciera, por mentirme después, asegurando que habían cortado previamente. ¿Qué clase de mentiroso es?

Llaman a la puerta.

—Melissa, ¿estás bien? —pregunta su voz.

—Sí, ahora salgo.

Cierro el grifo de la ducha, que seguía corriendo, y abro otra vez el del lavabo. Me lavo bien la cara, usando jabón esta vez, y bebo de mi mano. Sigo notando mal sabor de boca. Cojo un poco de pasta de dientes y utilizo mi dedo a modo de cepillo improvisado.

Cuando bajo la escalera, encuentro a Ray casi terminando de recoger el desastre que hemos dejado. Suena el timbre de la puerta y la abre con un gesto de extrañeza. A mí también me intriga, la verdad.

—El caballero en busca de su princesa, cómo no... —comenta Ray entre dientes, cerrando después cuando Alan ya está dentro.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—He quedado en venir a recogerte, ¿recuerdas?

Recuerdo que hemos hablado por teléfono, ahora que lo dice, aunque no lo de que dijera que iba a venir.

Es la primera vez que los tengo a los de ese modo, frente a mí. Los dos chicos que me gustan: tan iguales dentro de mi cabeza y tan distintos entre sí. Ahora mismo, si tuviera que elegir a quién tener siempre a mi lado, escogería a Alan. Esta tarde, sin embargo, tras mi conversación con Amy,

pensaba exactamente lo contrario. Me recordaba subida en su moto, rodeándole con mis piernas y abrazada a su cintura, sintiendo esas vibraciones que me dejaron loca. Las mismas que experimenté la noche que Alan se quedó a dormir en casa. El contacto físico entre Alan y yo nunca ha sido tan directo como con Ray. Jamás nos hemos besado (fuera de mis sueños, claro). Pero miro sus ojos o sus labios y siento el hormigueo. Las ganas. El deseo.

—Le he dicho a tu padre que te acompañaría, creo que debo llevarte yo —propone Ray, atando una bolsa de basura.

—No, gracias. Prefiero ir con Alan.

—Pero...

—Es lo que quiero, Ray. Aunque puedo ayudarte a recoger, si quieres.

—No hace falta. Mañana me encargo de lo que queda. Solo estaba haciendo tiempo mientras bajabas —dice, ahora más distante.

Al pasar frente a la cocina, me acerco a un plato donde hay bagels con manteca de cacahuete y mermelada. Agarro dos y devoro uno de camino a la salida. Siento un hambre voraz.

No sé si estoy bien del todo, pero el puntillo gracioso lo he perdido.

—Gracias por la fiesta —digo con la boca llena y recuperando mi abrigo.

No dice nada, solo cierra la puerta cuando salimos.

El mellizo problemático

—¿Vuelven a pagarte mis padres para vigilarme? —le digo de camino al coche, también con la boca llena.

—Hoy vengo como *freelance*.

Acabo de ver una de esas sonrisas tuyas que compartía conmigo este verano y no puedo evitar que mi cuerpo vuelva a sentir un hormigueo. ¿Cómo es posible que horas antes, cuando llegué a la fiesta, sintiera un estremecimiento similar por el contacto de Ray hablándome al oído, y que ahora mi cuerpo reaccione del mismo modo ante la presencia de Alan?

—Pues te lo agradezco. No me apetecía que Ray me llevara, la verdad.

—¿Ya no estáis juntos?

—Nunca lo hemos estado.

Cuando llegamos al coche, me apoyo sobre el capó y le hago un gesto con el bagel en la mano para terminármelo antes de subir al coche.

—Sí, será lo mejor, no vayas a vomitarlo como aquel día las tortitas —admite riendo.

—Cierto.

Nos quedamos callados, yo masticando y él observándome. Le ofrezco un trozo, pero lo rechaza negando con la cabeza. Continúa mirándome y me siento algo incómoda.

—Tengo una sed... Debería haber cogido alguna bebida también.

—Creo que tengo agua en mi bolsa del gimnasio.

Abre el maletero del coche y coge una mochila de la que saca una botella de un litro más o menos, y por la mitad de su contenido. Me la pasa.

—¿Fumas hierba?

Casi me atraganto con el agua al oírlo.

—¿Qué dices? ¡No!

—Olía la casa que echaba para atrás.

—¿Crees que si fumara me cortaría en decírtelo? —se lo pregunto con cierto tono de reproche

—. No eres mi padre, Alan. Deja de parecerte a él.

Sigo bebiendo, como si llevara tres días sin hacerlo.

—¿Por qué cree Ray que hay algo entre nosotros?

Sale disparado de mi boca un chorro disperso de agua.

—¿Qué?

—Cuando me ha visto aparecer, su comentario me ha olido a eso.

—Tal vez lo haya dicho porque me rescataste también la otra vez.

—Pues yo noto que se siente amenazado conmigo. ¿Alguna vez se lo has insinuado para llamar su atención?

—¿Te refieres a ponerle celoso contigo?

Afirma con la cabeza.

—Noooooo. ¡Qué dices!

—¿Y lo de hoy con Luke?

«¿Cómo coño sabe eso?»

—¿Irwin?

—Me lo has dicho por teléfono.

—¡Joder, menuda tajada llevaba! Espero que esta vez no existan pruebas gráficas.

—Me temo que sí.

Abro los ojos como platos con el último trozo de bagel en la boca. Sonríe con malicia y me pasa su teléfono con nuestro chat abierto. Aparece un vídeo que supuestamente le he enviado, y comienza con la espalda de Audrey en primer plano. Voy persiguiéndola y casi todo lo que se ve está desenfocado o movido, se escucha de fondo la música y a nosotras decir: «Quieta, quieta, ahora, nooo, mierda, se me ha ido, espera...». Eso es a mí, descojonada viva. Y a ella: «¿De qué se ríe esta idiota?».

También le he enviado otro vídeo en el que aparezco frontalmente mirando al espejo con el móvil para inmortalizar mi obra de arte. Creo que en realidad trataba de hacer una foto, porque se me oye decir fuera ya de cámara: «¡Jódete! A ver qué opina tu madre de esto. ¡Chúpame la polla!». Todo entre risas y vocalizando lo justo. ¡Mátame, camión!

—¡Joder! ¡Qué patético! ¿Y por qué cojones te he enviado esto a ti?

Sigo sin dar crédito a lo que acabo de ver.

—Lee los mensajes de después y lo entenderás.

Los leo.

«¡Mierda! Era a Ray a quien iban dirigidos.»

—Espérame aquí un momento —le digo.

Me bajo del capó del coche y corro a casa de Broad. Llamo al timbre con insistencia. Sale con mi móvil en la mano y me lo entrega. Ni sabía que no lo llevaba encima. En realidad, no he vuelto por eso.

—¿Qué haces aquí todavía? —me dice al entregármelo. No sé cómo decirle lo de mi dibujo en el espejo de su madre, para que lo borre—. Tu padre ha llamado hace diez minutos a tu teléfono y me ha echado una bronca de cojones. Le he dicho que estás a punto de llegar, que al final te ha llevado Alan y que has olvidado tu móvil.

—¿Le has dicho que me llevaba Alan? ¿Cómo se te ocurre decirle eso?

Me doy la vuelta para salir pitando. Si no me encierran de por vida por la hora, lo harán por mi chófer.

—¡Hay una polla en el espejo de tu madre! —grito, camino de la salida y sin mirar atrás.

—¿Qué? —escucho a mi espalda, pero ya estoy saliendo del jardín.

Le indico a Alan que ponga el turbo.

Ahora solo necesito un pretexto para justificar que sea él quien me lleva a casa. Piensa, Mel, piensa...

—¿Qué excusa les pondrías a mis padres sobre... por qué me has recogido?

Acaba de arrancar el coche, un poco desconcertado por mi prisa repentina.

—Que estabas fumada y me has enviado videos de tu vandalismo.

—¡Lo digo en serio, Alan! —grito, aunque me estoy riendo a carcajadas.

—Diles que me llamaste porque todos estaban bebidos.

—¿Y por qué no les llamé a ellos? Mi padre siempre me advierte de que jamás dude en hacerlo.

—Porque estabas fumada tatuando pollas a diestro y siniestro.

No para de reírse de sus propias coñas.

—Eh, que la de tu cuñada no ha sido cosa mía. A ver si estás pensando lo contrario, ¡que nos

conocemos!

—Diles que vinimos Becky y yo a recoger a Audrey y nos ofrecimos a llevarte.

¡Me parece una idea excelente! Al fin respiro aliviada.

—Por primera vez me alegro de que existan las Irwin.

—¿Por qué me has dicho antes que Rebecca quiere descuartizarte?

«¡Joder!»

—¿Eso te he dicho?

—¿Utiliza Audrey a su hermana para provocarte?

Me debato entre decírselo o no, pero entonces tendría que confesar lo que siento. Decido irme por las ramas.

—¿Por qué no te ha sorprendido que necesite una excusa para mis padres, pero sí la reacción de Ray?

—Porque aún tengo grabada la mirada de tu madre el día que me pusiste helado en la cara. ¡Me echó casi a patadas! —lo dice en tono serio, aunque con cierto aire de complicidad.

—Es por lo que empecé con Ray —confieso, mirando al frente. Aunque de reojo observo que ha quitado la vista por un momento de la calzada para mirarme, intrigado—. Mi madre pensó que... —No me atrevo a decirlo en voz alta—, bueno, ya sabes lo que pensó. Y un día llamó Ray para invitarme a salir y noté cómo se alegraba. ¡Incluso me levantó el castigo! ¿Te lo puedes creer? Luego les escuché decir en privado que tú y yo habíamos pasado demasiado tiempo juntos.

—Los padres siempre se ponen en lo peor. No se lo tomes en cuenta.

—¿Y qué es lo peor? Ellos se llevan casi tantos años como tú y yo. ¡No sé por qué exageran tanto!

—¡No es lo mismo! —afirma riendo.

—¿Por qué no?

—Eres menor de edad. No estaría bien visto una relación entre un universitario a punto de acabar su doctorado con una adolescente de secundaria.

—Y cuando cumpla dieciocho y tú veinticinco, ¿sí lo estará?

—Sonaría mejor... quizás. Pero a saber dónde estaremos tú y yo para entonces —termina diciendo, para restarle importancia—. Yo a punto de casarme con Becky seguramente.

La puñalada que siento en la espalda me recorre toda la columna vertebral hasta quedarse sostenida en mi pecho. ¿Cómo se le ocurre romper así este momento tan especial? Estábamos a punto de declarar lo que sentimos. Al menos, yo lo estaba. Pensaba que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Vaya, así que vais a ser de esos... —respondo desairada.

—¿De esos?

—Sí, de los que se conocen en el instituto, continúan en la universidad, se casan, llenan la casa de hijos y se divorcian a los cincuenta porque se dan cuenta de todo lo que se han perdido por el camino.

—¿Y tú de qué tipo vas a ser? —pregunta, con un toque de diversión en su voz—. ¿Del que se besa con uno para dar celos a otro y termina pillada por ese otro y utiliza a un tercero para hacer lo mismo que con el primero, entrando en un círculo infinito que te llevará a los cincuenta preguntándote qué narices has hecho con tu vida y por qué diablos no elegiste lo que realmente querías?

—¿Y si es imposible elegir lo que quiero? —Lo desafío con la mirada, que él no puede retenerme porque necesita ponerla en el sentido de la circulación—. ¿Me tendría que conformar con lo que tengo, como tú?

—¿Y quién ha dicho que yo me esté conformando, Mel? —Parece a la defensiva.
—Bueno, tal vez eso último sobre —corrijo dubitativa y algo cortada.
—Sí, créeme que sobra.
Juraría que se ha enfadado.
—¿Por qué has venido a buscarme, Alan?
—Porque somos amigos, y los amigos se preocupan cuando ven que alguien a quien aprecian puede estar metido en un lío.
—O porque piensas que soy una niña y que no sé cuidar de mí misma —respondo con ironía.
—En realidad, me recuerdas tanto a mí a tu edad, que no puedo evitar sentir algo de nostalgia cuando estoy alrededor de tus cosas.
—¿Insinúas que soy tan cretina como el malvado mellizo Lowe?
—Esos dos sí que habrían hecho buena pareja —afirma riendo—. Puedo imaginarlo, perfectamente, con tu lápiz de labios en mano *grafiteando* contigo.
—¿Y habría entrado conmigo en ese círculo diabólico que has mencionado antes de cumplir los cincuenta? —me atrevo a preguntarle.
—No sé si ese Ray se lo habría permitido. Parece un perro guardián de mucho cuidado.
—Está con Irwin. En realidad, tenías razón: salían juntos cuando me metí en medio.
—No sé lo que os traéis entre manos en tu grupito, pero ten cuidado. Lo de liarte con uno para herir a otro... podrías salir escaldada.
Frena la marcha dos casas antes de llegar a la mía y para el motor del coche.
—Te dejo aquí para que tus padres no descubran que no vienen con nosotros las Irwin, como tú las llamas.
—Tampoco tendría sentido que vinieran. Las has dejado a ellas antes porque somos vecinos, ¿no?
—¡Chica lista!
Vuelve a poner su coche en marcha y lo aparca en su lugar de estacionamiento.
—Gracias, Alan —le digo, y me acerco a darle un beso en la mejilla. Pero se gira, al no esperárselo, y se lo planto muy cerca de los labios, rozándolos en la comisura.
—Lo siento —me disculpo algo incómoda, tras recibir la descarga eléctrica.
—No pasa nada —afirma, sonriendo.

Mis padres no me han echado la bronca al volver a casa. Les he explicado lo que hemos planeado antes, y les ha parecido coherente. Se habían quedado dormidos frente a la tele con Jake y subimos todos a dormir. Podría acostumbrarme a esto de las fiestas. Siempre termino saliendo a flote, a pesar de mis desastres.

Antes de ponerme el pijama, decido escribir un mensaje:

Yo: Misión cumplida. Coartada perfecta. Buenas noches, Alan. También a tu mellizo de dieciséis. Dile que le odiaba porque aún no sabía que era una grafitera fumeta en potencia, como él.

Alan: Dice que, de haberlo sabido entonces, te habría entrenado para escapar airosa de tus líos de camorrista.

Yo: Dile que yo también le habría prevenido sobre la dinastía Irwin.

Alan: Eres una mocosa incorregible, pequeña Grimm. Buenas noches.

Yo: Me gusta más hablar con el mellizo problemático. Seguro que no se le ocurriría llamarme pequeña Grimm. Me llamaría la increíble Mel.

Alan: Un día de estos te dejo jugar con él, a ver cómo decide llamarte.

Saco la foto que le robé de su habitación y que guardo entre las páginas de un libro que reposa sobre la mesilla. Fantaseo un rato imaginándonos juntos. En mi piscina, por ejemplo, dándonos un chapuzón y charlando. ¿Habríamos sido amigos si hubiera tenido su edad? Es más probable que Annie y yo fuéramos las amigas y que él anduviera alrededor nuestro, fastidiándonos, como hacía realmente. Aunque yo no sería la mocosa en la que ni se fijaba. Tal vez me habría rebelado contra él, plantándole cara. O la boca directamente. Me habría lanzado a besarle como una posesa y tendría a Irwin Uno de archienemiga, que, si nos paramos a pensarlo detenidamente, da mucho más miedo que Irwin Dos.

El sonido de un mensaje me saca de mis pensamientos. Desconecto el teléfono del cargador para que el cable no me impida escribir a gusto sobre la cama. Seguro que vuelve a ser él. ¿Me habrá traído al mellizo como ha mencionado antes?

No, no lo ha traído.

Ray: ¡Ya te vale! ¿Lo tenías todo planeado o has ido improvisando sobre la marcha?

Yo: ¿Te refieres a...?

Ray: ¿A todo? Le pintas una polla a mi novia en la espalda... Luego te metes en el baño de mi madre y dibujas otra... Te lías con Chanson sobre mi cama... Envías al otro a buscarte... Me llevo la bronca de tu padre porque te saltas la hora... ¿Sigo?

Yo: ¿Hay más? ¡No te cortes!

Yo: Y para que lo sepas, la polla de tu novia no es cosa mía.

Ray: Y esperas que me lo crea, ¿verdad?

Yo: No, no lo espero. No lo haces nunca. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez?

Ray: No sé si tendrás un manual de instrucciones. Si es así, pásamelo porque te juro que no te entiendo.

Yo: Tampoco es necesario que lo hagas. Tú a lo tuyo, y yo a lo mío. Todos contentos. No hay más que hablar.

A falta de testigos

Es fácil olvidarse de una mala noche si es domingo y no tienes intención de salir. Se resuelve con abundantes provisiones de Chetos, palomitas recién hechas, galletas Oreo, refrescos varios, comida chatarra y maratón en Netflix. ¿Quién puede interferir en semejante remanso de paz?

Pero luego llega el lunes y te encuentras a todos los integrantes de una fiesta compartida, es decir, a medio instituto, y es cuando llega el bajón total, porque, seamos realistas, para algunos lo mejor de las fiestas no es la fiesta en sí, sino el partido que pueden sacar de los acontecimientos. Y para eso, amigos, nadie mejor que Irwin. Debería hacérselo mirar. ¿Y por qué nadie grabó su borrachera ni al que le hizo el tatuaje para poder restregárselo a Ray?

Fue durante la clase de educación física, a primera hora, cuando decidió lanzar su dardo envenenado.

—Se rumorea que Chanson y tú lo hicisteis el otro día. ¿Por fin ya te has estrenado, Grimm?

—Ah, ¿sí? —respondo, sin perder el ritmo de la carrera. Estamos dando vueltas al campo a modo de calentamiento—. Pues yo juraría que no andabas muy lejos y que lo viste todo.

—Yo solo fui testigo de los preliminares. Lo que ocurriera después, cuando te llevó a casa... Eso no es cosa mía.

—Pues precisamente por eso, como no es cosa tuya, métete la lengua por el culo.

—¡Irwin y Grimm, dejaos de cháchara y corred en fila!

—Dice que las tienes bien grandes y que lo llevas depilado entero —afirma, antes de hacer un sprint y ponerse al lado de una de sus esbirras, a cinco corredores de distancia.

No sé por qué se hace tanto la chulita en el calentamiento, si luego, a la hora de la verdad, es una floja.

Miro hacia atrás para localizar a Amy, que va de las últimas (el deporte tampoco es lo suyo). Consigo que me alcance bajando mi ritmo un poco. Necesito hablar con ella.

—¿Tú has escuchado algo que Luke va diciendo por ahí?

—¿Qué coño va diciendo? —pregunta, visiblemente alterada y frenando en seco.

—Yo qué sé. Se lo habrá inventado la triste esa.

—¿Qué ha dicho? ¡Dímelo!

—Que nos lo montamos anoche. ¿Te lo puedes creer? ¡Fue un puto beso!

—¿Te enrollaste con él? —No sé si está asombrada o molesta por no habérselo contado.

—Pero si fue una chorrada, Amy. Discutí con Ray a través de unos mensajes: me acusó de estar enrollándome con Luke en su cama y de facilona, porque el otro había subido una foto de nuestros pies en plan coña. Y al escuchar que subía a comprobarlo, besé Chanson para que se jodiera.

—¿Y cómo reaccionó?

—Salió dando un portazo.

—¡Me refiero a Luke!

—Le dio igual, ya lo conoces. Es Luke.

—Ah, ya, imagino, sí... Te siguió el rollo, ¿no?

—Sí, bueno, le venía bien también.
—¿Por?
—Nada. Tonterías tuyas.
—Ya, imagino.
—Y vosotros ¿qué tal el domingo? ¿Fuisteis al cine al final?
—No. James está castigado por conducir el coche de su hermano el otro día. Los pilló su padre cuando estaba aparcando: se llevó media columna del porche.
—¿En serio? ¿Y ellos están bien?
—Sí. No fue nada. Solo una abolladura en la chapa.
—¿Por qué no me llamaste? Estuve en casa pegada a Netflix en pijama.
—Me... apetecía quedarme en casa también.
—¿Te ocurre algo, Amy?
—¡No, nada! Creo que me está dando flato. —Se presiona en la parte derecha de su abdomen y baja el ritmo—. ¡Sigue tú!

A la hora del almuerzo, me debato entre sentarme con los de siempre o no. En realidad, no estoy indecisa. Directamente, no me apetece. Pero quiero aclarar ciertas cosas con Chanson, por si las dudas. Así que cojo mi bandeja y me dirijo a la mesa. No veo a Amy ni a James, pero sí al resto. Me coloco frente a él.

—¿Qué tal Luke? Me he enterado de que tu coche sufrió un pequeño accidente la noche del sábado. ¿Cómo has venido hoy?

—En coche. La puerta del copiloto no abre bien, pero por lo demás... nos ha traído sin problema.

Ray ni me mira. Está centrado en sus macarrones con queso y ni respira antes de engullir. Audrey está sentada a su lado y de vez en cuando le comparte alguna confidencia al oído, que él recibe de forma natural, como si nada hubiera pasado entre ellos. Parece que han solucionado lo que les distanció la noche del sábado. El paraíso que comparten vuelve a florecer. Mala hierba nunca muere.

Aparecen Amy y Chan y se sientan junto a ellos. James le deja a Amy el hueco libre junto a Luke, que ella ignora para ocupar el lado opuesto, junto a Audrey, quien no tarda en meterse en nuestra conversación:

—Oye, Grimm. ¿Tú no ibas con Luke cuando se rompió la puerta? —pregunta con su particular tono sibilino.

«¡Muy bien! Gracias, guapa. Justo aquí quería llegar».

—¿Yo? ¿Por qué iba a ir con él? —Miro fijamente a Luke, pero no dice nada. Parece igual de concentrado en sus macarrones que su compañero de equipo.

—Pues porque la otra noche... —responde ella, dejando esa duda latente en el aire.

—¿La otra noche qué? —pregunto en tono neutro, como si no supiera por dónde van los tiros ni lo sospechara. Pincho unos cuantos macarrones y los mastico con parsimonia.

—Lo dice por Laaaaas Veeeeegaaaas —suelta Carlson con soniquete incluido.

—¿Te refieres a la hora que estuvimos encerrados en el dormitorio de Ray? —pregunto con tranquilidad, limpiándome los labios con mi servilleta—. ¡Ahhh, es eso! Pues que os lo cuente el anfitrión, creo que estuvo allí con nosotros y hasta puede dar fe de lo que vieron sus ojos. —Bebo

un sorbo de agua a la espera de que diga algo, pero no lo hace—. No hay mucho que contar, ¿verdad, Ray? —Sigue sin mirarme ni dice nada—. O que os lo describa Irwin, que también subió a mirar y será más explícita con los detalles. ¡Venga, chica, adelante! No te cortes. Estamos entre amigos, ¿no?

Me cruzo de brazos sobre la mesa y los miro a los dos fijamente, retándolos, esperando a que digan algo. Él ahora me observa desafiante, también, pero no abre la boca. Es ella quien finalmente se decide.

—Tranquilos, chicos. Os lo he pasado por el grupo hace un momento.

En ese instante la mira Luke, visiblemente desconcertado, y es cuando lo entiendo todo. ¡Lo ha hecho! Ha fingido que hubo más entre nosotros para ponerla celosa.

—No habrás sido tan estúpido de hacer lo que creo, ¿verdad, Luke?

Tom ha sacado el móvil de su mochila y nos lee en voz alta una sarta de mentiras que me dejan patidifusa, incluso detalles inventados sobre mi cuerpo. El escenario del suceso es su propio coche, y el relato parece bastante subidito de tono.

—¿Veis? —dice ella.

—Nunca pensé que serías tan tonta de caer en su trampa. —La miro con burla, ni siquiera con rencor en este caso—. Pero claro, donde no hay..

—¿Qué insinúas? —se ofende ella.

—No lo pagues con mi chica, Grimm —la defiende Ray. ¿Se puede ser más rastrero?

—¡Lo que faltaba! Esto sí que me parece surrealista. —De hecho, no sé si reírme en su cara—. Eres testigo de que anoche no subí al coche de Luke. Fui la última en abandonar tu fiesta, ¡y lo sabes!

—¿Y a qué coche te subiste entonces, Grimm? —pregunta él.

«Vaya, vaya... Ya sé por dónde va su jugada. Sabe que no admitiré delante de Irwin que vino a buscarme Alan».

—Me llevaste tú en la moto, ¿no lo recuerdas? —Mis ojos se entretienen con los suyos en un duelo intenso al que ya parecen acostumbrados—. Llevaba mis piernas alrededor de tu trasero y los brazos enganchados a tu cintura. Vaya memoria la tuya, ¿no?

Audrey lo mira, sin dar crédito.

—Un momento —dice Lana—, entonces aquí alguien miente. ¿Vosotros con quién os fuisteis a casa? —se dirige a James y a Amy.

—¡Exacto! —Caigo en la cuenta en ese momento—. ¡Aquí está mi fiel testigo! Amy, haz el favor de ejercer de amiga. Aclárales que no me fui con vosotros, anda.

—¡Estoy harta de tanta chorrada! —nos suelta a todos en general, porque no mira a nadie en concreto, aunque sí ha dejado patente su enfado en el tono. Se larga con la bandeja, que lanza luego con furia cuando se deshace de los desperdicios.

—¿Y a esta qué mosca le ha picado hoy? —pregunta Chan boquiabierto.

—Me parece que te han dejado con el culo al aire, Mel —afirma Carlson.

—Bueno, seré yo el que hable a su favor —se manifiesta de pronto Tomas, que hasta ahora no había participado en la conversación (si se le puede llamar así a este lanzamiento de cuchillos)—. Solo os diré una cosa: cuando me marché de la fiesta, solo quedaban Broad y Mel en su casa.

Me levanto triunfal de la silla.

—¿Lo veis? ¡Gracias, Tomas! Eres el único hombre decente de esta mesa.

—Anda, Mel, no exageres. Ha sido divertido tomarte el pelo —afirma mi supuesto amigo Chan riendo.

—¡Que te den a ti también! —es lo último que digo, antes de marcharme.

No estoy tan enfadada con la historieta pornográfica que se ha sacado Luke de la manga, como con la intención de Broad de dejarme con el culo al aire. Pero ahora me alegra haberles dejado esa duda en el aire y que ella crea que me llevó en la moto. Él no tardará en contarle la verdad, y lo cierto es que no sé si me importa realmente. Si llega a oídos de Rebecca lo de Alan, ¿qué va a hacer? ¿Recriminárselo? No creo que él vaya a enfadarse conmigo, le explicaré que no he sido yo la bocazas. De todos modos, se presentó por voluntad propia, sabía a qué se exponía yendo a recogerme. Hasta podría haberle visto la propia Audrey. Pero a él no pareció importarle. ¿Y por qué le iba a importar? Él no me ve del mismo modo, ya me lo ha demostrado y dicho con sus propias palabras. Tengo que dejar de poner en su mente lo que en realidad solo pasa por la mía.

Por la tarde, cuando subo al bus, decido escribir a Ray. No soy capaz de quedarme con el comecome que me ha dejado su actuación en la cafetería.

Yo: ¿Por qué has dejado que todos crean lo del relato pornográfico de Luke? ¿Es tu forma de vengarte por dibujar una simple polla en un maldito espejo? ¿No te parece desproporcionado?

Ray: Tú eres la que dejó que lo creyeran. ¿O es que ocultas algo con ese Alan y por eso no lo has mencionado?

Yo: ¿Hay algo que quieras saber? ¿Eres una especie de voyeur como la pervertida de tu novia? Ah, claro, que sí lo eres... Por eso sentí tu presencia a mi espalda la otra noche, justo antes del portazo.

Ray: A lo mejor lo hiciste porque querías que te mirase.

Yo: A lo mejor.

Me arrepiento de mis palabras en el momento en que le doy al botón de envío. ¿Qué coño acabo de decirle? Que estoy despechada, sin duda.

Se desconecta.

Me desconecto.

Abro mi mochila y saco un libro. Busco entre sus páginas para sacar la foto de Alan. Me relaja verla. Me hace sentir especial el saber que le importo y que me cuida cuando cree que tengo problemas, aunque no deje de verme como a una cría. Pero su foto me hace conectar con el Alan que un día fue. Ojalá existiera un lugar donde el mellizo Lowe y yo pudiéramos encontrarnos. Donde no existiera la barrera de la edad que él se empeña en interponer.

Decido llamar a Amy. No sé qué mosca le habrá picado antes, y ni siquiera responde a mis mensajes. No sé por qué está tan enfadada conmigo. ¿Qué le he hecho? Apenas nos vimos dos veces durante la fiesta y no noté que estuviésemos mal.

No me lo coge.

Recibo un pitido de mensaje en el móvil. Es Patética Irwin, así la tengo en mi agenda de contactos. Nunca nos escribimos, pero es mi forma de identificarla en los chats de grupo.

Patética Irwin: Te advertí de que no te acerques a Alan.

Pero ¿qué coño...?

Cuando llego a casa, encuentro a mi madre cruzada de brazos frente a un plato de galletas de mantequilla. Son las que hace Marcia, la madre de Alan. Le salen deliciosas. Siempre reserva unas cuantas para nosotros cuando las hace. Por la mirada que me encuentro, creo que algo extraño se cuece en su cabeza. Espero no ser la protagonista de esos pensamientos.

—¿No tienes pacientes esta tarde? —digo a modo de saludo. Dejo mi chaqueta colgada en el armario de la entrada y me acerco a la mesa donde se encuentra, llevo la mochila colgada de uno de mis hombros. Cojo una galleta.

—Dos pacientes han cancelado y el último es nuevo, se lo he derivado al Dr. Grove. Me dolía la cabeza y he decidido tomarme la tarde libre.

—¿Necesitas ayuda con algo? —me ofrezco, antes de alejarme de la cocina.

—No, gracias. Pero siéntate un momento. Acabo de hablar con Marcia.

—¿Y?

—Dice que Rebecca está muy disgustada porque llevas mucho tiempo obsesionada con Alan y que les estás haciendo la vida imposible interfiriendo en su relación.

—¿Que qué?

—Por lo visto, lo llamas a deshora, le escribes, te insinúas a él y no sé qué montón de cosas más. —Estoy completamente petrificada, con los ojos muy abiertos y boqueando como un pez porque no me salen ni las palabras—. Pero ¿a ti qué te pasa? ¿No te das cuenta de que es un chico mayor? ¡No sé qué vamos a hacer contigo! ¿Encerrarte? ¿Quieres quedarte castigada de por vida?

—¿Vas a creer lo que diga la loca esa?

Lo de esta tipa ya es digno de estudio. Se me pone el vello de punta solo de pensar que nos dejaban solos a Jake y a mí con ella de canguro en su día.

—Pues claro que sí voy a creer lo que dice. Os he visto con mis propios ojos aquí mismito. — Está señalando los dos taburetes en los que estábamos sentados este verano—. Y si no llego a estar... ¡Ni sé lo qué habría pasado!

—Qué equivocada estás, mamá —lo digo tranquilamente, sin alterarme. Sé que si lo hago me delataré. Es como reacciono cuando me encuentro entre la espada y la pared: atacando para defenderme. Tengo que relajarme y mantener la mente fría.

—Yo estoy con Ray. Bastante pillada, además. Así que no entiendo a qué viene todo esto. Creo que esa chica tiene un problema serio de celos y que debería visitar a un especialista. ¿Por qué no la derivas al Dr. Grove para que le haga un chequeo mental? Comprobarías que tengo razón y que es una psicótica.

—Pues de algún sitio lo habrá sacado, ¿no? No va a estar celosa sin motivo alguno.

—Te aseguro que por mi parte no. Pasé mi cumpleaños sin separarme de Ray ni de Amy. Quizás le molestó que Alan se ofreciera a llevarme cuando recogieron a Audrey. Pero, si fue así, no lo manifestó en ese momento. Accedí a venir con ellos para que Ray no tuviera que volver luego tan tarde en la moto. Aunque de haber sabido que se montaría este tinglado, ni me habría subido a su coche.

—Pues te quiero lejos de Alan. ¿Me has oído?

—Sí, mamá, perfectamente.

—Ni llevarte, ni traerte, ni nada. ¡Ni lo mires! ¿Entendido?

—Que sí, pesada. ¡Entendido! —respondo con desgana—. Subo a hacer mis deberes, ¿vale? Avísame cuando esté lista la cena.

Creo que ha llegado la hora de poner los puntos sobre las íes. Le estoy reenviado a Alan el mensaje de su novia. También el otro que guardé en su día, donde me amenazaba con ir con la historia a mis padres. Total... ya no tengo nada que perder.

No tarda ni dos minutos en responder:

Alan: ¿Y esto?

Yo: Tu novia lleva un tiempo amenazándome, si me acerco a ti. La tengo bloqueada en mi teléfono, pero ha usado el de su hermana. Además, tu madre ha hablado con la mía y me he llevado bronca.

Alan: ¿Mi madre?

Yo: Sí, le ha comido el coco Rebecca. Dice que me estoy entrometiendo en vuestra relación, que me insinúa a ti y no sé qué gilipolleces más.

Alan: Lo siento. ¿Estás bien?

Yo: Sí. Solo me han puesto una orden de alejamiento contra ti. Avisado quedas.

No ha respondido. Ha leído el último mensaje y se ha desconectado.

Intento llamar a Amy por teléfono de nuevo, pero no consigo que me responda. No sé si lo tendrá en silencio. Empiezo a preocuparme.

Decido llamar a James.

—¿Qué le pasa a Amy? —le digo.

—No sé. Estará estresada con los exámenes, supongo. Yo también la he notado rara.

—¿A qué ha venido el numerito de la cafetería, Chan?

—Creí que estabas siguiendo la broma de mi hermano. No pensé que ibas en serio con el cabreo.

—¿De qué broma hablas?

—De lo vuestro en la habitación. Me contó que teníais una especie de acuerdo para chingar a Irwin o algo así. Tampoco le hago mucho caso a Luke. Ya lo conoces, es un payaso integral.

—Sí, lo sé. Pero se le ha ido un poco de las manos la bromita, ¿no?

—¿Y por qué no te lo paso y se lo dices a él? Lo tengo aquí incordiando y tocándome los huevos.

—¡Pásamelo!

Noto que están forcejeando con el teléfono y que le dice en susurros que pasa de ponerse. Pero finalmente accede.

—Dime.

—¡Por qué eres tan cabrón, joder!

—Nunca pensé que lo compartiría, ¡coño! Estuvo interrogándome con mensajes todo el domingo y me dejé llevar. Ya me conoces. Lo siento, de verdad. No era mi intención hacerte quedar mal.

—Pero ¿en qué cabeza cabe lo tuyo? ¿No te das cuenta de que ella solo pretende dejarme por los suelos a mí, por Ray? Esa batalla la tienes perdida, Luke. No me uses de peón más, por favor. Me caes bien, no la cagues más conmigo.

—Lo sé, eres una buena tía.

—¡Y tú un jodido cretino!

Yo: Al final no te has podido resistir, ¿verdad? Tenías que decírselo.

Ray: No sé de qué me hablas.

Yo: Le has contado a tu novia que me llevó Alan a casa.

Ray: Era lo que querías, ¿no? Que limpiara tu imagen por lo de Luke.

Yo: Y matar dos pájaros de un tiro, ¿no?

Ray: No sé qué quieres decir con eso.

Yo: Que te lo cuente la rastrera de tu amada. Se le da de lujo meter cizaña.

No he salido de una...

Amy no ha venido hoy al instituto, y eso ya sí que me resulta preocupante. Voy camino de su casa, me he bajado en su parada de bus. Al final he terminado llamando al teléfono fijo, cansada de que ignore mis llamadas al móvil, y su madre me ha dicho que está enferma. Bueno, más bien con dolores por la menstruación y que había preferido quedarse en la cama.

Me he ofrecido a llevarle los deberes que nos han mandado hoy en algunas de las clases que coincidimos, para que no pueda negarse a recibirme, y a la señora Bartlett le ha parecido una genial idea.

Abre la puerta su madre, ella está arriba descansando. Me pide que la acompañe a la cocina para tomar algo, pero le digo que acabo de comer un plátano tras el entrenamiento. Subo las escaleras a toda prisa, para no perder un minuto en ver a mi amiga. Insiste en que nos subirá unos bocadillos y una manzanilla con canela para Amy, por lo suyo. Menuda quejica está hecha. Como si fuera la única mujer en la tierra a quien le duelen los ovarios por la regla.

Golpeo la puerta con los nudillos.

—¿Amy?

—Pasa.

Está tumbada sobre la cama con una bolsa de agua caliente sobre el vientre. Me siento en el borde, junto a ella, que apenas me mira.

—No me iré de aquí sin que me cuentes lo que te pasa, sea lo que sea. Y no voy a tragarme el cuento de que esto es solo por tu famoso dolor menstrual.

Termina narrándome la historia con todos sus detalles. Por lo visto, el día de la fiesta, cuando desaparecieron mientras jugábamos a la botella, ellos estaban en la habitación de invitados de Ray enrollándose. La cosa fue un poco más lejos de lo que habían hecho hasta ese momento, aunque no lograron llegar hasta el final. Ella no estaba preparada y no consiguieron que entrase. James se quedó algo frustrado, pensando que no habían podido por su culpa, porque es novato y no sabe hacerlo. Conozco perfectamente cómo funciona la cabeza de nuestro amigo Chan y seguro que le dio mil vueltas, como al asunto de los besos aquella primera vez, cuando me lancé en el bus para que dejara de torturarse.

Después, estuvieron algo distantes y cada uno por su lado. Él se acercó a hablar con Tomas y Ray, que estaban en la cocina charlando; y ella me encontró grabando en vídeo a Irwin y partida de la risa. Cuando me acompañó al servicio de arriba y me encerré dentro, mientras me esperaba en la puerta, se cruzó con Luke. Buscaba una cama en la que tumbarse un rato. Iba bastante bebido, por lo visto, y fumado también. Le acompañó a la habitación de invitados donde habían estado ellos antes. Iba tropezándose con todo y, como pudo, consiguió dejarlo sobre la cama. Antes de alejarse, él la retuvo de la mano y tiró de ella, dejándola caer sobre él. La besó durante uno o dos minutos en los que ella le siguió el rollo hasta que reaccionó y se incorporó para largarse de allí. Se dirigió al dormitorio de la madre de Ray y aporreó la puerta del servicio, muy nerviosa por lo que había pasado entre ellos. Le costaba concentrarse y mirarme a la cara. Yo no paraba de decir incoherencias, por lo visto, fingiendo que hablaba con Alan por teléfono a voz en grito. Tras bajar

la escalera, se fue directa a la calle y me dejó dando vueltas por la casa con el teléfono pegado a la oreja. Ella necesitaba tomar el aire y estar sola.

Esquivó a casi todo el mundo durante una hora o así. Sobre todo, a James, que trataba de animarla y le dijo varias veces que lo sentía, que no tenía importancia lo que les había pasado y que no debió reaccionar de ese modo tan infantil. Ya volverían a intentarlo cuando ella estuviera preparada. Pero ninguna de sus palabras estaba registrándose en su cabeza. En su mente solo sobrevolaba la traición de ese beso que Luke le había robado y que ella disfrutaba cada vez que lo rescataba de su recuerdo.

Cuando la fiesta empezó a flojear y los que no se habían ido aún estaban empezando a recoger, James decidió subir a buscar a Luke. Ella estaba temerosa de que, borracho como estaba, hiciera alusión a lo que había pasado. Sin embargo, no fue así. No parecía haberse dado cuenta de lo ocurrido. No actuó de forma extraña con ella ni hizo alusión al beso. Ni siquiera cuando a James se le ocurrió la idea de ser él quien llevaría el coche y subió a buscar las llaves que Luke no encontraba en su bolsillo, dejándolos solos en el vestíbulo.

Finalmente, las llaves aparecieron en un cajón de la cocina: Broad y Tom se las habían confiscado, obligándole a subir a dormir la mona una hora antes. Chanson discutió un poco con su hermano por la conducción, ya que James aún no ha conseguido el permiso de conducir, aunque sepa hacerlo porque ha estado practicando con Luke. Pero terminó cediendo.

Ella subió atrás; y ellos dos, delante. Sin embargo, Chan no tardó en enviar al hermano a los asientos traseros también, no paraba de incordiar dando instrucciones innecesarias que ponían a James más nervioso. Prefería manejarse a su aire.

Dice que no sabe en qué momento empezó a acariciarla. Al principio solo la rodilla. Poco a poco fue ascendiendo hasta colarse bajo su falda. Ella estaba sentada justo detrás del asiento del conductor, por lo que James no veía dónde se encontraba situada la mano izquierda de Luke, que siguió deslizándose hasta alcanzar su objetivo bajo su ropa interior. Amy quería que parara, pero, a su vez, le gustaba lo que estaba sintiendo. Deseaba que siguiera un poco más, solo un poco más, y, en vez de intentar frenarlo, se dejó llevar. Cada vez más húmeda. Cada vez más excitada. Cada vez más ansiosa. Los dedos de Luke se deslizaban con suavidad al principio, con más intensidad a medida que ella se movía exigiéndolo, necesítándolo, ayudándolo incluso con su propia mano sobre la de él y con los cuatro ojos clavados en el espejo retrovisor, vigilando que los del conductor no se dieran cuenta de lo que atrás ocurría. Interrumpidos solo cuando frenó la marcha, porque ya habían llegado a la casa de ella, momento en el que se deshizo de la mano de Luke y bajó precipitadamente del coche.

Nada más salir de aquel éxtasis, se sintió sucia. Demasiado avergonzada para mirar a James a la cara. Se despidió con un precipitado beso y corrió a esconderse en el refugio de su casa.

Los detalles de la historia son muy similares a los que Luke le describía a Audrey en su relato, usándome a mí como personaje femenino. Solo que en el resumen que elaboró él no hay nadie conduciendo el coche, sino nosotros dos aparcados en un descampado.

Ahora entiendo la reacción de Amy cuando Lana le preguntó cómo se fueron ellos a casa, tras leer Tom el pantallazo de Irwin.

El problema es que ha vuelto a reincidir en sus sentimientos hacia Luke. Dice que no para de pensar en él, a todas horas, y que no sabe cómo afrontarlo con James.

—Sabes que lo vas a destrozar vivo, ¿verdad?

—Lo sé. ¿Por qué crees que me siento tan culpable?

—Pero ¿no crees que lo de Luke es un simple calentón? Ya le conocemos, es un picaflor. Además, está colado por Irwin. Me lo confesó la otra noche. ¿Por qué crees que le ha mandado

ese texto? Para darle celos conmigo.

—Pero ella está con Ray, y pilladísima, además. No tiene nada que hacer.

—Lo sé —respondo—. Pero eso tampoco quita que lo vuestro no va a funcionar, por mucho empeño que tú le pongas.

—¿Quién sabe? Cosas más imposibles se han visto. Mira tú, colada ahora por Ray, con lo enganchada que estabas a Alan.

—¿Y quién dice que no siga por Alan?

Abro mi mochila y saco el libro con la fotografía de la que últimamente no me separo. Se la paso.

—Tenía nuestra edad. No me digas que no es el chico más impresionante que has visto en la vida.

—¿Cuándo te la ha dado?

—Se la robé de su cuarto.

—¿En qué clase de psicópata te has convertido? —pregunta riendo.

—En una que tiene que combatir con las Irwins del universo. Espera que te cuente la última que han liado.

Pasamos la tarde entretenidas, compartiendo todas las novedades e inquietudes de nuestra vida cotidiana y rememorando momentos estelares de la fiesta: incluidos los videos que le envié a Alan colocada de brownie. Se desternilla de la risa y, por un buen rato, se olvida del dolor menstrual y de sus quebraderos de cabeza con Luke. Devoramos los bocadillos que nos ha preparado su madre y, cuando más a gusto estamos, recibo una llamada de la mía.

—He invitado a Ray a cenar con nosotros mañana.

—¿Que has hecho qué? —No consigo dar crédito a lo que dice.

Acaba de sonar un aviso de mensaje en mi móvil, pero no puedo leerlo porque seguimos hablando. Sospecho quién podrá ser su remitente y me temo lo peor.

—Tu padre y yo queremos conocerlo. Lleváis un tiempo saliendo y creo que ya va siendo hora, ¿no?

«Sí, claro... Lo que os pasa es que sigue sobrevolando la sombra de Alan en vuestras cabezas por culpa de Marcia Lowe».

—¿Y ha dicho que sí?

—Claro, hija. ¿Cómo iba a decir que no?

Amy no para de hacerme señales para que le diga qué pasa. Le doy la espalda y camino hacia la ventana, debo disimular y medir mis palabras o mi madre sospechará que algo no cuadra en mi relación con Ray. Pero cómo va a cuadrar, si ya ni siquiera nos hablamos. ¿Por qué narices habrá aceptado su invitación?

—Vale, mamá. Ya hablamos cuando llegue a casa. Sigo aquí con Amy estudiando.

Cuelgo e informo a mi amiga de las novedades sin mirarla siquiera.

—Mi madre ha invitado a Ray a cenar. —Está dando saltitos de alegría en la cama, la que estaba tan mala...

Ahora toca abrir el mensaje que he recibido mientras hablaba con la lianta que tengo por madre.

Ray: ¿Sé puede saber por qué tu madre ha llamado a mi casa para invitarme a cenar mañana? ¿No ibas a cortar conmigo después de la fiesta?

Yo: Lo olvidé, ¿vale? ¿Y por qué coño le has dicho que sí? ¡Haberte negado!

Ray: ¡Tu madre es implacable! Si hasta ha hablado con la mía y le ha agradecido lo de la fiesta, que te cuidara y todo ese rollo. ¿Te lo puedes creer?

Yo: ¿Y qué te ha dicho ella? ¿Le has tenido que confesar lo de la impostora también?

Ray: Creo que se ha quedado tan impresionada con lo de la cena de mañana, que no ha procesado lo demás.

Yo: Lo siento. No hace falta que vengas. Tranquilo. Lo arreglaré.

Ray: Si no voy, mi madre no dejará de incordiar con explicaciones. Creo que lo mejor es que acuda y que pospongamos lo de cortar.

No puedo evitar reírme con lo que ha escrito.

—Tu dirás que te encanta Alan y todo lo que quieras, pero tienes una sonrisilla de pardilla colada ahora mismo que...

Yo: Pues en tu lugar, no sé si preferiría enfrentarme a tu madre antes que a Lady Voldemort. Como se entere... te corta los huevos.

Ray: Sí, claro, encima echa más leña al fuego.

Complicidad

Ray: Háblame del protocolo de los Grimm. No quiero parecer un pardillo. Mi madre está empeñada en que tengo que llevarle flores a la tuya.

Suelto una carcajada sonora durante el desayuno familiar en la cocina. Jake se asoma a cotillear mi teléfono, lo retiro de su vista en un nanosegundo.

Yo: Si tu intención es pedirme matrimonio, sí.

Ray: Qué graciosa, ¿no?

Yo: ¿Piensas venir de esmoquin?

Ray: Tal vez en calzoncillos. Así me echan a patadas y nos ahorramos la pantomima.

Yo: Tranquilo, Broad. No tengas miedo. Solo van a someterte a un tercer grado.

—¿Vas a darme alguna idea de lo que le gusta a Ray? No sé qué preparar esta noche —pregunta mi madre por enésima vez. Ya le estuvo dando vueltas anoche al asunto.

—No sé, mamá. Cualquier cosa.

—¿Sabes si es alérgico a algo?

—Ni idea.

—Pues pregúntale. ¿A qué esperas? Es importante saberlo.

—¡Qué pesadita estás!

Yo: Mi madre quiere saber si eres alérgico a algo.

Ray: Dile que a su hija.

—No tiene alergias. Pero le encantan las espinacas. —Acabo de inventármelo.

—¡Pero si tú las odias!

—Ya. Los polos opuestos se atraen, ¿no?

—Bueno, venga, daos prisa que vais a perder el bus.

—¿No ibas a llevarnos tú hoy? —pregunta Jake con fastidio.

—Imposible. Tengo un paciente en veinte minutos. Shelley olvidó actualizarme la agenda y acaba de saltarme el aviso hace una hora.

—Pues hoy no llegamos ni de coña —informo, tras beberme el zumo de un trago—. ¿Papá tampoco puede llevarnos?

—Pero, cariño, si acaba de despedirse de nosotros hace dos minutos. ¿En qué mundo vives? Si dejaras aparcado el teléfono por unos minutos, te enterarías de lo que ocurre a tu alrededor.

—Necesita un loquero —agrega Jake, subiendo la escalera con parsimonia—. Dale una cita urgente en tu agenda.

—Y tú un cirujano que te arregle esa cara de gilipollas.

—¡Melissa! Deja de meterte con tu hermano.
—¡Pero si ha empezado él! —protesto, mientras subo los escalones de dos en dos—. Siempre os ponéis de su parte.

El día de hoy es extraño. Siento una especie de hormigueo en el estómago. No tengo decidido si es nerviosismo por el hecho de que estemos mintiendo a mis padres en su cara y pueda salir mal, o si me lo produce el simple hecho de que vaya a cenar en casa con nosotros.

Desde que surgió ayer todo este lío de la cena, no he vuelto a pensar en Alan. Lo último que supe, antes de que su novia la liara, es que iba a estar ocupado en un proyecto y que viajaría a San Francisco durante un par de semanas. Tampoco nos hemos vuelto a escribir desde que le conté el incidente con su madre. No sé cómo habrá salido del paso Rebecca cuando lo hayan hablado. Tampoco me importa, la verdad. Aunque sí me intriga.

Ray: ¿Puedo contar en la cena lo de tu pasión por el brownie de marihuana?

Yo: ¿Quieres que te queme las pelotas en el laboratorio de química?

Estoy en el servicio lavándome las manos. Es la hora del almuerzo y llevo el móvil encima porque no ha parado de bombardearme a mensajes. He decidido sacarlo de la mochila y rezar para que no me lo confisquen.

Ray: ¿A qué hora tengo que estar allí?

Yo: ¿Te paso el contacto de mi madre? Te recuerdo que fue con ella con quien acordaste la cena.

Ray: ¿Siempre has sido así de repelente?

Yo: ¿No es así como te gustan?

Ray: ¿Te llevo a casa después del entrenamiento?

Yo: ¿Pretendes ir haciendo méritos para ganártelos de antemano?

Ray: Es que me gustó eso que dijiste de tus piernas alrededor de mi trasero.

Yo: Paso de coger los piojos de otra.

Ray: Tengo un casco a estrenar.

Yo: ¿Y qué pasa con tu novia? En lo de invocar a la bestia no ves el peligro, por lo que veo.

Ray: Tienes más peligro tú que ella, créeme.

En la cafetería solemos sentarnos siempre del mismo modo: Audrey pegada a Broad, con sus acólitas Lana y Mandy a su izquierda; frente a ellas Tomas, Carlson y Luke; y después venimos Amy, James y yo, que no tenemos un lugar tan establecido. A veces llegan y se sientan junto a Ray, y yo enfrente; otras están ellos enfrente y yo pegada a Ray.

Hoy es uno de esos días en los que estoy junto a Ray, y ellos dos junto a Luke y frente a mí. Amy ha vuelto a rechazar, disimuladamente, ponerse pegada a su cuñado, y están los dos hermanos

codo con codo. Broad evita mirarme y actúa como si yo no estuviera sentada a escasos centímetros de su derecha.

—Mel, me cambias tu patata asada por mis guisantes, ¿verdad? —me pide James. Sabe que me encantan, igual que a él la patata.

Solemos hacer este tipo de intercambios. Cuando van a servirte en la cafetería el plato del día, puedes decir que no te pongan algo que no te guste, pero no te dan ración doble de otra guarnición a cambio.

En el plato de Ray no hay ni un guisante, y acabo de notar que los mira con repugnancia cuando Chan los empuja para dejarlos caer en mi plato.

—No sé cómo puedes comerte esos bichos verdes —me dice.

—Me encantan. Sobre todo, los que cocina mi madre con beicon y cebolla —agrego, sin mirarle, atenta al grupito verde que estoy reuniendo para levantar con mi tenedor—. Creo que esta noche los ha preparado para cenar.

No dice nada al respecto, es nuestro secreto. Nadie sabe lo que se cuece en realidad tras mi comentario, excepto Amy. Pero solo yo he sentido el pequeño toque que me ha propinado él con la rodilla por debajo de la mesa, en plan cómplice.

—Pues ración triple hoy, amiga —dice, Amy—. Menos mal que te gustan, porque menuda es tu madre con lo de dejarse algo en el plato. Lo sé por propia experiencia.

Ha mirado a Ray para ver su reacción.

—¿Has tenido noticias de tu profesor de verano, o canguro, o como sea que lo llames, Grimm? —pregunta Lady Serpiente sin venir a cuento.

—¿Por qué debería haber tenido noticias, Irwin? —respondo en nuestro habitual estilo de no mirarnos siquiera cuando nos dirigimos la una a la otra.

—Corre el rumor de que te echaron una buena reprimenda por interferir en su relación con mi hermana. ¿No te enseñaron tus padres que está muy feo tocar lo que no es tuyo?

—No vi ningún cartel con el nombre de tu hermana en su cuerpo —respondo, y creo que la he dejado descolocada.

Tal vez pensaba que iba a enfrentarme ella por la rastrera actuación de involucrar a la madre de Alan. Pero ¿para qué molestarme en negar nada? Si además todos creen que ha habido tema con él, ¿no? Me defienda o no, lo van a seguir pensando. Mejor darle de su propia medicina. Así que continúo diciendo:

—Tus insinuaciones ya huelen a naftalina. Todos saben que me gusta Alan, ¿alguna novedad más para saciar tu hambre de protagonismo?

Ray se ha puesto tenso. Creo que teme que volvamos a llegar a las manos. Si supiera lo que me resbala en realidad, se le quitaría la preocupación.

—Ándate con cuidado —amenaza ella.

—O si no, qué —respondo. Corto un trozo de pescado y me lo como tranquilamente, esperando una respuesta que no recibo—. ¿Vais a volver a mi casa agarraditas de la mano como aquel día, para contárselo a mis padres?

Todos los ojos se posan en ella, para ver qué responde. Está roja de ira.

—¿O se lo contará tu hermana a la madre de su novio para que sea ella la que me reprenda?

Nos van mirando a una y otra. A mí cuando hablo, y a ella esperando su contraataque, que no llega.

—Ah, no, espera..., que eso ya lo ha hecho. ¿Qué será lo siguiente entonces, Irwin?

—No lo sé —dice, finalmente—. Pero mi hermana ha leído los mensajes que le escribes. ¿Te suena de algo el mellizo?

Y en ese momento toda la grandilocuencia se me viene abajo y la bola de fuego actúa, haciendo que mi cara arda de la vergüenza o de la rabia o de las dos cosas juntas.

Ray se levanta, coge su bandeja y se dirige a los cubos de reciclaje.

¡Mierda! Lo ha vuelto a hacer, la muy cabrona.

Al terminar la clase de la profesora White, la última de la jornada, mientras recogemos los libros, me giro hacia atrás y le pregunto si sigue en pie lo de llevarme a casa tras los entrenamientos. Como se ha ido así tras el almuerzo, tan repentinamente y sin despedirse, tengo mis dudas. Responde que sí, que por qué no iba a seguir en pie. Pero está a la defensiva. No es el mismo que por la mañana enviaba mensajes con otro tono mucho más dicharachero y elocuente.

Cuando salgo del vestuario, más rauda y veloz que nunca, me está esperando en los aparcamientos. Tiene otro casco en la mano, muy similar al suyo, y no es el de Irwin. Me lo pasa sin mediar palabra y casi sin mirarme. Pero decido que no me voy a dejar intimidar por su actitud tan esquiva y seca. La cena tiene que llevarse a cabo sin fisuras. Después ya me las arreglaré para cortar sin que mi madre ponga el grito en el cielo por la amenaza fantasma de Alan. También puedo buscarme un nuevo falso ligue tipo Luke, que se prestaría encantado al papel si ve filón para recuperar a la innombrable (aunque Amy me corte la cabellera por acercarme a su amante secreto).

—¿Vas a subir sola o tengo que levantarte en brazos? —pregunta, bastante irritado al ver que tardo en reaccionar.

—¿Se puede saber qué narices te he hecho ahora?

—No tengo ganas de hablar —responde con aspereza—. Sube y acabemos con esto.

—Lo siento. Pero soy yo quien no tiene por qué aguantar tus gilipolleces. De novio falso me sirve cualquiera.

Le lanzo el casco y me doy la vuelta.

—Perdona —dice. Se ha bajado de la moto y me sigue. Me sujeta del brazo y frena mis pasos. Se coloca frente a mí—. Tienes razón. No te enfades.

—¿Qué te pasa? —insisto.

—Nada. Solo un mal día.

Está mirando para otro lado.

—¿Tiene que ver conmigo?

—No, claro que no. —Ahora sí me mira—. ¿Por qué iba a tener que ver contigo? Lo nuestro solo es una farsa, no te equivoques.

—No te equivoques tú. Mi único objetivo es Alan —respondo, algo resentida por sus palabras.

Volvemos al punto de partida y nos ponemos los cascos. Cuando ya está subido, me coloco tras él. No puedo evitar un revoloteo en el estómago al sentir mis piernas pegadas a las suyas, ambos llevamos pantalón corto y el contacto es directo. Me abrazo a su cuerpo y junto las manos en la parte delantera de su torso. Reprimo el deseo de acariciar su pecho. ¿Cómo reaccionaría? Me río por dentro al pensarlo, pero decido no hacerlo. No alimentemos a otra bestia. Ya lo he hecho con una, por la mañana, y he salido escaldada.

Me deja en la puerta de casa. Cuando le devuelvo el casco y lo guarda en el compartimento, me pregunta si tendremos que besarnos cuando llegue o qué tipo de recibimiento es el adecuado entre nosotros. Lo dice tan serio que no puedo evitar reírme por la pregunta. Ni siquiera me lo había planteado.

—No sé qué decirte, eres el primer novio que tengo. ¿Qué haces cuando vas a casa de Irwin?

—Nunca he ido.

—¿Y ella a la tuya?

—Solo el día de la fiesta.

—¿Y con alguna otra novia?

—Eres la primera en esto de presentarme a los padres.

—Bueno, míralo por el lado bueno: así cogerás práctica para cuando conozcas a los reales.

—¿Entonces beso o no beso?

—Sin beso. Podría notarse falso.

—¿A las siete, entonces?

—A las siete.

—Lo de los guisantes era de coña, ¿verdad? —pregunta riendo.

—Quién sabe... —respondo, y me alejo divertida.

Espero que todo transcurra del mismo modo durante la cena. Aunque con él nunca se sabe. Tan pronto muestra una cara como la contraria. Es muy complicado este Ray Broad. Más de lo que parece.

23

La cena

Yo: Son las siete y cuarto. ¿Piensas llegar tarde? ¡Mi padre odia la impuntualidad!

Ray: Eso ayudará a que se alegre cuando cortemos.

Yo: ¿Dónde coño estás?

Ray: En la puerta.

Yo: ¿Y por qué no llamas al timbre?

Ray: Pensaba que saldrías a buscarme en cuanto escucharas la moto.

Yo: Has visto muchas películas Disney, ¿no?

Suena el timbre.

—¿Abres tú, cielo?

—Sí, papá.

¿Por qué estoy tan nerviosa? Solo es una cena de pega. No les estoy presentando a un novio real.

Céntrate, Mel.

Tran-qui-la.

Abro la puerta.

¡Joder, qué guapo! Lleva puesto un pantalón negro y una camisa vaquera desgastada en azul claro. No ha traído las flores, menos mal. Pero sí lleva una caja de bolas de agujero de donuts.

Yo pensaba cenar en pijama, como siempre; pero mi madre me ha obligado a subir a cambiarme. Llevo puesto un jersey de punto *oversize* en color rosa palo, metido por delante en la cinturilla de una falda vaquera oscura, y mis Dr. Martens de las que últimamente no me separo.

—Es para el postre —me dice, al entregarme la caja. Se acerca y me da un beso fugaz en los labios que me deja bastante desconcertada. Al final va a resultar que es un actor de cuidado.

—Pasa, Ray —le dice enseguida mi madre, cuando ve que se queda algo indeciso a mi lado, esperando a que cierre la puerta—. ¿Tienes hambre? Me ha dicho Melissa que te encantan los guisantes. ¡He hecho para un regimiento! —afirma complacida y animada.

Él me mira con horror.

—¡Es broma! —rectifica enseguida ella, riéndose de su propia ocurrencia—. Ya me ha contado que te había tomado el pelo con eso durante el almuerzo.

—Ah, vale —respira aliviado—. Ya sé de dónde le viene a Melissa ese sentido del humor tan extraño.

Ahora el que se carcajea es mi padre.

—Las has calado a la primera.

Pongo los ojos en blanco al escucharle.

—Voy a avisar a Jake para que baje a cenar —les comunico, dirigiéndome a la escalera. Veo

que ahora él me mira con ojos de pánico. No quiere quedarse a solas con ellos.

—¿Te acompaño? —se ofrece.

—No, ponte cómodo. Están deseando someterte a un buen interrogatorio.

—¡Qué cosas tienes, cariño! —suelta mi madre, disimulando. Pero a sabiendas de que le he leído el pensamiento.

Cuando bajamos Jake y yo, ya están sentados a la mesa del comedor. He hecho tiempo a propósito para hacerle sufrir un poco. Nos han colocado frente a ellos, a los dos juntitos, y a Luke en una de las cabeceras de la mesa. Normalmente cenamos en la isla de la cocina, pero solo hay cuatro taburetes altos. La mesa del comedor la usamos cuando tenemos visita o para las celebraciones. Jake no pierde el tiempo y, a la mínima que ve su oportunidad de meter baza, le propone que le dé una vuelta en la moto. Él acepta sin reparos. Acaba de ganárselo de por vida.

—Nos ha contado Ray que el domingo te ha invitado su madre a comer.

Lo miro extrañada. En ese momento está concentrado en soplar una porción de los maravillosos canelones gratinados, receta de mi abuela, y creo que le asoma una sonrisilla de astuto pícaro traicionero.

—Ah, ¿sí? No me habías dicho nada —le digo.

—Me ha pedido que lo consulte con tus padres primero, si te dan permiso.

Menudo morro tiene. Se creerá que le van a dar un Óscar por su actuación.

—¿No venían los abuelos este fin de semana?

—Vinieron el pasado, Mel —responde mi hermano—. El amor te tiene trastornada.

Mi madre le suelta una colleja. «Bien hecho, mamá».

—¡Ay! —dice, él, rascándose la nuca. Después agrega—: Y la otra tía, la que está tan buena, ¿la has dejado por mi hermana?

Nos miramos atónitos. Mis padres también lo hacen.

—¿De qué hablas, Jake? —se interesa mi madre.

¡Mierda! Llevo haciéndole el vacío en el instituto desde que entró. No hemos reparado en que mi hermano también anda por los pasillos, la cafetería... y nos habrá visto interactuando con el grupo.

—No sé cómo se llama —continúa el chivato—. Mis amigos y yo las llamamos las trillizas. Ella es la más guapa, claro.

—Ella no era mi novia —responde finalmente Ray.

—Pues todo el mundo piensa que sí —insiste el bocazas.

—Solo somos amigos —continúa él, impasible—. En el instituto corren muchos rumores absurdos, como que Melissa sale con Luke Chanson solo porque a veces la trae en coche de los entrenamientos. Pero ya ves que no es verdad tampoco —lo dice con tanta naturalidad que es imposible dudar—. Audrey es mi vecina. Suelo llevarla a clase cuando pierde el bus y me lo pide.

Al final voy a tener que entregarle un Globo de Oro yo misma.

—Ya vivirás los chismorreos en tus propias carnes cuando empieces a ligar, enano —agrego, más relajada—. Si es que consigues engañar a alguna.

—¿Esa Audrey es la misma que te acosaba el año pasado? —se interesa ahora mi padre.

¡Joder! Otra vez el dichoso tema. Ray se remueve en su asiento algo incómodo. Esta vez no sabe por dónde salir a defenderme.

—Sí, papá. Pero ya os dije que aquel asunto se solucionó y que ahora somos amigas. Ha cambiado mucho desde entonces.

—¡Menuda leche le diste! —se ríe Jake, haciendo el gesto de un puño que va directo a su ojo.

—¡Déjalo ya, pesado! —lo reprendo.

Solo faltaría que Ray aclarase ahora que en realidad no fui yo quien le puso el ojo morado, que se lo pidió a su amiga para inculparme. Comenzaría la ebullición de nuevo y amenazarían con denunciarla por falsa acusación.

Ya he aprendido la lección, señores controladores del universo: ¡Lo habéis conseguido! ¡Me retiro! ¡No volveré a mentir para salvar el culo! ¡Jamás! ¿Contentos?

(Bueno, será a partir de que cortemos nuestra relación. Esto no cuenta todavía).

El resto de la velada transcurre sin más imprevistos. Cuando ya hemos terminado de cenar y de recoger, les digo a mis padres que subimos a mi habitación, con la intención de quitárnoslos un poco de encima, evitar meter la pata y hacer algo de tiempo hasta que Ray se vaya. Para que no parezca que se marcha precipitadamente.

—Vale, pero deja la puerta abierta.

—Mamá, no vamos a montárnoslo con vosotros aquí abajo. No estamos tan desesperados —replico, mientras subimos la escalera.

Él se ríe tras escucharme, aunque su cara ha adquirido un tono rosado repentino.

—¡Dile algo a tu hija, Richard, por favor!

—Déjalos tranquilos, mujer —se oye a mi padre cuando ya estoy cerrando mi puerta.

—Joder, ¡qué mal rato! —Se apoya de espaldas tras ella—. ¿Por qué no me habías dicho que tu hermano va al instituto?

—Porque tiene catorce años y para mí es invisible allí. ¡Ni me acordaba! —Me río al decirlo, no sé si por los nervios que también he pasado y que ahora se han esfumado.

—¿No les has contado que eres inocente de aquel incidente del ojo en el cine?

—¡Paso! Me sirvió para que pensarán que ya he superado la etapa bulling y que soy fuerte y me defiendo. Cosas mías —respondo, sin mostrar demasiado interés.

—Eres un saco de sorpresas, Melissa Grimm.

Sonríó al escucharle llamarme así. Solo le ha faltado el Rachel en medio para completarlo.

—Con lo del bulling te refieres a cuando acusaste a Audrey falsamente, ¿no?

—Ya me extrañaba que no te hubiera ido con el cuento a ti también.

—Es lo normal en una pareja: compartir lo que le ocurre a uno, ¿no?

Está cotilleando mis cosas. Al menos tengo la habitación ordenada, por insistencia materna. Si supiera ella que su cuarto está casi peor que el mío, no se habría preocupado tanto.

—¿Por qué nunca me has recriminado que la acusara falsamente?

—Porque es lo mismo que hizo ella viniendo aquí con un ojo morado en el que tú no tuviste nada que ver. Cada uno debe asumir las consecuencias del paso que da.

No me mira mientras habla, sigue observando un collage de fotos, pegatinas y posters que tengo pegados sobre las puertas de mi armario, completamente empapelado. Yo estoy sentada sobre los cojines que hacen de asiento en el alféizar de la ventana y solo veo su espalda.

—No entiendo qué ves en ella.

Se gira para mirarme y hace un gesto subiendo los hombros, como queriendo decir que no sabe o no contesta.

—¿Quién es esta de la foto?

Es una fotografía que nos hizo Jake a Annie y a mí, decorando nuestra primera pizza. Le tengo mucho cariño a esa imagen de mi infancia. Quizás porque es la única en la que salgo medio decente de pequeña, sin ausencias dentales ni cortes estrafalarios en el pelo por culpa de los

piojos que siempre se encargaba Jake de traer a casa, y yo quien más los sufría, claro, a él le pasaban la maquinilla y listo.

—Es la melliza de Alan. Nuestra primera canguro.

—¿Qué tal van las cosas con él? —No se da la vuelta al preguntarlo, sigue muy atento a la decoración de mi armario—. ¿Es cierto lo que ha insinuado Audrey hoy?

—¿Cuál de todas las cosas que ha insinuado?

Camina hacia donde estoy yo y se sienta al borde de mi cama, frente a mí, con las manos apoyadas sobre el colchón a ambos lados de su cuerpo.

—Me refiero a lo de que os escribís mensajes.

—¿Y quién no se escribe mensajes? Nosotros mismos lo hacemos, ¿no?

—¿Son como los nuestros?

—¿A qué te refieres?

Gira la cabeza, pensativo, como tratando de buscar las palabras que quiere decir. Fija su mirada en el libro que tengo sobre la mesilla de noche.

«Mierda. No».

Aunque no se ha movido, me adelanto y lo cojo.

—¿Qué pasa?

—Nada —Lo estoy guardando tras mi espalda—. Es que es un libro muy íntimo y... me da vergüenza que sepas lo que leo.

—¿Erótico?

—Mm... más o menos.

Respiro aliviada. Prefiero que piense eso a que se tope con la foto del mellizo.

—Vaya, vaya... —Apoya sus codos sobre las rodillas y continúa su particular interrogatorio—. ¿Algún secretillo más? Cuando baje las escaleras, ¿descubriré que tus padres en realidad son zombis y que van a comerme vivo?

Me río de su ocurrencia a la vez que miro por la ventana, por simple inercia, o tal vez costumbre, y veo a Alan estudiando con los brazos apoyados sobre su mesa. ¿Qué hace aquí? ¿No se había mudado? ¿Y no iba a estar de viaje dos semanas?

No sé si ha notado mi presencia, pero ha levantado la cabeza y me ha visto. Me está observando bajo la luz de su flexo. Saluda con un gesto de la mano y yo se lo devuelvo moviendo fugazmente la barbilla, con la sonrisa algo congelada porque Ray acaba de sentarse junto a mí y lo ha presenciado.

—¿Así se originó lo vuestro? —pregunta, curioseando a mi vecino, quien a su vez ha vuelto a dirigir su atención en lo que sea que estuviera leyendo—. ¿Miraditas por la ventana y mensajes de texto?

—No pienso hablarte de Alan. El trato solo incluía la cena, ¿no? Pues ya lo hemos cumplido.

—Estás muy pillada, ¿verdad?

—¿Le vas a ir con el cuento a Irwin? —Lo pregunto un poco a la defensiva.

—Sabes que no. —Ahora está mirándome. Sigue sentando a mi lado, en ese improvisado asiento que suelo usar para leer con las piernas estiradas hacia donde él se encuentra en este momento—. No lo entiendo, Melissa. Si tanto os gustáis, ¿por qué no estáis juntos?

—Ya te lo dije la primera vez que lo hablamos, ¿recuerdas? Es una historia complicada.

—¿Por la edad? ¿Solo es eso?

—Además está pillado por Rebecca.

—¿Estás segura de eso?

—Sí. Él mismo me lo confirmó.

—¿Y por qué sigue alimentando tus sentimientos entonces?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Vamos, Melissa Grimm. Hasta tu hermano de catorce años podría darse cuenta de eso. ¿Por qué, si no, se preocupa tanto de traerte y llevarte?

—Tú también lo haces, y estás pillado por Irwin.

—¿Quieres hacer una prueba?

—Cuál.

No responde. Solo se acerca y me besa en los labios. Pero no de la misma forma que la primera vez en el cine, ni después sobre la moto, ahora es más intenso, más furioso, casi animal. Me coge por la cintura y me sienta a horcajadas sobre sus piernas, con mis rodillas apoyadas sobre los cojines y nuestras pelvis en contacto, como cuando me pilló con Luke. Y del mismo modo que las de él, sus manos recorren mis piernas hasta alcanzar mi trasero, que termina liberado de la falda, porque ha quedado subida hasta la cintura. Pero a diferencia que con Luke, mi cuerpo sí reacciona a su contacto y se enciende, y lo desea, y se estremece, y lo busca, y se mueve a su ritmo, apretándose contra él, que también me empuja para encontrarse conmigo, en un vaivén donde solo nos separa la ropa. Introduzco una mano por el cuello de su camisa y la bajo hacia su espalda, necesito su contacto directo, acariciarlo, sentirlo, aunque solo sea con las manos y mi boca. El automático de uno de los botones salta, dejándome más espacio para recorrer su torso. Enseguida sigue mis pasos y mete sus manos por debajo de mi jersey, siento el calor que me está provocando y me deshago de la prenda sin pensarlo, ansiosa por regresar a su boca, que se me escapa porque ha encontrado otro lugar en el que perderse. Acaba de bajar una de las copas de mi sujetador y su lengua recorre mi pezón hasta que se pierde dentro de su boca, y lo recibo con un placer casi doloroso, no sé si me ha mordido. Sus manos danzan por mi cuerpo, me acarician, me sostienen y me atraen hacia él, en movimientos cada vez más intensos. Me abrazo a su cuello como si quisiera atravesarlo con mi pecho, y vuelvo a encontrarme su boca, que me devora. Después se detiene. Pero yo no quiero. Me pego aún más a su cuerpo, abrazados, tratando de controlar la respiración agitada. Nuestros labios ya no se besan, aunque siguen a dos milímetros de distancia, con esa vibración propia de dos objetos imantados. Temblorosos. Nuestras frentes unidas y los ojos escrutándose. Preguntándose cuál será el siguiente paso. Confusos. Agitados. Hemos olvidado a Alan y también la verdadera razón de ese beso. Durante los minutos que ha durado, solo existíamos nosotros y aún seguimos conectados. Abrazados. Sin aliento.

Escucho pasos en la escalera y, bruscamente, salimos del letargo. Nos separamos de un salto, como si nos hubieran acoplado un resorte. Cojo mi jersey del suelo y me lo pongo en tres segundos. La puerta no tarda en abrirse, sin haber llamado nadie antes. Es Jake, enviado por mi madre. Viene a decirnos que ya es tarde.

Acompaño a Ray a la salida. Más perdidos que nunca en nuestro papel interpretativo. Por primera vez no sabemos cómo actuar realmente. Silenciosos.

Se despide de mis padres dándoles las gracias por todo. De mí no lo hace. Tal vez por descuido. Tal vez no sabe cómo.

Dardos envenenados

James: Cuidado con Ray. Creo que él y Audrey están jugando sucio contigo.

Yo: Gracias, James. No te preocupes. Todo controlado.

Son los mensajes con los que me he despertado esta mañana. Si es que he despertado, claro. Creo que aún sigo danzando en ese ensueño evocador en el que me sumergí anoche y del que no consigo salir. El corazón me late desbocado cuando traigo a mi mente la escena y siento a Ray bajo mi cuerpo, apretándome contra él y comiéndome los labios con ansia viva, como si de mi boca fuera a salir una droga indispensable para su subsistencia, y de la suya la que yo necesito para sobrevivir. No puedo dejar de pensar en él. Ahora entiendo a Amy y todo lo que sintió con Luke cuando la acariciaba: una explosión de sensaciones. Es como subir a la luna y hacer puenting desde allí arriba. Fue la hostia. Necesito más droga.

Cuando entro en la primera clase que tengo, que es la de la profesora White, veo que Ray ya está ocupando su sitio. Siento un hormigueo en el estómago tan intenso que pienso que no voy a conseguir llegar hasta mi silla sin caerme. Creo que me tiemblan las piernas y todo. No me mira cuando me acerco, aunque sé que lo está haciendo de reojo. Ocupo mi asiento habitual, delante de él, y noto su presencia tras mi nuca. Pensaba que recibiría algún mensaje suyo como ayer, que no paró de escribirme por el asunto de la cena. Pero debe de estar tan cortado como yo por lo sucedido en la ventana.

¿Qué me está pasando? Yo no soy así de tímida. Quiero girarme y decirle algo, cualquier cosa. Mi cabeza entra en ebullición buscando una pregunta ocurrente que dé lugar a un comentario sarcástico por su parte o una sonrisa cómplice.

¡Ya lo tengo!

Me giro con la sonrisa más espléndida que soy capaz de esbozar, con más intención que seguridad, eso sí, y feliz de poder mirarle de nuevo a los ojos. Esos ojos tan infinitos cuando me desafían.

—Lo de la comida del domingo, ¿iba en serio era un farol vengativo por dejarte a solas con mis padres?

—¿Tú qué crees? —responde en tono serio. Está muy concentrado buscando algo entre los separadores de su carpeta de apuntes.

—No lo sé, por eso lo pregunto. —Mi tono de voz ha pasado del risueño al «trágame tierra».

—¿No íbamos a cortar después de la cena? —insiste, aún más arisco.

—Sí, pero... como dijiste lo de la comida.

Me siento bastante incómoda y noto mi cara ruborizada. ¿Qué coño le pasa ahora?

—Por mi parte, ya somos historia —suelta, abriendo el libro y dando la conversación por concluida.

No entiendo nada. Pensaba que él había sentido lo mismo que yo. ¿Estaba actuando conmigo como con mis padres? Siento un latigazo de furia. Una furia inmensa y descontrolada. No sé si es a

esto a lo que se refieren con la frase: «Del amor al odio hay solo un paso». Tiene que serlo, porque en este instante odio a Ray Broad con todas mis fuerzas y quiero joderlo vivo.

—Pues me alegro. Ahora que he conseguido que Alan me vea con otros ojos —me sorprende diciéndole—. ¡Te debo una! —agrego, con mi sonrisa más malvada, si es que tengo una. En mi cabeza sí la veo—. Anoche me escribió unas cosas que... En fin, no quiero entrar en detalles o necesitare una ducha fría.

«¡Chúpate esa, cabrón!»

No nos dirigimos la palabra en toda la jornada. Encima nos toca hacer de compañeros de equipo en el laboratorio de química. Solemos ir rotando en cada proyecto.

Se me está haciendo la clase larguísima con sus monosílabos.

No entiendo su bipolaridad sin sentido. Parecía que volvíamos a conectar como amigos con la historia de fingir que salíamos, y que atrás habían quedado nuestras diferencias por haberle pintarrajeado su casa y la que monté en su fiesta. ¿Por qué con Irwin es tan indulgente y a mí no me deja pasar una? Llegué a pensar que era porque sentía algo por mí. Pero, si fuera así, ¿por qué me rechaza tras lo que ocurrió anoche? Si ya me tenía, ¿por qué me desprecia?

—¿Piensas colaborar o voy a hacer todo el trabajo solo? —interrumpe de pronto mis pensamientos.

—¿Cuál es el problema, Broad?

—Empieza primero por copiar correctamente los coeficientes, que en el hidrógeno te has colado.

—No me refiero al proyecto.

—Entonces no veo otro problema que comentar.

—¿Ni siquiera lo que ocurrió anoche en mi habitación?

—¿Qué ocurrió, Grimm? —sus ojos vuelven a retarme—. Yo no recuerdo que pasara nada fuera de lo habitual, teniendo en cuenta que fingíamos ser lo que no somos. No entiendo tu empeño en hablarlo.

—Entonces, ¿podrías ahora fingir que solo somos amigos y que nada se ha interpuesto entre nosotros? Es para que todo vuelva a la normalidad y no tengas que esforzarte tanto en evitarme cuando nos cruzamos por los pasillos.

Suena el timbre, anunciando el final de la clase.

—¿Ves que sí necesitábamos hablarlo? —agrego, antes de salir como un velociraptor.

Si ya había sido complicada la jornada, lo es más aún cuando me cruzo con Alan en la pastelería de la esquina de nuestra calle. He entrado a comprarme un bretzel y lo he encontrado sentado a una mesa, acompañado por un café y un donut junto a un cuaderno de notas. Hago como que no lo he visto y pido en el mostrador lo que he venido a comprar. Pero a la salida no tengo tanta suerte y me invita a tomar asiento. No es que me moleste tenerlo justo enfrente, el problema es que estoy bastante avergonzada por el numerito de la ventana.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba salir un poco de mi cuarto —me explica—. Tengo la cabeza a punto de explotar.

—¿No te habías mudado para estar más cerca de tu trabajo?

—Lo hice. Pero me concentro mejor aquí para estudiar, no sé si es por apego a mi mesa de estudio o que hay menos ruido o yo qué sé —explica, cerrando el cuaderno—. ¿Y tú qué tal? ¿Te has metido en algún lío últimamente, pequeña Grimm?

—Nada que sea digno de mención para mi expediente.

—¿Ni siquiera cierto revolcón con ese tal Ray sobre el alféizar de tu ventana?

Lo dice sin mirarme y retirando el exceso de glaseado de su donut, como queriendo restarle importancia.

—Vaya. Me has pillado. No conocía esa faceta tuya de mirón.

Le doy un pequeño mordisco a mi brezel.

—Imposible perderse semejante escena. Por un momento temí que salierais disparados por la ventana. Estuve a punto de llamar a los bomberos. Te lo juro. Tenía el teléfono en la mano por si acaso.

—Suerte que no lo hicieras —agrego, con una sonrisa pícaro en los labios.

—Así que al final... Ray.

—Sí —respondo, no sé muy bien por qué—. Al final Ray.

—Te funcionó lo de Luke, por lo que veo.

Me sorprende de su comentario, no recordaba que sabía aquello.

—Sí. Eso parece. ¿Y tú qué tal? —Trato de cambiar de tema para que no se centre en mí la conversación—. ¿Hablaste con Rebecca sobre sus amenazas?

—Sí, ya está todo arreglado.

—¿Arreglado? —me sorprende—. ¿Y qué excusa te puso? ¿Que se siente amenazada por una mocosa de dieciséis años?

—No hizo falta. Terminamos.

Tampoco me mira cuando lo dice. Está dando un sorbo al contenido de su taza.

—¿Habéis roto? —Esto sí que es nuevo—. No me lo habías dicho.

—¿Por qué tenía que decírtelo? —No sé si lo dice sorprendido o irritado—. Es mi vida. Mi relación.

—Pero yo formo parte de esa... de lo que ha pasado entre vosotros —rectifico.

—No, Mel. Tú no eres parte de esto. Solo la víctima de un malentendido. Y siento profundamente que te hayas visto envuelta. —Ahora su tono es dulce y cariñoso—. Hablé con tus padres el otro día para disculparme.

—¿Con mis padres? —No doy crédito—. ¿Cuándo?

—El otro día... Anteayer.

—¿Y qué pasó? ¿Qué les dijiste exactamente?

—Les expliqué que Rebecca es complicada e impulsiva y que ve historias donde no las hay. —«Vaya, ahora ya no es Becky»—. También que sentía lo que mi madre había dicho sobre ti y que no volvería a ocurrir.

—Y que ya no estabais juntos, ¿verdad? —me intereso enseguida.

—Bueno, eso no, o tal vez lo diera a entender... No sé. ¿Por qué lo dices?

—Porque invitaron a cenar a Ray sin mi permiso y ahora lo entiendo todo.

—¿Te pareció mal que lo invitasen?

—No, no es eso. Da igual —respondo pensativa—. ¿Y estás bien? Lo digo por la ruptura.

—Bueno, más o menos. Digamos que... adaptándome.

—¿Y ella?

No es que me importe, pero me preocupa su sed de venganza. Me veo en el centro de su diana.

—Dolida, imagino. No hemos vuelto a coincidir —explica—. Annie dice que está viéndose con alguien. Supongo que por despecho, para que me lo cuente.

—¿Son amigas?

—Sí, éramos del mismo grupo del instituto.

—Pensaba que los mellizos Lowe se odiaban a muerte. No sabía que compartieran grupo de amigos.

—Teníamos nuestros momentos. Suele pasar entre hermanos. Tal vez solo conociste los malos. ¿Cómo lo llevas tú con Jake en el recinto?

—Ni nos miramos.

—¿Lo ves? —Se termina el café y el último bocado de su donut—. ¿Y las clases, cómo va el semestre?

—Bien, más o menos —digo cabizbaja—. El profesor Philips no tiene nada que ver contigo en sus explicaciones, y la verdad es que tengo algunos puntos de Física atragantados. Química genial. Lo he ido pillando.

—Si necesitas ayuda, puedes contar conmigo. Lo sabes, ¿verdad?

—No creo que mis padres estén dispuestos a contratar tus servicios —resuelvo irónica.

—Me refiero como amigo. Puedo echarte una mano, sin problema. Aquí mismo, si quieres, o en la biblioteca. Tus padres no tienen por qué enterarse.

Me lo pienso un momento y decido que es una excelente idea. Cuando estudio con Alan todo es más sencillo y pierdo menos tiempo. Además, me vendría bien un soplo de aire fresco y alejarme un poco del aire viciado de mi círculo.

—Acepto. Pero debemos hacerlo con la máxima discreción o la orden de alejamiento que mis padres me tienen puesta contra ti podrían revertirla también contigo, y de forma oficial en la comisaría del distrito.

—Vas a conseguir que me lo replantee, pequeña Grimm.

—Tranquilo. Si has sobrevivido a las Irwin podrás con esto.

—Ahora me preocupa sobrevivirte a ti.

—Ah, por mí no te preocupes. Mi veneno no es tan mortífero. ¿Sabes la última dosis de su ira que me inyectó?

—A ver, sorpréndeme.

—Dijo que Rebecca había leído nuestros mensajes.

Cambia de postura en su asiento y noto que se remueve incómodo.

—¿Eso te dijo?

—Sí. ¿Me lo explicas?

—¡Joder! —Tamborilea con los dedos sobre la mesa pensativo—. ¿Es necesario?

—Me gustaría saber qué información manejan, para mantenerme alerta. ¿Sabes lo que se siente cuando llegas a casa y te enteras de que han estado allí porque, supuestamente, le puse un ojo morado? ¿O que tu madre haya hablado con la mía, acusándome de insinuarle a ti y de interponerme en vuestra relación? Necesito saber si estoy liberada por vuestra ruptura o si, por el contrario, me encontraré otro dardo envenenado clavado en mi espalda cuando abra mi puerta cualquier tarde.

Se frota la frente y me mira, pensativo y mordiéndose el labio, un gesto que descubrí este verano y que provocaba que humedeciese los míos.

—Está bien —resuelve, más decidido—. Fui a pedirle explicaciones sobre lo ocurrido y me soltó una barbaridad de sandeces y rodeos que nada tenían que ver con las pruebas que tú me

habías aportado.

—Es que una imagen vale más que mil palabras —le interrumpo.

—Además, ella no tenía ni idea de que lo habíamos hablado. Pensaba que todo venía por una conversación con mi madre. Se lo hice creer así, claro. —«Buena estrategia»—. Cuando saqué el teléfono para desarmar sus más que evidentes mentiras, lo cogió para leerlo y salió disparada a encerrarse en el baño con él.

—¿Lo dices en serio? Está peor de lo que pensaba.

—Fue un error por mi parte —lo dice preocupado—. Subestimé su grado de obsesión. Se reenvió todo nuestro chat, por lo visto.

—Están enfermas. Te lo garantizo.

—Empecé a creerlo también. Me he sorprendido usando mentalmente algunos de tus calificativos al referirte a ellas y... ¡Qué cojones! ¿Sabes lo que te digo? ¡Hiciste bien robándole el novio!

«Si tú supieras...»

—Bueno, al menos sabemos el material que manejan, y en nuestro chat no hay carnaza. ¿No crees?

No parece convencido del todo, pero afirma con la cabeza.

—Solo están esos pequeños comentarios en los que hacemos alusión al mellizo de mi edad; pero tampoco tiene nada de particular, ¿no te parece?

Es como si necesitara que él me lo confirme para quedarme tranquila.

—No tienen nada. No te preocupes. Cualquier cosa que intenten, me avisas. Lo último que desearía es que vuelvas a verte implicada por mi culpa. Si se pone en contacto con tus padres de nuevo, yo daré la cara por ti. ¿Prometes que me lo dirás?

Me sujeta la mano que tengo sobre la mesa, para que lo mire.

—Sí. Tranquilo. Aunque ya no les queda nada que ganar, así que se olvidarán.

«Tampoco les queda nada que perder, por otro lado». Pero esto último me lo guardo. No quiero preocuparle más de lo necesario. Acaba de conocer el verdadero universo Irwin y aún es un pobre neófito.

Clases particulares en Madys

Barajamos la posibilidad de quedar para mis clases de apoyo en la pastelería de la esquina, pero la cercanía con nuestras casas me tiró para atrás. Otra opción fue la biblioteca del instituto, ya que íbamos a quedar después de clase los días que yo no tuviera entrenamiento y así no llegar demasiado tarde a casa; pero teniendo en cuenta el factor Irwin que queríamos evitar a toda costa para ahorrarnos sus conspiraciones, y no nos olvidemos de mi hermano, que desde la cena con Ray empecé a visibilizarlo y a tenerlo más en cuenta, al menos para cubrirme las espaldas...

Al final decidimos quedar en Madys. No está lejos del instituto, puedo ir andando, y un martes cualquiera es difícil coincidir con alguien conocido. Al menos para mí, porque a quien sí nos encontramos fue a Brenda, la hermana mayor de Luke y James. Aunque apenas reparó en mi presencia, solo tenía ojos para Alan. «¡Por Dios, se lo estaba comiendo literalmente! ¿Y esa sonrisilla nerviosa? ¿Ahora va a colocarse el pelo detrás de la oreja con coquetería? Pero, por favor, si eso es de primero de flirteo. Vas a necesitar mucho más para conquistar al bueno de Alan, querida. Vale, ahora se muerde el labio de abajo. Está poniendo toda la carne en el asador y le cuenta que va a salir de secundaria en una serie de Netflix. Por favor, que alguien le ponga un esparadrapo a esta mujer en la boca, ¿es que no va a callarse nunca? Algunos tenemos que estudiar, ¿sabes? Venga, chao, bye bye, sayonara, ¡que te pires! Bien. ¡Por fin!»

«Oh, no. ¡Ha vuelto! Le está pidiendo el teléfono. ¿Se puede ser más patética? Si no te lo ha pedido él a ti después de tu elemental baile del cortejo, ¿para qué insistes? ¡Está claro que no te va a llamar!»

—¿Tienes hambre? —me pregunta cuando finalmente hemos conseguido quedarnos solos y nos sentamos—. ¿Pedimos un perrito antes? O lo que te apetezca.

—Prefiero una porción de pizza barbacoa.

Se levanta y va a la barra a hacer el pedido, entre semana no sirven en las mesas. Mientras tanto envío unos mensajes de texto a Amy para usarla de coartada. Se supone que estamos estudiando juntas, aunque ella no lo sepa aún. Me dice que le vengo de lujo y que si se pone en contacto James conmigo le diga lo mismo.

Mierda, se la está pegando con Luke otra vez. ¿Por qué no le deja? Siento pena por mi amigo. No se lo merece. Vale que ella es mi mejor amiga, pero se está comportando como una gilipollas.

—¿Va todo bien?

Acaba de llegar con la bandeja y me pasa mi refresco y mi porción de pizza.

—Sí, ¿por?

—Estabas con el ceño fruncido, como cuando intentas resolver un problema que acabo de ponerte. Te lo he visto hacer un millón de veces —sonríe al decirlo—. Y teniendo en cuenta que aún no has sacado ni el libro...

—Es por mi amiga Amy. Se está liando con Luke a espaldas de James.

—¿Los hermanos de Brenda? ¡Joder con tu generación! Vais mucho más adelantados que nosotros —afirma riendo—. Jamás pensé que diría algo así. Tal vez a mis hijos o a mis nietos, pero no siendo tan joven.

—Es que en el fondo eres un vejestorio anticuado —le digo, para picarlo.

—¿Recuerdas cuando te hacía de canguro? —«Que si lo recuerdo, dice...»—. ¿Qué edad tendría yo...?, quince o dieciséis.

—Dieciocho —rectifico, con la boca llena de pizza.

—No, me refiero a cuando Annie y yo íbamos juntos a cuidarlos. En esa época aún no me había besado con ninguna chica. ¡Y me gustaba Brenda, por cierto! —añade. Alegrándose al descubrir la casualidad de que ahora mismo se encuentre allí ella—. Pero salía con uno de último curso. Justo ese verano empecé con Rebecca. Mi hermana la invitaba a la piscina casi a diario. Estaba castigada por algo que hizo en un arranque de rebeldía y, mira por dónde, acabé con su amiga.

«¿Dónde habré escuchado yo eso? Ah, sí, en mi cabeza cuando imaginaba que Alan y yo teníamos dieciséis años y venían a mi piscina él y su hermana, que éramos íntimas amigas, precisamente, y él y yo terminábamos liándonos. Al final resulta que él ya vivió algo así en la realidad. ¿Tendré poderes mentales y me metí en su subconsciente para robarle sus recuerdos con Rebecca y sustituirlos por los míos?».

—La verdad es que Annie y tú tenéis mucho en común, ahora que caigo —agrega, como si me hubiera pillado hurgando en su cerebro—. A ella también la castigaron todo un verano, con tu edad más o menos. Aunque no por cuestiones académicas, que hubiera sido lo suyo porque suspendió un montón de exámenes. Fue por intentar fugarse con un novio que tuvo.

—Ya, me enteré. ¿Por qué crees que mis padres prefirieron contratarte a ti después?

—¡Pensaba que por méritos propios!

Niego con la cabeza, riéndome de su falsa actuación.

—¿Tampoco porque tú te pusiste de rodillas ante ellos suplicándolo?

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Para poder entregarme las cartas de amor en mano.

—¡Eso solo fue una vez, idiota! Y deja de presumir por las cartas de una niña de doce años. ¿En qué clase de perverso te has convertido? —le acuso riendo—. Solo te falta espiarme por la ventana. ¡Ah, no, calla, que eso también lo haces!

—¿Serás malvada? Como si no lo hubieras hecho a propósito para que te viera.

Se me corta la risa de golpe.

—¡Eso no es cierto! —niego a la defensiva.

—Lo sé. Solo estaba de broma. Como tú —me dice, metiéndose el último trozo de perrito en la boca. Consciente de que acaba de sumarse un tanto.

Recogemos todo lo de la mesa y saco mi cuaderno de física. Se pone a repasarlo con las cejas muy juntas y el capuchón de mi bolígrafo entre los dientes. Algo que en verano también hacía y que yo terminé copiando.

—Un poco pesada tu amiga Brenda, ¿no? —opino, cuando la vemos salir con su amiga y no duda en pararse de nuevo a despedirse.

—¿También le vas a poner pegas a Brenda? —pregunta, sin despegar los ojos de lo que está leyendo—. No irás a empezar otra conspiración ahora contra los Chanson, ¿verdad?

—No, si al final también tendré la culpa de la malasangre de las Irwin.

—Tú a tus cosas, y déjanos a los mayores con las nuestras.

—¿La piensas llamar?

—No es asunto tuuuuyo.

—¿Te mudarías a Los Ángeles?

—No me parece un mal sitio, la verdad.

—No te pega nada Brenda Chanson. Es del gen James: dulce, sensata, casi divertida... Pero

terminaría pasándote como a Amy y necesitarías el gen Luke para darle algo de morbo a tu vida.

Se ha reído con mi comentario y ha soltado el cuaderno y el boli sobre la mesa, ahora me presta toda su atención con los brazos cruzados.

—¿Como Ray y tú que os lo montáis a la vista de todos para... qué exactamente?

—Fue solo un beso. No le des más importancia de la que tiene.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, no recuerdo haberme quitado la falda ni la ropa interior. ¿Cómo lo viste tú desde allí enfrente?

—¿Soléis hacer esa clase de numeritos en otros sitios con público?

—¿Ahora te interesa mi vida sexual?

—Pero si solo hablábamos de un beso, ¿no?

—En el fondo te intriga, ¿verdad?

Cómo me gusta provocarlo.

—Para nada. Volvamos a los ejercicios. El primero lo tienes mal. En el segundo tienes bien el planteamiento, pero el resultado no es correcto.

«Empate a uno».

Llego a casa un poco más tarde de lo que tenía planeado, pero la verdad es que nos hemos entretenido más tiempo charlando que con el tema que nos había llevado allí. Aún así, mi madre no dice nada y mi padre aún no ha llegado. Jake y ella están buscando no sé qué libro que está convencida de que le había comprado y él insiste en que no lo hizo y lo necesita llevar mañana a clase de Literatura Inglesa. Me asomo a la cazuela para ver qué ha preparado de cena. Guisantes. No puedo evitar acordarme de Ray.

Subo a mi habitación y decido llamar a Amy. Me preocupa bastante lo que se trae entre manos con Luke.

—Te cuento lo mío si me cuentas por quién me has usado de coartada —me dice enseguida—. ¿Has hecho las paces con Ray?

—¿Crees que necesitaría una coartada con él después de haber sido invitado por mis propios padres?

—Podríais haber quedado para terminar lo que dejasteis a medias...

—¿Es lo que has hecho tú?

—¿Cómo lo sabes?

—No hace falta ser muy lista.

—Ha sido increíble, Mel. ¡Alucinante! Ahora entiendo por qué con James no podía: es que no me excito tanto como con Luke.

—¿Habéis roto James y tú?

—No. Luke no quiere. Dice que su hermano jamás se lo perdonaría.

—Pues que no hubiera sido tan cabrón, si tanto le preocupa eso.

—¡Joder, Mel! No sé por qué te pones así. Pensaba que tú me entendías.

—James también es mi amigo. Incluso antes de que lo fueras tú.

—Lo sé. Pero no puedo evitarlo. El amor es así.

—¿Amor? Eso no es amor, Amy.

—¿Qué sabrás tú? ¿Ahora eres una experta en amor? Si ni siquiera sabes lo que quieres. Un

día Ray, otro Alan, después Ray otra vez... ¿Hoy quién ha sido, Alan? Al sol que más calienta.

—Te doy hasta mañana de plazo: o se lo dices tú o lo hago yo.

Cuelgo enfada.

Sé que no debería meterme, no es asunto mío. Pero me duele. Tal vez tenga razón conmigo en lo de Ray y Alan, sin contar con que yo le he hecho a Audrey lo mismo que ella a James. Pero ella es una odiosa y se lo merece. O quizás tampoco, porque es algo muy rastrero. Pero lo que ocurrió con Ray no fue apropiado, surgió sin más. Sin esperármelo. No voy a sentirme mal por algo que ni siquiera yo planee a conciencia.

Tampoco los juzgué a ellos cuando les pasó tras la fiesta: él había bebido, ella siempre estuvo colada... Un desliz. Solo eso. Pero lo que hacen ahora es cobarde y una canallada.

Alan: ¿Se puede saber por qué tenías una foto mía?

«¡Mierda! ¿Qué? ¿Cómo coño...?».

Yo: ¿De qué hablas?

Alan: No te hagas la inocente ahora. Asómate a la ventana.

Cuando lo hago, veo que la tiene pegada contra el cristal. Después la suelta en la mesa y se pone a escribirme.

Alan: Tu madre ha dicho que la tenías guardada en un libro.

Yo: Te lo puedo explicar.

Alan: Lo estoy esperando.

Cierro la aplicación. No sé cómo expresarme por escrito y tengo miedo de que tome mis palabras con el tono equivocado. Me siento en el alféizar de la ventana y marco su número.

—Fue el día que estuvimos en tu habitación. Mientras tú buscabas la ropa y el cepillo de dientes, yo vi esa foto pegada en el corcho y la cogí para mirarla de cerca. No recordaba cómo eras exactamente a esa edad y me hizo gracia. Luego entraste por la puerta y me dio vergüenza que me pillaras con ella en la mano, así que la metí en mi bolso disimuladamente. Pensaba devolverla a su sitio cuando tuviera ocasión, pero... no la ha habido.

Veo que me está mirando también a través del cristal. Sigue al teléfono, pero no dice nada. Solo sonrío.

—¿Piensas que estoy chalada como una Irwin?

—Más chalada aún —responde, y su sonrisa vuelve a dibujarse.

—¿Tanto como para dejar de ayudarme con Física?

—Más aún. Pero no te preocupes, creo que me voy inmunizando a ese veneno tuyo.

—¿El jueves entonces?

—Nos vemos el jueves.

—Una pregunta antes de colgar: ¿Te ha puesto mi madre una orden de alejamiento?

—Con pulsera incluida.

—Lo suponía. Bienvenido a mi rutina carcelaria.

Colgamos y veo cómo se aleja de la ventana riendo. Yo me quedo allí sentada, embobada, con el teléfono en la mano y sin querer bajarme de esa especie de nubecilla que me sostiene.

Una notificación de mensaje recibido vibra en mi mano.

Alan: ¿Necesitas que te preste mis prismáticos?

La foto misteriosa

Flota un aire enrarecido y turbio en el ambiente de nuestra mesa de la cafetería del instituto. Hay caras raras e incómodas. Empezando por las de Amy y la mía, que hemos sorprendido a la mayoría tras sentarnos en esquinas opuestas sin dirigirnos la palabra. Yo le he robado el sitio a Tomas, que, lejos de molestarse, parecía encantado de ocupar mi asiento a la derecha de Broad.

James ha sido el más sorprendido, pobre, no tiene ni idea de por dónde van los tiros. Pero sigue ahí, pegadito a su chica, pendiente de ella, de si le falta la servilleta o se le ha olvidado coger cubiertos, y traérselos enseguida, o preguntándole si le esperará durante los entrenamientos para llevarla después a casa. Ella encantada con esto último, claro, a quien espera realmente es a Luke, quien me observa con cierto recelo, señal de que sabe perfectamente lo que se cuece en mi mente y también de que mi amiga le ha ido con el cuento de mi ultimátum. Se siente amenazado, el muy cobarde, hacerle algo así a su propio hermano. Lo de Amy podría tener un pase: al fin y al cabo, a ella quien le gustó realmente desde el principio fue Luke, y es normal que cuando vio la oportunidad volviera a resurgir aquel encantamiento y se dejase llevar. Lo que está mal es que no haya dado la cara con James ni lo afronte. Sin embargo, lo de Luke no tiene nombre. Y, además, ¿no estaba tan pillado por Audrey?

Ella y sus secuaces no están muy habladoras tampoco. No sé si será el impacto de tenerme sentada enfrente de ellas. Aunque Carlson tampoco está muy hablador, que digamos, y normalmente no calla ni debajo del agua. Me pregunto qué habrá pasado. La verdad es que tampoco me quita el sueño. Prefiero terminarme la comida y acabar con mi jornada cuanto antes. Estoy deseando llegar al entrenamiento. El domingo jugamos un partido importante que nos eliminará de la liga posiblemente. Lo cierto es que nuestro equipo deja mucho que desear; pero al menos, con esa actividad extra y al relacionarme con otras compañeras en otro tipo de conversaciones, salgo un poco de esta rutina de dimes y diretes. Es una especie de diálisis mental para mí.

—Ah, por cierto, Mel, me dijo mi hermana que el otro día os encontrasteis en Madys, ¿no? —suelta James, como el que no quiere la cosa.

—Ah, sí, cierto —respondo sin más. No quiero darle ninguna importancia al asunto.

—¿Qué hacías en Madys un martes? —pregunta Luke. No sé si consciente o no de su pregunta. Aunque me da que sí. Tal vez mi amiga le haya ido con el chisme de que la usé de coartada. Se ve que no hay secretos entre ellos. Ojalá fuera igual de generosa con el que tiene al lado.

—¿Te he preguntado yo a ti con quién estabas el martes, Luke? —decido retarle. A pesar de que su amante me está mirando con ojos de súplica desde la otra esquina.

—¿Y qué tiene de malo estar un martes en Madys? Ni que fuera un club de striptease —agrega James, que ignora completamente la intención y la mala uva de su hermano.

—A lo mejor la pregunta adecuada sería: ¿con quién?

Ya me extrañaba que la sibilina no fuera a meter baza. Hubiera sido para darle una medalla por su contención.

—¿Con tu puñetera madre tal vez? —respondo.

—¡Retira eso! —Acompaña el tono amenazador apuntándome con su tenedor, como si se tratara de la varita de Harry Potter, o la navaja de una vulgar delincuente. Broad se lo quita de las manos en cuanto se fija en el detalle.

—O si no, ¿qué? —pregunto—. ¿Les dirás a todos con quién estaba? ¿Tanto os importa mi puta vida privada? —Ahora los miro a todos ellos.

Nadie responde. Solo nos miran a las dos. Incluido Ray que, aunque no ha salido a defenderla y le ha quitado su arma, parece molesto.

—¿Sabes tus padres que Alan guarda fotos tuyas en su móvil?

—¿Sabe tu hermana que hurgar en la privacidad de un teléfono y reenviarse contenido es delito?

Me levanto de la mesa y me largo. Completamente indignada.

«¿De qué coño habla ahora? ¿Por qué siempre encuentra algo que reservarse en la manga? ¿Cuándo me va a tocar ganar? ¿Por qué cada paso que doy es sobre suelo movedizo? ¿Qué significa eso de que Alan guarda fotos mías? ¿Fotos de qué tipo? ¿Nos las hizo a Ray y a mí por la ventana?»

En la puerta, uno de los que vigilan en la cafetería me hace volver a recoger mi bandeja. Llevo lágrimas en los ojos cuando regreso, de pura rabia contenida. Mi mirada se cruza con la de Ray, que la esquivo enseguida. James es el único que se acerca a mí y me ayuda a recoger la bandeja. Me acompaña a la salida.

—¿Estás bien? ¿Necesitas hablar o algo?

Niego con la cabeza, pero las lágrimas me brotan con más fuerza, en cascada. Camino por el pasillo en dirección al servicio. Él me sigue. Logro calmarme y me seco los ojos con las mangas.

—¿Qué te ocurre con Amy? ¿Por qué no os habláis?

—Pregúntaselo a ella —le digo, antes de cruzar la puerta del lavabo.

Entro en uno de los cubículos y me siento sobre la tapa de la taza. Saco mi móvil.

Yo: ¿Por qué dice Audrey que en tu teléfono guardas fotos mías?

Lo ha leído, pero no contesta y se ha desconectado.

Suena el timbre de la siguiente clase y no tengo ganas de ir. Me toca Química. Decido saltármela. Ya me las arreglaré para interceptar el aviso a casa. Y si no lo consigo me da igual. Que me castiguen. Si total, creo que cuando más feliz y tranquila estuve fue durante mi encierro. Lejos de todos esos capullos y de su odio infinito.

De camino a la salida, me cruzo con Broad.

—¿Se puede saber adónde vas?

—¿A ti qué te importa?

Intento esquivarlo, pero se mueve de un lado a otro para impedírmelo.

—¿Te vas a saltar la clase?

—¿Te han contratado de vigilante del pasillo o qué?

—¿Vas a dejar que se salga con la suya siempre y que consiga picarte cuando se lo proponga?

—El mundo no gira a vuestro alrededor, chaval. Qué sabrás tú de lo que me pasa.

—Pues cuéntamelo —dice, cruzándose de brazos.

—Lárgate, Broad. Llegas tarde a clase.

—Eres mi compañera de proyecto, ¿esperas también que haga tu trabajo?

—Ah, vale, que es por eso por lo que te preocupa que falte a clase. Por un momento pensé que habías dejado de mirarte tu propio ombligo. No se hable más. ¡Volvamos a clase! No vaya a ser

que el bueno de Broad suspenda su maldito proyecto por mi culpa.

Giro sobre mis talones y acelero el paso en dirección contraria, y él me sigue.

—Por mí no lo hagas. Si quieres irte, vete.

—No, tranquilo. No quiero que pongas otro apunte en tu lista de cosas por las que odiar a Melissa Grimm.

—¿Y quién dice que te odie?

—No me hagas hablar.

Abro la puerta del laboratorio con ímpetu, olvidándome por completo del protocolo de llamar antes.

—¿Qué horas son estas de llegar a mi clase?

Nos quedamos clavados en la entrada.

—Lo siento, profesor —responde él—. Melissa se ha quedado encerrada en los servicios, y suerte que pasaba por allí y la he escuchado. He tenido que avisar al conserje.

—Está bien. Tomad asiento. Pero después de mí no entra nadie, ya lo sabéis. Que no vuelva a repetirse.

El entrenamiento ha sido un auténtico fracaso por mi parte. No estaba concentrada y el entrenador no ha parado de recordármelo. A la salida vuelvo a encontrarme con Broad, que me está esperando.

—¿Te ha contratado mi padre o el señor Friedman para que vigiles mis pasos?

Se ríe, negando con la cabeza. Me pasa una manzana y se pone a morderla.

—¿Qué le has hecho a tu entrenador? No ha parado de despotricar en los vestuarios. Por lo visto el domingo os la jugáis, ¿no?

—Joder, me pone toda la presión a mí. Hay más jugadoras en el equipo. Ni que fuera un maldito partido de tenis.

—Es lo que les pasa a las estrellas del equipo. Si fueras una mediocre, como yo, tendrías menos presión. Pero también más banquillo que chupar. Así que no te quejes, floja.

—¿Y qué hay de mi derecho a tener un mal día?

—¿Qué cojones pasaba hoy en el comedor? —pregunta con interés y cambiando de tema—. ¿Tú sabes algo?

—¿Qué sabes tú? —No pienso delatar a nadie. Con Alan es diferente, porque no está metido en el asunto.

—Solo sospechas.

—Eso mismo tengo yo.

—Y no las piensas contrastar, claro —afirma, dándolo por hecho.

—Por cierto, ¿dónde está tu grano en el culo?

Pone los ojos en blanco.

—¿Te llevo? Veo que los Chanson te han dejado en tierra.

Lo dice porque acaban de pasar de largo, frente a nosotros.

—¿Y no quedaría raro que me lleves a casa después de haber cortado?

—¿Lo haces por ellos o por él? Si quieres te dejo en la esquina. No tienen por qué vernos.

—Es que no voy a casa. He quedado aquí al lado.

—En Madys, ¿no? —sonríe al decirlo, y deja asomar su hoyuelo.

Afirmo con la cabeza.

—Bueno, hasta mañana —se despide.

Vuelvo a sentir un aleteo en el estómago cuando se aleja. Habría subido a su moto sin pensármelo. Pero durante el entrenamiento he recibido un mensaje de Alan citándome en Madys para explicarme lo de las fotos en persona.

Me cuesta creer que tenga fotos mías, pero tampoco lo ha negado. Era lo que realmente esperaba, que se lo hubiera inventado Irwin. No soy consciente de ningún momento en el que nos hayamos hecho fotos juntos. Solo me cuadra que sean imágenes que alguien le haya pasado. Pero aparte de Audrey para burlarse de mí, como hizo con el vídeo de la piscina, no se me ocurre nadie tan retorcido.

Me lo encuentro en la puerta. Acaba de llegar, dice, y ha decidido esperarme fuera. Lo noto algo nervioso. No como el Alan seguro de sí mismo al que estoy acostumbrada.

Cuando tomamos asiento, una vez dentro, me pregunta si quiero tomar algo. Le digo que acabo de comerme una manzana y que una botella de agua sería perfecto. Siempre acabo seca de los entrenamientos y ya me he ventilado una en los vestuarios.

—Iba a decírtelo el otro día, cuando hablamos sobre el archivo que se reenvió Rebecca. Pero no supe cómo planteártelo —me dice, cuando vuelvo a preguntarle sobre el asunto que nos ha traído hasta aquí.

—Pero ¿qué fotos son? No lo entiendo.

—Solo es una.

Saca su móvil del bolsillo y me la enseña. Aparezco en mi cama, dormida. Es un primer plano. En la imagen sale mi cara, con los ojos cerrados y apoyada del lado izquierdo en dirección a la ventana. La luz se filtra a través de la persiana, que debía de estar a media altura, y esas rayas aparecen dibujadas sobre mi rostro. Mi brazo izquierdo reposa sobre la almohada, junto a mi frente; el derecho rodea mi cuerpo bajo el pecho. No es nada sexual ni sórdido. Solo es una foto mía durmiendo.

—Fue el día que me quedé a dormir en tu casa —explica mientras observo la imagen—. No me preguntes por qué te la hice, ni yo mismo lo sé. Simplemente me levanté y te vi tan a gusto, tan dormida, que pensé que quizás la luz iba a despertarte. Así que entré a bajar la persiana un poco para evitarlo. Cuando me di la vuelta y vi el juego de luces y sombras dibujado en tu cara, me pareció... no sé, precioso, y lo immortalicé. Lo siento. No debí hacerlo.

—¿Por qué? Los dos nos hemos robado una foto. Ya estamos en paz.

Me ha encantado su forma de explicármelo. Parecía que le costaba sostenerme la mirada. Me he sentido halagada, más que otra cosa. Eso significa que aquel día que a mí me había parecido especial, él también lo sintió así.

—¿Alguna cosa más que deba saber? Lo digo para estar preparada y no dejar que Irwin me pisotee en la cafetería.

—¡Menuda cabrona, la niñata esa! —replica, con gesto enfadado—. Y pensar que llegué a defenderla en su día...

—Ya vas haciéndote al veneno, ¿eh? —Me rio con complicidad.

—No. No tienen nada más. Puedes estar tranquila.

—Bueno, eso de tranquila... Las Irwin pueden sacar pruebas de donde no existen. No cantes

victoria tan pronto, pequeño neófito.

A lo tonto, y gracias a las Irwin, paso una tarde extra con mi recuperado profesor de Física. En realidad, habíamos quedado mañana para seguir repasando mi examen del martes próximo, pero como lo de hoy ha sido un imprevisto y no me tocaba esa asignatura, no he traído los libros.

Decido contarle lo que me ha pasado con Amy. Me recomienda mantenerme al margen. Aunque creo que ya es demasiado tarde para eso, a juzgar por la indiferencia con la que me ha mirado a través de la ventanilla trasera del coche de Luke. Espero que sea valiente y que dé la cara. Me pregunto qué excusa le habrán puesto a James cuando han decidido no llevarme a casa. Encima Broad se lo ha puesto en bandeja. O tal vez esté metido también en el embrollo. Cualquiera sabe. Aquí todos juegan sucio. Y eso de que me esperase fuera con una manzana, canta un poco. Al menos no estaba envenenada.

Una hora después, Alan me lleva a casa. Aunque me deja en la esquina para cumplir con la orden de alejamiento que nos separa.

—¿Me puedes pasar la foto?

—¿Quieres que la borre?

—No. Solo quiero tenerla por si tengo que utilizarla en nuestra defensa. Se me ocurre colgarla en mi perfil de Instagram. Si se diera el caso, siempre podré decir que te pedí que me la hicieras para publicarla.

—Y teniendo ese cerebro tuyo, ¿cómo es posible que tengas tantos problemas con las leyes de la física? —me responde, mientras hace la transferencia de la imagen.

—Ya os dije en su día que el problema no soy yo, sino el profe. Verás la nota de mi examen del martes —le digo encantada, antes de bajarme del coche.

La nada

Han pasado varios meses. Acabamos de comenzar el segundo semestre del curso, y me gustaría poder decir que todo ha vuelto a la normalidad. Y no me refiero a una calma ideal en la que el equipo de las trillizas, como las llama mi hermano, y el nuestro (Amy y yo) dejamos de lanzarnos cuchillos a todas horas. Ni tampoco a James y Amy recuperando su relación ideal, esa que yo envidié en su momento por estar sumergida en imposibles con chicos que ya tenían a sus propias novias. Ni a lo cotidiano que ya resultaba el que Luke y Carlson se pasaran la jornada soltando sus típicas chorradas para caldear el ambiente y revolucionar cualquier reunión. En realidad, me conformaría con que fuéramos capaces de sentarnos a la misma mesa como a principios del curso.

Ahora me doy cuenta de lo fino que puede llegar a ser el hilo que sostiene una amistad que creías verdadera. O lo equivocada que puedes llegar a estar con alguien a quien juzgas solo por lo que es capaz de mostrarte, sin tener en cuenta que, tal vez, nada sea lo que parece.

No fue fácil para mí darle aquel ultimátum a Amy. Supe que sería yo la que saldría perdiendo desde el momento en que vi a Luke mirarme con recelo. El hecho de que ella se lo hubiera contado, la posicionaba de su lado. Y que le pidiera a Ray que se ofreciera a llevarme a casa tras el entrenamiento, tampoco la posicionaba del mío, sino de salvar su propio trasero para no enfrentarse a su novio. Que Luke me llamara por la noche para amenazarme si se lo contaba a su hermano, y que yo accediera a no decírselo, no me coloca al lado de mi amiga, ni al suyo, ni al de nadie; solo indica que decidí mantenerme al margen.

Sin embargo, cuando Chan descubrió el pastel, no dudó en señalarme como encubridora. A pesar de que Amy y yo llevábamos varias semanas sin hablarnos. «Con más razón —me dijo— yo no dudé en avisarte cuando supe que Audrey y Ray estaban jugando contigo». No pude defenderme. Tenía mil razones para odiarme, y lo entendía. Me dolía haberle traicionado solo por no mojarme, para luego haber salido igual de escaldada.

Pero os estaréis preguntando cómo se enteró James de lo suyo: los pilló infraganti un día que se vieron confiados. James faltó al entrenamiento para ir al dentista. Luke decidió faltar también, aprovechando que no habría nadie en su casa y era un momento demasiado oportuno para dejarlo escapar. Pero quiso darse la casualidad de que el dentista anulara sus citas de aquella tarde y que la madre se lo comunicara a James justo cuando se disponía a coger el bus, dejándolo pasar para subirse a los pocos minutos en el que le llevaría directamente a su domicilio, donde los amantes retozaban a sus anchas.

No conozco todos los detalles. No es tan explícito como nuestra antigua amiga Amy. Pero sé que tardarán en olvidarlo. Al menos él, que no se esperaba el rechazo que le sobrevino mientras se ponía los calzoncillos. Se hizo un huevo en la cabeza al caer de culo y golpearse con el borde de la cama.

Llevan tiempo sin hablarse. Supongo que terminarán superándolo, son hermanos. James no es rencoroso, a mí ya me ha perdonado. Además, Luke ahora está con Irwin, y el hecho de no ver a Amy pegada a su brazo a diario le ayudará a olvidarse del tema.

Ella ahora ha entrado a formar parte del club de las trillizas, a falta de Lana que salió del grupo por voluntad propia. Dicen las malas lenguas que intentó seducir a Tomas y que este se vio obligado a confesarle que se veía con Carlson; quien, por otro lado, sigue sin perdonar al primero por haberle sacado del armario en contra de su voluntad. En venganza, dice estar saliendo con Mandy, con la que siempre ha mantenido un tira y afloja (creo que el afloja era lo que le acercaba a Tom, pero él se niega a sí mismo su propia realidad).

Ray y yo seguimos sin terminar de confiar el uno en el otro. Cuando parece que lo hemos conseguido, ocurre algo que lo vuela por los aires. Una de esas cosas fue la foto que me hizo Alan y que yo colgué en Instagram aquella misma noche. No tardó en poner un «me gusta» y postear un comentario debajo: «Bonita forma de amanecer». Imagino que a su novia le dio mucha envidia el comentario, porque al día siguiente no tardó en lanzar su veneno entre nuestros platos de comida: «Vaya, Grimm, me han dicho que has publicado la foto que te hizo Alan con esa cara de recién follada que se te pone». La reacción de los demás fue la habitual y esperada: risitas, exageraciones, insinuaciones, miradas de «cállate la boca que tú también tienes lo tuyo, amiga». Sin embargo, Broad no dijo nada. Se limitó a seguir comiendo sin mirar a nadie, ni siquiera a mí que estaba justo enfrente. No pude descifrar su cara. Lo hice por la tarde, cuando descubrí que había eliminado su comentario de la foto.

También a mí me molestó que se hiciera cómplice de los escarceos de Luke y Amy, y aceptara hacerse cargo de mí, ofreciéndose a llevarme a casa tras los entrenamientos. Para que ellos tuvieran la excusa perfecta y seguir engañando a mi amigo, sin explicarle por qué habían dejado de acercarme a casa.

Yo pensaba que lo hacía porque le gustaba llevarme en su moto, y jugué al juego de «cruce los dedos para que no se enteren Irwin ni Alan». Así que me dejaba siempre en la esquina. También jugué al de los mensajes de texto clandestinos y sin venir a cuento. Al de las miradas furtivas en la cafetería. A los roces sin querer, cuando me sentaba a su lado. A que soplara mi cuello en las aburridas clases de la profesora White, si llevaba moño alto, y a girarme con una sonrisa para confirmar que me gustaba...

Después descubrí que Audrey y él no estaban saliendo en realidad. No lo averigüé yo, me lo aclaró mi amigo James tras reconciliarnos: «Cuando te dije que jugaban contigo, ¿a qué crees que me refería?». Pero cómo podía enfadarme con Broad por eso, si yo había hecho exactamente lo mismo. Le oculté que mis citas con Alan eran en realidad con fines académicos. Todo se destapó cuando vio a Alan besándose apasionadamente con Brenda en la puerta de los cines del centro comercial.

Es lo que nos ha llevado a no fiarnos del todo. A estar siempre a la defensiva. A fingir no estar interesados en el otro, no vaya a ser que se dé cuenta y aproveche para romperme en mil pedazos.

Pero, al menos, seguimos manteniendo el buen rollo, aunque ahora apenas pasemos tiempo juntos. Se sienta a comer en la cafetería con gente de su equipo, incluidos Luke y Audrey (con su séquito de esbirros).

James y yo hemos decidido hacer un grupo propio e independiente. A veces nos sentamos con algunas chicas de softball (que por fin ha comenzado la temporada y he podido dejar atrás nuestro fracaso estrepitoso en vóley). También se nos agregan mi hermano y su grupillo (nuestro gran descubrimiento, son unos cachondos de mucho cuidado). Se pega a mí para estar cerca de las chicas mayores, dice.

Mis padres están encantados con la evolución de mi rendimiento, pese a los altibajos en mi comportamiento. Voy a terminar el curso con notas bastante altas, y todo gracias al apoyo de Alan, que me ha dado un empujón grande en los temas que flojeo.

Lleva un tiempo muy ocupado terminando su doctorado, creo que incluso dejó el trabajo porque le exigía demasiado tiempo. También por la aparición de Brenda, que aprovecha cualquier tiempo libre para estar con él y, no contenta con venir a Palo Alto, también suele llevárselo a Los Ángeles. Tengo miedo de que se acostumbre y decida marcharse. Lo cierto es que lo echo mucho de menos. Yo también descubrí su relación el mismo día que Broad. En realidad, lo supe de su propia boca, y sentí un cuchillo clavado en pleno pulmón, que me impidió respirar por unos cuantos segundos.

Esa fue la última vez que Alan y yo nos vimos las caras, y fue a través del cristal de mi ventana, cuando lo llamé por teléfono entre lágrimas pidiéndole explicaciones que no me correspondían:

—¿Por qué ella? ¿Por qué ahora? ¿Por qué?

—No es asunto tuyo, Mel. Debes asumir que lo que tú quieres es un imposible.

—¿Lo que yo quiero?

—Lo siento.

Me colgó.

Ví por mi ventana cómo lo hacía y cómo cerraba la cortina, que ni sabía que existía, para no verme llorar. Me dio la espalda en el peor momento, en el que más lo necesitaba. Fue cuando mis amigos también me la habían dado. Estaba completamente sola. No podía desahogarme con nadie. Él había sido mi única tabla de salvación. Hasta el entrenador me había echado del equipo de vóley por mandar a tomar por culo tras la eliminación en la liga, y casi me la juego con un expediente disciplinario que finalmente quedó en el aire por la pericia de mis padres. Aunque no me libré de un buen castigo (arresto domiciliario). De la noche a la mañana me había quedado sin entrenamientos en los que desfogar, sin amiga íntima con la que desahogarme, sin planes, sin fiestas...

Sin Alan.

Pero es que lo nuestro, ocurrió tan deprisa...

Alan y yo nos acostumbramos enseguida a esas citas clandestinas en el Madys. Sobre todo, a esos pequeños momentos que surgían en el trayecto en coche hasta llegar y quedarnos a doscientos metros de la puerta. A ese periodo previo a la despedida, que cada vez se iba haciendo más largo, donde hablábamos de cualquier cosa y compartíamos confidencias, que cada vez estaban más presentes en la hora del repaso, porque yo me esforzaba al máximo en estudiar y hacer los ejercicios bien, para que me los corrigiera enseguida y tener más tiempo libre para nosotros.

Fui creando un nosotros de la nada. Al margen de él. Al margen de todo lo que nos impedía estar juntos. Me metí tanto en el papel que había construido para vengarme de Broad y olvidarme de sus besos envenenados, que terminé cayendo en mi propia tela de araña. Hasta tal punto, que conseguí por un segundo arrastrar a Alan conmigo.

Ocurrió justo la última vez que nos vimos cara a cara, hará un par de meses. Una semana antes de enterarme de lo de Brenda. Estábamos riéndonos por algo que le había contado, creo que fue lo de mi madre llamando a casa de Broad para invitarlo de nuevo a cenar, para ver si conseguían ayudarnos a arreglar lo nuestro. Fue la excusa que utilicé para defenderme de mi rifirrafe con el entrenador: les dije que estaba muy destrozada porque habíamos cortado y con la rabia de perder el partido se me fue la cabeza. Y como funcionó, empecé a usarlo como excusa para todos mis males. «Deja de utilizarme o al final conseguirás que cante y les diga quién es el causante real de tus desvaríos», me dijo él muy enfadado, tras la llamada de mi madre. Todos estos detalles no los compartí con Alan, por supuesto, solo lo de mi madre haciendo de casamentera. En realidad, quería ver cómo reaccionaba.

Y lo hizo como esperaba:

—¿Y al final ha accedido a prestarse a cenar en tu casa?

—Me temo que sí. Subiremos luego a mi cuarto. ¿Quieres que te envíe un mensaje para estar preparado con los prismáticos?

—Eres incorregible, mocosa. ¿Tendré que avisar a los bomberos esta vez?

—Depende —le dije. Me miró intrigado, esperando mi respuesta—. Tal vez me encienda más si sé que estás al otro lado.

Vi que tragaba saliva, vi desplazarse su nuez por la garganta, de la que no salió ni una sola palabra. Pero no dejó de mirarme, en lo que a mí me pareció una eternidad. Las luces de la calle aún no se habían encendido, y el cielo encapotado, ayudado por la lluvia, nos aportaba un clima de intimidad casi insólito. Todo ocurría a cámara lenta: la cortina improvisada de la lluvia, el vaho pegándose en los cristales, su mirada cruzada con la mía, su mano izquierda en el volante, la derecha en la palanca de cambios, mi mano pulsando el botón que liberó su cinturón de seguridad, después el mío, mi pierna derecha cruzándose hasta alcanzar el otro lado de su cuerpo, el mío notando su erección y ajustándose sobre ella, el volante rozándome la espalda, su boca acercándose suavemente a la mía, mis dedos entrelazándose en su pelo, los suyos abrazándome por la espalda, al principio con indecisión, después acercándose a su cuerpo, intentando fundirse con el mío, su lengua recorriendo mi boca, la mía buscando trazar el mismo camino, sus dientes mordisqueando mis labios, mis labios vibrando en su boca, mi mano colándose por el cuello de su camisa tras desabrochar un par de botones, la suya avanzando por un costado y llegando a mi sujetador... Y un segundo después: la caída libre. El caos. Sus ojos asustados esquivando los míos. Sus manos sujetando mi cintura y devolviéndome a mi asiento. Mi voz preguntándole qué pasa. La suya respondiendo que si estoy loca y que cómo se me ocurre. La mía diciendo que no lo entiende y que pensaba que él también lo deseaba. Él alegando que es un imposible. Yo acusándole de cobarde. Él pidiéndome bajar del coche. Yo suplicándole que lo hablemos. Él negándose y abriéndome la puerta con rabia. Yo corriendo bajo la lluvia.

Después me llegó la noticia del beso en el cine con Brenda.

La llamada.

La cortina.

La impotencia.

La frustración.

La nada.

Fue James quien me ayudó a superarlo. Nos convertimos en mejores amigos de lo que lo habíamos sido hasta ese momento. El hecho de haber perdido los dos a Amy nos ayudó a unirnos más y mejor.

Juramento inquebrantable

—Estás loco si piensas que voy a prestarme a eso.

—Tienes que hacerlo. Me lo debes.

James sigue pensando que yo habría podido evitar su fatal desenlace. No se da cuenta de lo bien que le sentó presenciar aquel escenario: lo que ha cambiado a raíz de su ruptura y lo seguro de sí mismo que se muestra ahora. Tampoco es consciente del interés que despierta entre las chicas de mi equipo, cuando nos sentamos a almorzar en su mesa, aunque finja que pasa de las tías porque aún anda lamiéndose las heridas.

—Además —sigue insistiendo—, te vendrá bien para dejar de lado a esa autodestructiva Mel en la que te has convertido.

Lo dice por mi afición a seguir enviando mensajes a mi vecino. Por las veces que le pregunto: cuándo viene su hermana o si sabe si Alan ha ido a visitarla, si siguen saliendo, si duermen juntos en su casa cuando ella está aquí, si discuten, si ve futuro a su relación... A lo que nunca responde. Por mi bien, dice, o por lealtad hacia ella: «Algunos tenemos de eso, ¿sabes?»

—Pero ¿qué pintaría yo allí? Tu hermano me echaría a patadas.

—¿Por qué iba a hacer eso? ¿Por haberle ayudado a ocultar que me la estaba pegando con mi novia?

—Sabes de sobra que nos odiamos.

—Tú le odias. A él le importas un pito. Le dará igual que te presentes o no a su cumpleaños, mientras realices tu aportación a la fiesta.

—¿Y qué hay de su novia? Por no hablar de Amy... Si no me echa él, lo harán ellas.

—Es mi casa. Él invitó en el mío a quien quiso, tengo el mismo derecho. Y no hay más que hablar.

—Te olvidas de mis padres.

—Sabes de sobra que conmigo no hay problema, me adoran. Creo que me miran como a un buen candidato al puesto que ha dejado vacante Broad. Mi coche les gusta más que su moto, al menos.

—Desde que te has sacado el permiso estás muy chulito, ¿no?

—Qué culpa tendré yo de que tú seas un cero a la izquierda al volante.

—Ni me lo recuerdes. Tengo que aprobar como sea ese maldito examen.

—Pues la fiesta a cambio de unas clases particulares —insiste—. Ya sé que no tengo el atractivo de mi cuñado, pero te garantizo unas lecciones de primera.

—¡Hecho! Mi padre se niega a prestarme su reliquia.

Hoy es nuestro último día de clase y, a diferencia del año pasado, no tengo que preocuparme por mis notas. El verano se perfila tranquilo; y solitario también, ya que James y su familia van a hacer un viaje por Europa. Alan se ha sumado a ellos. No lo he sabido por mi amigo, el muy canalla... Me enteré el otro día durante el desayuno, cuando la señora Lowe cruzó la calle con un

plato de galletas y, degustando un té de limón y hierbabuena con mi madre, le retransmitió los últimos titulares sobre su familia: a Annie la habían contratado en una importante inmobiliaria del centro de la ciudad. Alan había terminado su doctorado con éxito y se iba a tomar un verano sabático recorriendo Europa con la familia de su nueva novia, que le gustaba mucho más que la otra, por cierto. Tan dulce, tan servicial, tan encantadora, tan casi famosa... Y solo quedaba por determinarse si él, al final, aceptaría la propuesta que le habían ofrecido en la empresa donde realizó sus prácticas o si responderían a las solicitudes de empleo que envió a Los Ángeles. Yo ahí desconecté. Estaba concentrada en enviar mensajes envenenados a mi supuesto amigo James. Justo lo mismo que hago ahora también con su futuro cuñado:

Yo: Voy a ir a una fiesta esta noche. Lo digo por si te llegan vídeos extraños o mensajes en código morse.

Yo: Mi media de Física ha sido una B, y la de Química una A. ¡Y sin tu ayuda en el último semestre! ¿No estás orgulloso?

Yo: ¿Ves esas dos cositas azules? Significa que me lees.

Yo: ¿Nunca vas a responder mis mensajes?

Yo: A la loca de tu ex le diste la oportunidad de explicarse cara a cara.

Yo: Vale, no es que quiera compararme con ella. No fue lo mismo lo vuestro que lo nuestro. ¡Ni estoy tan loca!

Yo: O a lo mejor sí...

Yo: ¿Esto se considera acoso?

Yo: ¿Una menor puede acosar a un adulto, según las leyes estatales?

Yo: ¿Podrías denunciarme?

Yo: ¿Piensas hacerlo?

Yo: ¿Me pondrían una orden de alejamiento con pulsera?

Yo: ¿De cuánta distancia estaríamos hablando?

Yo: ¿Los Grimm tendríamos que mudarnos?

Alan: Si prometo no denunciarte, ¿dejarás de bombardearme a mensajes?

Yo: No estoy segura. Creo que el virus Irwin ha terminado poseyendo mi cuerpo. Pero voy a intentarlo.

Vaya. Es la primera vez que lo consigo. Decido dejarlo aquí y no arriesgarme a perder este magnífico e insólito logro.

Si Amy y yo fuéramos amigas, ahora estaría interrogándome (o yo a ella) sobre qué nos vamos a poner para la fiesta de esta noche. La llamada habría dado lugar a un sin fin de comentarios de nuestro armario y elucubraciones sobre si asistirán este o aquella a la casa de los Chanson.

En un arranque de nostalgia, he llamado a James para preguntarle lo mismo, y esto es lo que

me he encontrado: «Un pantalón y una camiseta. ¿Por? ¿Piensas ir a conjunto conmigo?». Esto pasa cuando tratas de convencerte de que un mejor amigo es exactamente lo mismo que una mejor amiga.

Sin embargo, he de valorar también el lado más positivo: mis padres no me han puesto hora. ¡No me han puesto hora! Confían en que estaré toda la velada con el que creen mi novio, y que me devolverá a sus brazos sana y salva. Les he oído decir en varias ocasiones, una cuando hablaba mi madre con la señora Lowe, que están más tranquilos cuando saben que salgo con un chico. Especificó que así no tienen que preocuparse de que suba al coche de algún desconocido, o de que me echen cualquier cosa en la bebida o me asalten tras una esquina; y que es como ponerme un guardaespaldas gratuito. No saben nada mis padres...

A las ocho en punto suena el timbre de mi puerta. Le he pedido que me recoja formalmente, con toda la parafernalia precisa para que mis padres obtengan su dosis adecuada de placebo y duerman a pierna suelta.

Ni se han quejado de mis labios en color rojo Ferrari, ni de mi vestido negro de vuelo con escote palabra de honor y más corto de lo que pensaba cuando lo vi colgado en la tienda. Pero es que, tras probármelo, no pude resistirme a él.

¡Ventajas, todo son ventajas!

—Prométeme que vas a controlarte con lo que voy a decirte —me suelta Chan, en cuanto nos subimos al antiguo coche de Luke y que acaba de heredar recientemente.

—¡Suéltalo, James!

—Mi hermana y Alan patrocinan la fiesta de cumpleaños de Luke.

—¿Que qué?

—Después de la que liasteis el año pasado en el mío, mi padre no se fía de Luke. Afirmó que ponerle de responsable fue peor aún que si me hubieran dejado solo, porque además invitó también por su cuenta. La condición para celebrarlo ha sido que esté mi hermana presente controlando. ¡Y quítate esa sonrisilla de la cara!

—¿Qué sonrisilla?

—¡Mel, va en serio! Prométeme que vas a respetar la relación de mi hermana o te juro por nuestra amistad que no volveré a hablarte en la vida. ¡Sé lo que se siente!

—Lo promeeto.

—De todos modos, no pienso separarme un centímetro de ti —agrega, poniendo en marcha el coche.

—¿Ni siquiera para ir al lavabo?

—Ni para eso.

—No estarás usando esta estrategia para ligar conmigo, ¿no? Los Chanson y yo no tenemos ese tipo de feeling, te lo advierto.

—Ni se me hubiera pasado por la cabeza. Las Grimm me producen urticaria por contacto sexual.

—Pues genial. Compartiremos el servicio entonces. Te prestaré mi lápiz de labios.

La fiesta empezaba a las siete, pero son las ocho y cuarto cuando aparcamos en la puerta. Nos adelanta Broad, que aparca su moto a medio metro de nosotros. Saluda con un ligero movimiento de cabeza y sin pronunciar palabra se cuela dentro sin esperarnos. ¿Y a este qué le pasa ahora?

Nada más entrar, a la primera que veo es a mi antigua aliada Amy, junto a sus dos nuevas mejores amigas: Irwin y Mandy. Ella evita mirarme y disimula dando un pequeño sorbo a su vaso. Las otras dos cuchichean entre ellas. ¿Será por mi acompañante? ¿Será por mi modelito? ¿Será

por que tienen la cabeza hueca?

Mi radar interno está tratando de localizar a Alan. Sé que le he prometido a mi amigo que no voy a acercarme a él, y no pienso hacerlo, por supuesto. Pero tampoco puedo ponerme un vendaje en los ojos, ¿no? Si se da el caso de que nos cruzamos, tendremos que saludarnos, y él deberá entenderlo. Somos vecinos. Los vecinos se saludan por educación. Los vecinos se...

—¡Hola, Melissa! —Es Brenda, que ha aparecido de la nada. Está sola. Imagino que Alan no andará muy lejos—. ¡Hola, pecoso! —le dice a James, y le revuelve el pelo cariñosamente—. Cuidame a este grandullón, ¿eh? —Sonríó afirmativamente, un poco desconcertada por habérmela encontrado tan repentinamente.

No había vuelto a verla desde aquella vez en Madys, cuando le pidió el teléfono a Alan. Al final se salió con la suya en su estrategia seductora. Yo no daba un dólar por ella, sinceramente, pero hay que reconocerle el mérito.

¿Dónde estará él? Hemos caminado hasta el salón de la casa y aún no nos hemos cruzado con su novio.

—¿Y Alan? —pregunta mi amigo, leyéndome el pensamiento.

—No sé si vendrá luego, tenía cosas que hacer.

¡Mierda! No debí enviarle esos mensajes anunciándole a bombo y platillo que tenía una fiesta, habrá sumado dos más dos.

—Bueno, chicos, disfrutad de la noche. Hay bebidas, bocadillos y frutos secos repartidos entre la cocina y el jardín. También pediremos pizza. Ah y Melissa... —Me mira por unos segundos y no sé si estará leyendo en mi cara algo sobre su novio—, la piscina está prohibida —añade sonriendo y me guiña un ojo antes de desaparecer.

—Tú fama te precede, amiga mía —suelta Chan burlón—. Y ahora a disfrutar de la fiesta. Te dejo la noche libre, ahora que sabemos que tu admirado profesor no está por aquí y que la relación de mi hermana no corre peligro.

—Ja ja.

—Eh, Johny, ¡cuánto tiempo, tío!

«Y ahora encima desaparece a la primera de cambio, el muy cabrón».

Salgo al jardín para que me dé un poco el aire. Ha sido un día caluroso y dentro de la casa se notan los grados de más que emiten los cuerpos. No sé muy bien qué hacer ni adónde dirigirme ni con quién pararme a hablar. Veo muchas caras conocidas, pero solo de pasada, de los pasillos del instituto, no por haberme relacionado con ellos. Que conozca realmente... solo están Audrey, Amy, Mandy, Chan y Carlson. Ah, bueno, y Broad, que en este momento está ayudando a Luke a mover una mesa de pimpón para dejarla en una esquina. Tom también está, hablando con un tío que no me suena de nada.

Cuando estoy cogiendo un bocadillo y un refresco, las trillizas pasan por mi lado. Se quedan a un par de metros de distancia y empiezan a cuchichear entre risas. Luego se contonean al ritmo de la música, que es infumable, por cierto, una mezcla rara entre rap y reggaetón. Parece que se hayan puesto de acuerdo, a la hora de elegir sus modelitos. Las tres van vestidas de blanco, cada una en su propio estilo: Audrey embutida como siempre, marcando cada una de sus curvas; Amy con un look más hippie, con una falda larga de vuelo y un top de tirantes; y el de Mandy está confeccionado en encaje y con un escueto forro situado en zonas estratégicas, dejando muy poco a la imaginación de los presentes. Vistas así, parecen más trillizas que nunca. Mi hermano estaría encantado, si las viera. Ni siquiera echaría en falta a Lana; Amy se ha mimetizado en el grupo como un auténtico camaleón.

—Buena idea lo de cambiar el brownie y el alcohol por los bocatas de queso —oigo a mi

izquierda.

—A la tercera va la vencida, ¿no? —respondo sin mirarle. Sigo pendiente de la actuación de las bailarinas.

—Pues yo venía preparado con mi bañador debajo por si acaso.

—No cantes victoria, Broad, el sector norte puede tomarme el relevo en cualquier momento.

—Ah, no, pues en ese caso que se lance otro. Imagino que cada una tendrá a su propio superhéroe para rescatarla.

—¿Y las superheroínas?

—Pues a su borrachín al que salvar, supongo.

—¿Y quién te dice a ti que yo no tenga...

Me tapa la boca y no me deja continuar la frase.

—Relájate, Melissa Rachel Grimm, he venido en son de paz. Parpadea dos veces si me has entendido y te soltaré.

Me entra la risa y no acierto a parpadear. Afirmo con la cabeza. Decide soltarme.

—Buena chica. Ahora vamos a hacer un juramento inquebrantable. De aquí hasta la hora que tengas que irte tenem... ¿A qué hora tienes que volver a casa?

—No tengo hora.

—¿No tienes hora?

Niego con la cabeza, levantando las cejas y dibujando una sonrisa.

—Pues pongamos entonces de aquí a las doce de la noche, la hora en que finalizan los encantamientos.

—Sigues enganchado a Disney por lo que veo —le corto riendo.

—¡Y que no me va a dejar terminar el juramento! —lo dice mirando al cielo, con fingida exasperación.

—Venga, suelta el maldito juramento.

—Desde ahora mismo y hasta las doce de la noche, nos comportaremos como buenos amigos, de buen rollo, sin reacciones a la defensiva, sin cabreos sin sentido, sin sacarnos los ojos y sin... No se me ocurre nada más que agregar. ¿Se te ocurre algo a ti?

—¿Tendremos que sellarlo con una muestra de sangre? —pregunto.

—Lo sellaremos con un beso.

—¿Con un beso? ¿Qué clase de beso? —agrego desconfiada, o simulando estarlo más bien—. Tus besos son muy peligrosos.

—Uno sencillo como el primero que nos dimos. Así sellamos y además cerramos el círculo.

—¿Qué círculo? —me intereso enseguida.

—El del bucle este de líos en el que nos hemos metido durante este curso.

—¿Quiere decir eso que, cuando lo sellemos, el bucle girará en sentido contrario a las agujas de reloj y formará un torbellino absorbente como el de *Jumanji* que nos devolverá al principio?

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir, pero, o lo sellamos ya o nos darán las doce sin juramento —agrega riendo.

Me acerco a su boca y junto mis labios con los suyos. En un acto reflejo cierro los ojos, pero los abro al instante porque él se ha separado enseguida tras apenas rozar nuestros labios.

—¿Habrà funcionado? —pregunto, mirando a nuestro alrededor—. ¿Has notado algo distinto?

—Cuando den las doce campanadas lo sabremos. Sincronicemos relojes.

Pasa Luke por nuestro lado y se para frente nosotros. Me pongo tensa. Encima no está James para plantarle cara. Aunque, para mi sorpresa, muestra su mejor sonrisa y me saluda.

—¿Qué tal, Mel? ¡Cuánto tiempo!

—Sí, mucho. Feliz cumpleaños, por cierto.

Se acerca a mi oído y se pone una mano delante para que Ray no le escuche, con la otra me desliza un papel enrollado en el hueco de la mano.

—Por si os apetece cogeros un puntillo —me guiña un ojo antes de marcharse.

—Creo que ese conjuro tuyo ya está alterando el espacio-tiempo —le digo a Ray, mostrándole mi palma de la mano y su contenido.

—¿¡Será cabrón!?! —Me lo quita y se lo guarda en el bolsillo trasero del vaquero.

Vidas paralelas

Hemos escuchado el soplo de que han llegado las pizzas y decidimos acercarnos a la cocina antes de que la panda de termitas nos deje las migajas. Al pasar por el salón, vemos a un grupo jugando al juego de la botella y, sin haber abierto la boca, Ray me dice que ni lo sueñe. Cuando pasamos cerca de otro corrillo jugando al *Yo nunca*, simplemente me tapa los ojos para que siga caminando y ni me acerque.

—Lo tuyo ya es alteración de los acontecimientos a otro nivel —me quejo riendo—. A lo mejor estás abriendo varias líneas paralelas en el espacio-tiempo. A saber lo que estarán haciendo ahora las otras Melissas que no vemos.

—Eso puedo decírtelo sin pensarlo mucho. —Le da un buen bocado a una porción de pizza pepperoni. Hemos subido por la escalera que conduce a los dormitorios y estamos sentados a la mitad de ella. Tenemos vistas al salón y al hall de entrada—. La primera Melissa —continúa— se ha comido un bocata de queso nada más entrar. También está siendo víctima de las críticas de una pandilla de arpías que no paran de envidiar su precioso vestido y esas piernas infinitas. Tras terminar su aperitivo, habrá decidido largarse, aburrida de tanto niñato mediocre.

Le da otro mordisco a su pizza y yo hago lo mismo con la mía, muy pendiente de su historia.

—La segunda Melissa ha terminado su bocadillo y se ha cruzado con un chico bastante atractivo, el único que merece la pena de la fiesta. Al principio no le ha hecho gracia ese encuentro y ha intentado ponerse a la defensiva. Por suerte, es un chaval de recursos y consigue retenerla. Después ha entrado en escena el gracioso de turno y le ha pasado un canuto. La pobre está ahora montando un numerito en la piscina.

—¿Qué clase de numerito? —me intereso enseguida.

—Creo que lleva una barra de labios en la mano, ¡horror!, y las arpías de blanco huyen despavoridas.

Nos reímos imaginando la escena.

—¿Y qué hay de la tercera Melissa?

—La tercera se ha sentado a jugar a la botella y le ha tocado besar Luke. Ahora, las malvadas de blanco sienten hambre y sed de venganza. Así que nuestra Melissa ha tenido que salir huyendo. Pero antes de abandonar el salón, se ha sentado en la mesa de los chupitos de *Yo nunca*, y la pobre, que nunca ha hecho nada de lo que proponen, porque se ha pasado media vida de encierro domiciliario, se encuentra ahora descalza y medio borracha en el jardín, a punto de lanzarse a la piscina.

—Así no es ese juego —le interrumpo riendo—. Los que beben son los que sí han hecho los “Yo nunca”.

—Cierto. Nunca he jugado a ese juego y me he liado.

—Pues ya puedes estar bebiendo porque sí lo has hecho, y estaba yo presente.

—No me extraña, siempre lo estás. Eres como una mosca cojonera.

—¡Mira quién fue a hablar!

—Acuérdate del juramento, Melissa Grimm: nada de discutir por esta noche.

—Vaaaaale. —Aunque mi tono era divertido y no de reproche—. Entonces... la cuarta Melissa es la que está comiéndose una pepperoni custodiada por el hechizo protector de Ray Broad, ¿cierto?

—Exacto.

Acaba de robarme el borde de la pizza que había dejado en el plato para darle un trago a mi refresco.

—¡Ehhhh, que no lo había abandonado!

—¡Tarde! —afirma riendo, y se lo zampa en dos bocados—. Voy a ver si queda algo más en la cocina.

Aparece minutos más tarde con una sola porción y con cara de circunstancia.

—Lo siento, no queda más. Casi me toca donar un riñón para conseguirlo. ¿Lo compartimos?

—Me pido la parte del borde —decido—. Empiézalo tú.

—¡De eso nada! Damos un bocado cada uno, que a mí también me gusta el borde. Esto va a ser como La Dama y el Vagabundo, pero en versión pizza.

—Pues sí que te ha marcado a ti Disney, sí...

Me empuja con el hombro cuando vuelve a ocupar su sitio en la escalera.

—¿Decir la verdad entraba en el juramento inquebrantable? —Lo pregunto porque se me ha ocurrido aprovechar este juego suyo.

—¡Joder! Ya sabía yo que alguno importante se me había escapado.

—Podemos incluirlo, aún queda tiempo para las doce —propongo.

—Lástima que ya lo hayamos sellado.

Coge su lata de cerveza y me pasa la pizza para que le dé un bocado.

—Las normas no están escritas —resuelvo enseguida—. Nada nos impide agregar un anexo de última hora y sellarlo de nuevo.

—A ti te ha gustado bastante lo del sello, ¿no? —afirma sonriendo. Le da un trago a su bebida y creo que se lo está pensando—. ¡Venga, vale! Agregamos decirnos la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad de aquí hasta las doce de la noche.

Dicho esto, se acerca a estampar nuestro sello. Pero esta vez no cierro los ojos, a sabiendas de que será algo rápido. Sin embargo, sujeta mi cara con ambas manos y noto que el beso es más... beso, más entretenido, más húmedo, y no un simple roce de labios. Nuestras lenguas están acordando lo que hemos decidido, apuntándolo en su registro de sellos, incluso diría que están haciendo las paces. Entonces veo a Alan parado en el vestíbulo, mirándonos fijamente, y mi cuerpo se tensa y se separa de Ray como si me hubiera dado un calambre su boca. Mira en la dirección de mis ojos y se encuentra con el origen de mi reacción. En ese momento entra en escena Brenda, que habrá visto a su novio desde la cocina y ha corrido a colgarse de su cuello. Decido centrarme en otro punto para ahorrarme la escena. Le paso a Ray el resto de la pizza, que ni siquiera he tocado. He perdido el apetito. Él coge la porción del plato y, sin decir nada, la mordisquea pensativo. Creo que la irrupción de Alan ha roto todo el encantamiento de nuestra velada.

—Aprovechando que acabamos de sellar una parte importante de nuestro juramento, ¿qué tal si te pregunto algo que nunca he tenido del todo claro? —Se limpia la comisura de los labios y bebe un trago antes de continuar—. ¿Qué hubo exactamente entre Alan y tú? ¿Hasta dónde llegasteis?

—En realidad a nada.

—Recuerda que se trata de un juramento inquebrantable. Puedes provocar un vórtice de esos de *Jumanji* y aparecer en una de tus dimensiones alternativas, entre rejillas o peor aún. Yo no me arriesgaría.

Me río de su ocurrencia.

—Digamos que... lo mismo que entre tú y yo. Solo un beso sin importancia.

—Vaya... Ahora resulta que mis besos no tienen ninguna importancia. Y eso que pueden abrir portales dimensionales —afirma sonriendo. Aunque en el fondo creo que está un poco picado y que trata de disimularlo.

—¿Y qué pasó con vosotros, con Irwin y contigo? ¿Llegasteis a salir alguna vez o todo fue ficticio?

—Salía con ella hasta que te colaste tú por medio.

—El día del cine, ¿no?

—Sí.

—Y me mentiste.

—¿Qué iba a hacer? —pregunta sonriendo.

—Joder, pues decir la verdad —comento a la defensiva.

—Recuerda: buen rollo, nada de alterarse... Quedan aún dos horas.

—Es que la dejaste hecha polvo, y a mí de... roba novios. Tú merecías que te partiera el labio y no yo.

—En eso estamos de acuerdo —afirma—. Y siento haberte mentido con aquello. Aunque sí hubo parte de verdad. —Lo miro extrañada—. El día anterior habíamos cortado. Rompí con ella porque decidí que iba a llamarte. Quería salir contigo. Me soltaste muy borde, por cierto, que estabas castigada y la gilipollez aquella de pasarme al teléfono con tu madre si no te creía. Así que te colgué. Me pareciste una chula insoportable.

—Y te fuiste corriendo a buscar a Irwin para hacer las paces, ¿no? —le suelto burlona.

—No exactamente. Pero sí. Cedí a su insistencia de quedar para hablarlo, y te cruzaste en mi camino cuando ya habíamos acordado darle una oportunidad a lo nuestro.

—Y me lo cargué de nuevo al besarte, ¿no?

—Cargártelo es poco —afirma riendo.

—¿Y en qué momento decidisteis después tomarme el pelo con lo vuestro? —me intereso—. Y lo más importante, ¿qué ganaba Audrey siguiéndote el rollo?

—Tener chófer gratis, supongo.

—Y fastidiarme de paso, claro —agrego.

—Si tanto te fastidiaba que estuviéramos juntos, ¿por qué no le pusiste remedio?

—¿Por qué no lo hiciste tú?

—¿Porque soy un imbécil?

Aparece James de la nada, subiendo la escalera, y se sienta en medio de nosotros. Va hasta arriba de alcohol.

—Cuidame a esta golfa y vigila que no se acerque a ese que está con mi hermana —apunta con el dedo hacia el salón. Su dedo en realidad va zigzagueando de un lado a otro, no consigue mantenerlo derecho. Ellos están sentados en el sofá, charlando animadamente—. Se ha puesto este vestido tan provocativo para recuperarlo y él no le quita el ojo de encima. Por favor, Broad, esta misión es solo tuya. Confío en ti. El deber me llama.

Baja de nuevo la escalera, tambaleándose, y se abraza a Amy, que está hablando con alguien que no conozco, en la puerta de la cocina. Pongo mis pensamientos en voz alta.

—Oh, no, ¡joder! La va a cagar otra vez.

—¿Es verdad lo que ha dicho? —pregunta Ray, cerrando de nuevo el espacio que ha dejado entre nosotros mi amigo. Mira fijamente a la otra pareja, la compuesta por Alan y Brenda.

—Ni siquiera sabía que iba a venir.

—Juramento inquebrantable —me recuerda.

—Bueeeeno, lo he sabido de camino aquí. Pero mi vestido no tiene nada que ver con él. Lo juro.

Llevo un bolso tipo bandolera y noto su vibración en el minúsculo espacio que nos separa. Creo que él también lo ha sentido, ha mirado en su dirección.

—¿No vas a leerlo? Creo que es tu amigo, acaba de escribir y guardar su teléfono.

—Si lo hago, ¿incumpliré alguna norma del juramento y me absorberá el vórtice?

—Si no lo haces, no podremos saberlo.

Saco el móvil de mi bolso y leo el mensaje con recelo, no quiero que él lo vea. No lo hace. Sigue mirando hacia el frente.

Alan: Estás preciosa.

Me quedo de piedra con su comentario. Jamás se había referido a mí de esa forma. No sé qué responder. Por primera vez me ha dejado sin palabras.

—¡Vaya! —exclama Ray—. Tu cara lo dice todo. Creo que acaba de generarse otra Melissa alternativa en la línea temporal.

—¿Solo por leer un mensaje? —pregunto sonriendo, y con el teléfono aún en la mano. Aunque he cerrado la aplicación sin escribir nada.

—Exacto. Están la Melissa que duda si responder y la que se muere por hacerlo.

—¿Y qué crees que debo hacer?

—A mí no me preguntes. —Trata de parecer impasible, pero se le nota en la voz que está algo contrariado.

—Pensaba que eras mi oráculo protector —le suelto, con cierto regodeo—. Hace un momento me has salvado de las fauces del juego de la botella y del de los chupitos, por no hablar de tu aparición estelar para librarme de las arpías.

—Me temo que esta batalla tienes que librarla tú sola, Melissa Grimm.

Se levanta y baja un par de escalones.

—¿Adónde vas?

—A estirar las piernas y tomar el aire —le da el último sorbo a su cerveza—. Además, estoy seco.

Desaparece y me deja plantada en medio de la escalera.

Alan ya no se encuentra en el sofá, ni tampoco su novia. Vuelvo a encontrarme sola, como al principio.

Noto que el móvil vuelve a vibrar, esta vez en mi mano:

Alan: ¿Podemos hablar?

Yo: ¿Dónde estás?

Alan: En la calle.

Yo: ¿Ya te vas?

Alan: Te espero en mi coche.

«¡Joder!»

Me debato entre ir o no hacerlo. Si no voy, me mortificaré por no saber qué querría decirme. Si voy, tal vez pierda a James. Pensará que trato de quitarle el novio a su hermana. No sabe que eso es imposible, que Alan jamás me ha visto como posible candidata a relación. Ni a relación ni

a rollo. Solo hay que ver la manera en la que me echó de su coche cuando lo besé aquella tarde, y lo frío que fue conmigo, negándose a dirigirme la palabra. Tal vez ahora se sienta culpable y quiera hacer las paces, para que todo vuelva a la normalidad. A lo mejor, al verme con Ray, se lo ha replanteado todo y se ha dado cuenta de que podemos seguir siendo amigos, cada uno por su lado con nuestras respectivas parejas.

En realidad, James no debería tener miedo de que hablemos. Quizás también sea lo mejor para Ray y para mí: si el fantasma de Alan Lowe se desvanece para él, tal vez vuelva a confiar en mí. Como me ha pasado a mí con respecto a Audrey, desde que sale con Luke. Debo acabar con esto de Alan de una vez por todas. Nos merecemos aclarar nuestras diferencias y, si es necesario, me disculparé por lo que hice. No debí forzar las cosas de esa forma, besándole. Me comporté como una cría caprichosa que no sabe ni lo que quiere.

Bajo la escalera y me dirijo a la salida, completamente convencida de mi decisión.

—¿Ya te vas, Melissa?

«¿Es la guardiana de la puerta o qué?»

—Sí, bueno, yo... No, voy un momento fuera —atino a decir.

—¿Lo estás pasando bien?

—Sí, mucho.

«¿Es que no me va a dejar irme?»

—Veo que Jimi se ha tomado todo el alcohol que tú no has probado.

—Sí, lo siento. —«No sé qué decirle, la verdad. Tampoco soy su canguro, ¿no?»—. Se me ha escapado un poco por ahí. No hay quien lo pare.

—Esa chica con la que está es la que... —Hace un gesto raro con la boca, tal vez no sabe cómo calificar lo que le hizo a su hermano, si es que se ha enterado de todo el asunto. De ser así, me pregunto qué opinará sobre la implicación de su propio hermano Luke.

—Me temo que sí —respondo, arrugando la frente.

—¡Qué rabia! —dice, mirando hacia el lugar donde se encuentran bailando entre risas y haciendo el tonto—. Y yo que pensaba que vosotros dos salíais juntos.

—Ya. Lo cree mucha gente, incluso mis padres. Pero solo somos buenos amigos.

—Sales con ese chico con el que estabas sentada en la escalera, ¿verdad?

—En realidad... tampoco.

—¿De verdad? Pues deberíais. Solo por cómo os miráis, nadie dudaría de que entre vosotros saltan chispas.

Presto mi atención hacia donde lo está haciendo ella y veo a Ray hablando con Carlson y Tom en la puerta que da al jardín trasero. Tiene un vaso en la mano y bebe de él tras esquivar una mirada que acabamos de cruzar. Ahora se ríe de algo que ha dicho uno de sus amigos y mete la mano que tiene libre en el bolsillo trasero del pantalón. Juraría que está nervioso o inquieto. Me pregunto si estará esperando a que me acerque a él para seguir con nuestro juego de las líneas paralelas o si se habrá cansado ya de mí y, simplemente, está disfrutando de la compañía de sus amigos.

Resuelvo llevar a cabo mi decisión de aclarar las cosas con Alan y terminar de una vez con todo esto.

—¿Me harías un favor? —Justo acabo de abrir la puerta de salida a la calle.

—Sí, claro. Dime.

—Cuando entres, sé buena amiga y quítale a mi hermano de encima a esa chica, ¿vale? —Vuelve a guiñarme un ojo, como hizo cuando me soltó lo de la piscina.

—¡Hecho! —respondo, completamente convencida de ello.

Me parece una tía estupenda, la verdad. Es la versión femenina de James, todo corazón y dulzura. Comprendo que Alan se haya fijado en ella, nada que ver con Rebecca. Ojalá ella hubiera sido su novia desde el principio. Las cosas habrían sido diferentes, como en otra línea paralela de esas que describe Ray. Para empezar, Rebecca no habría obligado a Audrey a ir con ella a mi casa con el ojo morado, porque no tendría celos de mí por Alan, ya que no serían novios. Tampoco él y yo habríamos discutido por Audrey: a parte de que yo no la habría acusado de bulling, él ni siquiera sabría que ella existe. No habrían tenido acceso a mis mensajes con Alan, ni descubierto mi foto en su archivo de imágenes. Ni siquiera yo tendría conocimiento de esa fotografía en mi cama, y no la habría colgado en Instagram. Ray jamás la habría comentado ni después borrado el mensaje por enterarse de que me la había hecho él. Quizás Ray y yo no habríamos tenido tantos desencuentros. Posiblemente habría sido mi primer novio y jamás me habría atrevido a besar a Alan. En mi cabeza solo estaría Broad. Como ahora.

Yo: ¿Sigues ahí fuera? Estoy saliendo.

Alan: Sí, estoy aparcado a unos cien metros a la derecha.

Abriendo un vórtice

Subo al coche y descubro una sonrisa en su cara que, la verdad, no esperaba. Pensaba encontrarlo serio y dispuesto a discutir sobre lo que pasó entre nosotros. Aclararlo de una vez por todas para que yo deje de insistir con mis mensajes. Sin embargo, se le ve muy feliz, igual que a Brenda. Está claro que ha encontrado a alguien que realmente merece la pena. Si él hiciera un análisis paralelo como el mío, le saldría igual de satisfactorio. Las Irwin eran y son puro veneno para nuestras vidas. Con los Chanson nos irá mejor. Al menos con los del gen bueno, a Luke lo dejaremos aparte.

—¿Dónde vas tan pronto, Cenicienta? —le digo—. La fiesta aún no ha terminado. No lo estarás haciendo para escaquearte de recoger, ¿verdad?

—En realidad ha sido por ti.

—¿Por mí? —pregunto extrañada, y se me corta el buen rollo enseguida—. Ni siquiera me he acercado a ti. He respetado la distancia en todo momento y he mantenido el teléfono a raya.

—No es eso. Me apetecía hablar contigo.

—¿Y qué te impedía hacerlo en la fiesta? —«Ah, vale, falsa alarma»—. La única que tiene restricciones de hablar contigo en público soy yo. Suerte que James se ha cogido una buena borrachera y no me ha visto salir.

—¿James?

—Sí. No me deja acercarme a ti. Dice que su hermana es sagrada.

Noto que se pone tenso y se frota las manos en los vaqueros.

—Tranquilo. Yo también lo pienso igual que él. Aquello no volverá a repetirse. Tienes mi palabra —se lo digo mirándole fijamente. Creo que se siente incómodo por sacar el tema de lo que ocurrió entre nosotros, así que intento sonar alegre y despreocupada para que todo vuelva a ser como antes de aquel beso—. Te garantizo que mi palabra es de fiar, hoy he hecho un juramento inquebrantable. —Levanto la mano derecha con solemnidad, como si estuviera en un juicio.

—¿Y si yo quiero que se repita?

Me lo dice acariciándome el cuello con el dorso de la mano. La piel se me eriza de pronto y no puedo dar crédito a sus palabras ni a su contacto. Trago saliva. No puede ser cierto. Tengo que haber escuchado mal.

—Pero ¿qué estás diciendo? —acierto a decir.

Se está mordiendo el labio y no para de mirarme, ni de acariciarme. Ahora su dedo pulgar alcanza mis labios y los dibuja, perfilando sus líneas. Me siento como aletargada, sin saber qué más decir ni cómo reaccionar a esas caricias. El corazón me va a mil.

—No dejo de pensar en ti, Mel. Lo he intentado, pero me supera. Tengo el veneno tuyo fluyendo dentro y es como una droga.

—¿Y qué pasa con Brenda?

—No lo sé. —Deja de tocarme y se pasa las manos por el pelo para llevarlas después al volante, sujetándolo con fuerza. Enseguida se le ponen blancos los nudillos—. Creo que cometí un error agarrándome a ella para evitar lo nuestro.

—¡No jodas, Alan! —me quejo. No sé si estoy enfadada o preocupada o asustada o todo a la vez—. Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué no te diste cuenta antes? Sabía que no eran imaginaciones mías —lo digo con rabia, como si pretendiera echárselo en cara—. ¡Sabía que no lo eran!

—¿Cómo iban a serlo? Si casi te como viva aquel día.

—¿Y por qué lo negabas?

—¡Por miedo, joder!

—¿A mis padres?

—A todos en general: los tuyos, los míos... y a mí mismo. —Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás—. Me negaba a admitir que estaba enganchado a una niña de quince años.

—Tengo dieciséis.

—Antes no.

Nos quedamos en silencio. No me puedo creer lo que está pasando. Es una mezcla de... euforia, pero a la vez terror y confusión. No estoy preparada para asimilarlo. En medio de mis elucubraciones, siento sus manos entrelazándose en mi pelo, a la altura de la nuca, y noto cómo se va acercando a mis labios. Cuando entran en contacto con los suyos, me separo de él.

—No quiero esto, Alan. No quiero hacer más daño a nadie ni que me lo hagan. Estoy cansada del juego sucio y de los engaños. No quiero que Brenda sufra por esto. No se lo merece.

—Y nosotros, ¿qué? ¿Sacrificamos lo que sentimos?

—Ni siquiera estoy segura de lo que siento, Alan.

—Vale. Lo pillo. Pones a Brenda de excusa, pero es por ese Ray, ¿no? Os he visto esta noche.

—Es por todo... Creo que nuestro momento se terminó.

—¿Y cuándo te diste cuenta de eso? —Parece enfadado por su tono—. Cuando estabas bombardeándome a mensajes esta mañana no parecía que se hubiera terminado nada para ti.

Tiene razón en lo que dice. Solo que esta mañana, la que le bombardeaba a mensajes era otra Melissa: una de las que se han quedado atrapadas en otro lugar, en otro tiempo.

—Tengo que irme. Lo siento, Alan.

Me bajo del coche y al cerrar la puerta me encuentro con las caras atónitas de James, Brenda y Ray a unos cincuenta metros. El primero entra en casa con el rostro enfurecido, el otro coge su moto y desaparece calle abajo, sin darme tiempo ni a pronunciar su nombre.

Corro para buscar a mi amigo, tengo que contarle lo que ha pasado. Sé que se alegrará en cuanto lo sepa, aunque ahora piense que he faltado a mi palabra.

Me cruzo con Brenda, que se dirige al punto donde se encuentra el coche de Alan. Intento no perder la compostura cuando sus ojos inyectados por la rabia me miran. «No es lo que piensas», quiero decirle, pero solo me deja pronunciar las dos primeras palabras. «Ni se te ocurra dirigirte a mí», es la frase que sale de su boca, sin dejar de caminar. Entro en su casa y voy buscando a mi amigo en cada estancia, preguntando a todo el que me encuentro si lo ha visto. Justo cuando voy a salir al jardín, me topo con Irwin hablando con Luke y señalándome con el dedo. Enseguida él se acerca a mí, cogiéndome por el brazo de malas formas, y me echa de su casa.

Cuando salgo a la calle veo que Alan también se ha marchado. No hay rastro de ella tampoco, cosa que agradezco.

Decido llamar a Ray. Necesito que regrese. Quiero explicárselo. No puedo permitir que vuelva a pasarnos lo de siempre. Después de seis tonos, salta el buzón de voz:

—¡Cógelo, por favor, necesito hablar contigo! —le exijo a su contestador.

Vuelvo a marcar su teléfono y salta de nuevo el buzón:

—Solo estábamos hablando, te lo prometo. Teníamos cosas que aclarar. Por favor, responde. Te lo explicaré todo.

Vuelvo a marcar una tercera vez, y en esta ocasión me sorprende escuchando su voz:

—¿Qué quieres ahora?

—Solo quiero que me dejes explicártelo.

—No hay nada que tengas que explicarme, Melissa. No nos debemos nada.

—Necesito hacerlo. Tú me importas, Ray, lo creas o no. Odio que siempre se estropeeé lo nuestro por chorradas que no importan.

—No son chorradas que no importan. Eres tú, enamorada hasta las trancas de otro. No necesito ninguna explicación, os he visto besaros. No lo niegues, porque no voy a creerte.

—No puedo negarlo. Hice un juramento esta noche y aún no son las doce. Pero lo que sí te digo es que yo no lo he besado.

—¿Y eso qué? ¿Qué más da quién bese a quien? Tú me besaste en el cine, yo te he besado otras muchas veces y... al final es lo mismo.

—No es lo mismo si no se devuelve el beso.

—Mientes, Melissa. Mientes como siempre. Se te da muy bien hacerlo. Hasta yo caí en tu juego y traté de jugar a lo mismo. Pero tú eres ganadora. Lástima que no haya una liga de esto, tu entrenador te ficharía en el acto.

Me siento impotente y furiosa. ¡Necesito que me crea, joder!

—Vale, vamos a verlo de otro modo. Imagina que estoy mintiendo, que me he besado con Alan y he visto las estrellas y he sentido el éxtasis en sus brazos: ¿Qué coño hago aquí, entonces, en la puta calle? ¿Eh? ¿Por qué no me he ido con él? ¿Por qué he salido de su coche? ¿Por qué he entrado a casa de James para explicárselo también, y he permitido que el cabrón de su hermano me eche a patadas? ¿Por qué cojones iba a estar llamándote a ti si lo que quiero es estar con él?

Cuelgo el teléfono con furia. Siento una ira inmensa atravesando mi cuerpo. Tengo ganas de llorar y de tirar el teléfono al suelo de la impotencia. También las tengo de correr y de llegar a mi casa y de no estar aquí y de darme una bofetada, incluso, por imbécil. Es injusto lo que me está pasando. Tremendamente injusto. Aunque quizás lo merezca.

Me siento en la parada de autobús, frente a la casa de James. Sé que no va a pasar ninguno hasta las seis de la mañana, pero no me importa. Hoy voy a hacer las cosas bien, a pesar de que todo me esté saliendo mal por ese motivo precisamente: por haber querido aclarar las cosas de buena fe. Voy a llamar a mi padre para que me recoja. Le diré que no se asuste que, simplemente, no confiaba en nadie, que incluso James ha bebido. ¡A la mierda todos!

Cuando me dispongo a marcar su número, veo abrirse la puerta de la casa y aparecen las trillizas con Luke y Carlson. Imagino que se disponen a llevarlas a su casa. Miro para otro lado, no quiero que pongan su atención sobre mi persona. Solo quiero fundirme con la marquesina de la parada y que salgan de mi vista cuanto antes.

—¡Mira a quién tenemos ahí! —dice Audrey, cruzando la calle y deteniéndose frente a mí. El resto hace lo mismo y me miran como si fuese un mono de feria.

—¿No te he dicho que te largaras de mi vista? —se indigna Luke.

—No sabía que los Chanson fueran dueños de las calles de la ciudad —respondo a la defensiva.

—¡Lárgate de aquí, Grimm! —insiste amenazante.

—¿Cómo se va a ir? —agrega Irwin—. ¡Si la han dejado plantada!

Todos le ríen la gracia menos Amy, que ni se atreve a mirarme a la cara.

—Venga, vámonos, que ya llego tarde a casa —dice ahora, tirando del brazo de Carlson.

—Anda, mira, si al final va a tener suerte y todo —observa Mandy, cuando la moto de Ray se para junto a nosotros.

Se baja de ella enseguida y se quita el casco.

—¿Algún problema, Chanson?

—Nada —responde este, mirándome a mí con furia—. ¡No sé por qué te arrastras tanto por esta buscona de mierda!

—Dijo el que se tiraba a la novia de su hermano —responde Broad.

Antes de que nos demos cuenta, Luke se ha abalanzado sobre él y están en el suelo forcejeando. Carlson y yo tratamos de separarlos, pero es complicado para mí ayudarlo, y las trillizas ni se inmutan, están presenciando la pelea como si de una película se tratara. Les grito que paren. Me estoy poniendo histérica. Enseguida aparecen unos cuantos de la fiesta, entre ellos James, y consiguen separarlos.

—¡Sois tal para cual! —nos grita Luke, cuando finalmente logran subirlo al coche de Louis.

Intento acercarme a James, necesito hablar con él. Pero veo en sus ojos el mismo odio que momentos antes observé en los de su hermana. Se da la vuelta enseguida, sin darme opción a defenderme.

—No era lo que piensas —le digo, cuando cruza la calle para regresar a su casa. Ni siquiera responde ni se da la vuelta para mirarme. Sabe que su silencio me duele más.

Me siento con Ray en la acera, junto a la moto aparcada. Se presiona un ojo con la palma de la mano.

—¿Estás bien?

—Sí. No es nada. Solo, un rasguño.

Tiene un pequeño corte en la ceja del tamaño de un araño. Saco un pañuelo de papel de mi bandolera y se lo doy.

—Joder, Melissa, no se te dan bien las fiestas, ¿eh?

No puedo evitar reírme de su comentario, a pesar de lo jodida que me siento por dentro.

—Va a ser verdad que eres el superhéroe que me ha tocado de la lista.

—Ya te lo dije. Pero para la próxima, en vez de bañador, recuérdame que lleve un escudo.

—¿Por qué has decidido volver?

—Porque me gustas Melissa Rachel Grimm. Me gustas demasiado.

—Y tú a mí, maldito Ray Broad.

Se quita el pañuelo de la frente y se acerca a mis labios. Le recibo con tantas ganas, que nuestros dientes entrechocan.

—Lo dices porque ya han pasado las doce y vuelves a ser la mentirosa compulsiva de siempre —comenta, entre beso y beso.

—¿Por eso mismo lo has dicho tú? —le pregunto, en mitad de otro.

—Nunca lo sabrás.

Seguimos besándonos y acariciándonos sin ninguna urgencia, conscientes de que ya no tenemos que rendirle cuentas a nadie, de que estamos solos, de que podemos empezar de cero, y queremos hacerlo. Hemos dado demasiadas vueltas para llegar a este punto, al que, si nos paramos a pensarlo, habríamos llegado más rápido y de una manera menos nociva con el simple hecho de haber sido más sinceros el uno con el otro. Aunque quizás, mirándolo desde otra perspectiva, tal vez el camino fácil nos habría resultado menos sugestivo. Quizás, en esa otra línea temporal y a estas alturas de la película, nos habríamos aburrido y estaríamos cada uno por nuestro lado.

—¿En qué estás pensando? —me dice, tras ponerse en pie. Tira de mi mano para volver a acercarme a él y besarme de nuevo.

—Estaba pensando en las otras Melissas, ¿qué habrá sido de ellas?

—A mí solo me interesa la que se ha quedado conmigo.

Otros títulos

Treinta postales de distancia (2012)

Sofía es alocada, divertida y desordenada. Jaime es organizado, metódico y supersticioso. Sofía acaba de dejar a un novio que no la merecía y no quiere que le vuelvan a romper el corazón. Jaime acaba de divorciarse y huye del compromiso.

Nada haría pensar que dos personas tan opuestas puedan enamorarse. Hasta que ambos empiezan a coincidir en el ascensor. Y lo que parece ser un idilio irrefrenable, se complica cuando comienzan a aparecer otras personas en sus vidas que no se lo van a poner nada fácil. Novias celosas, ex que vuelven, amigas que no lo son tanto, amigos entrometidos... Al final, su futuro dependerá del contenido de unas misteriosas postales.

¿Y si no es casualidad? (2014)

Celia está convencida de que todo lo que ocurre en el universo, lejos de estar escrito en las estrellas, es fruto de la casualidad. Tiene una vida ordenada que comparte con Rubén, su novio, un abogado guapo y trabajador al que quiere mucho, aunque desearía que fuera algo más espontáneo y detallista. El día de su treinta cumpleaños, sus amigas le regalan un precioso vestido verde acompañado de una curiosa noticia: tienen la dirección de Marco Ferlini, un atractivo argentino con el que mantuvo una estrecha relación de amistad con derecho a cama y del que no volvió a saber tras la universidad. Y Celia, intrigada por su misteriosa desaparición, decide escribirle una carta. Pero quien responde, no parece ser el mismo. ¿Quién se esconde tras esa correspondencia?

A destiempo (2016)

A veces esperamos que la puerta que cierra el pasado permanezca así siempre. Pero Olivia no imagina que su hija, Elisa, llegará para abrirla a empujones en busca de un padre que no conoce. Un secreto que ha condicionado la vida de ambas y que removerá emociones en su presente. ¿Qué pasa cuando una madre que se cierra al amor convive con una adolescente de dieciséis años que se enamora de un desconocido por la red? Una historia de pequeñas mentiras y grandes secretos, de dos generaciones que tienen en común mucho más de lo que piensan. Todas las historias deben encontrar su momento, aunque la vida las traiga a destiempo.

¿Es tu última palabra? (2017)

Cuando el pasado regresa para remover emociones que estaban dormidas, Clara deja de ser la mujer segura de sí misma en la que se ha convertido. El amor aún es una moneda de dos caras capaz de erizarle la piel y abrir viejas heridas por igual. Roberto, Darío... nombres que la llevan hacia una encrucijada sentimental llena de desencuentros e instantes de felicidad. Todo parece demasiado complicado cuando hay que caminar con los pies en el suelo.

La suerte de Clara será descubrir que la vida se ve distinta cuando se contempla desde una azotea.

De Abril a Julio (2018)

Cuando nuestro protagonista conozca a la chica de los anuncios, no será consciente del juego al que ha sido arrastrado sin proponérselo.

Ella acaba de aterrizar en la ciudad y se ha topado con un secreto sobre su hermana que no debería estar a su alcance. Lejos de ignorarlo, decide indagar por su cuenta y enredarse; lo que la llevará a aprender dos

lecciones importantes:

Que las mentiras te envuelven hasta formar una burbuja de la que cuesta escapar; y que los asuntos en los que se hurga sin invitación previa pueden explotarte en la cara de la forma más inesperada.

Sobre la autora

Nací en Madrid, me crié en un pequeño pueblo de Badajoz y hace más de una década que resido en Málaga. Mi interés por la escritura surgió a raíz del blog Sueños a contraluz, que abrí allá por el 2010, y donde podréis encontrar mis comienzos. La primera novela, Treinta postales de distancia, de género romántico contemporáneo, la publiqué primero en Amazon en 2012. Pronto logró una gran acogida, situándose en los primeros puestos de ventas durante más de un año. Gracias a ello, los derechos en inglés fueron adquiridos por una editorial norteamericana, Montlake Romance, que la publicó en inglés en 2013 bajo el título: Thirty postcards away. Otras novelas de mi autoría son: ¿Y si no es casualidad? (2014), A destiempo (2016), ¿Es tu última palabra? (2017) y De Abril a Julio (2018).

Blog: <http://suenosacontraluz.blogspot.com.es>

Twitter: @SaraVentas_

Facebook: <http://www.facebook.com/saraventaslibros>

Instagram: @saraventas_